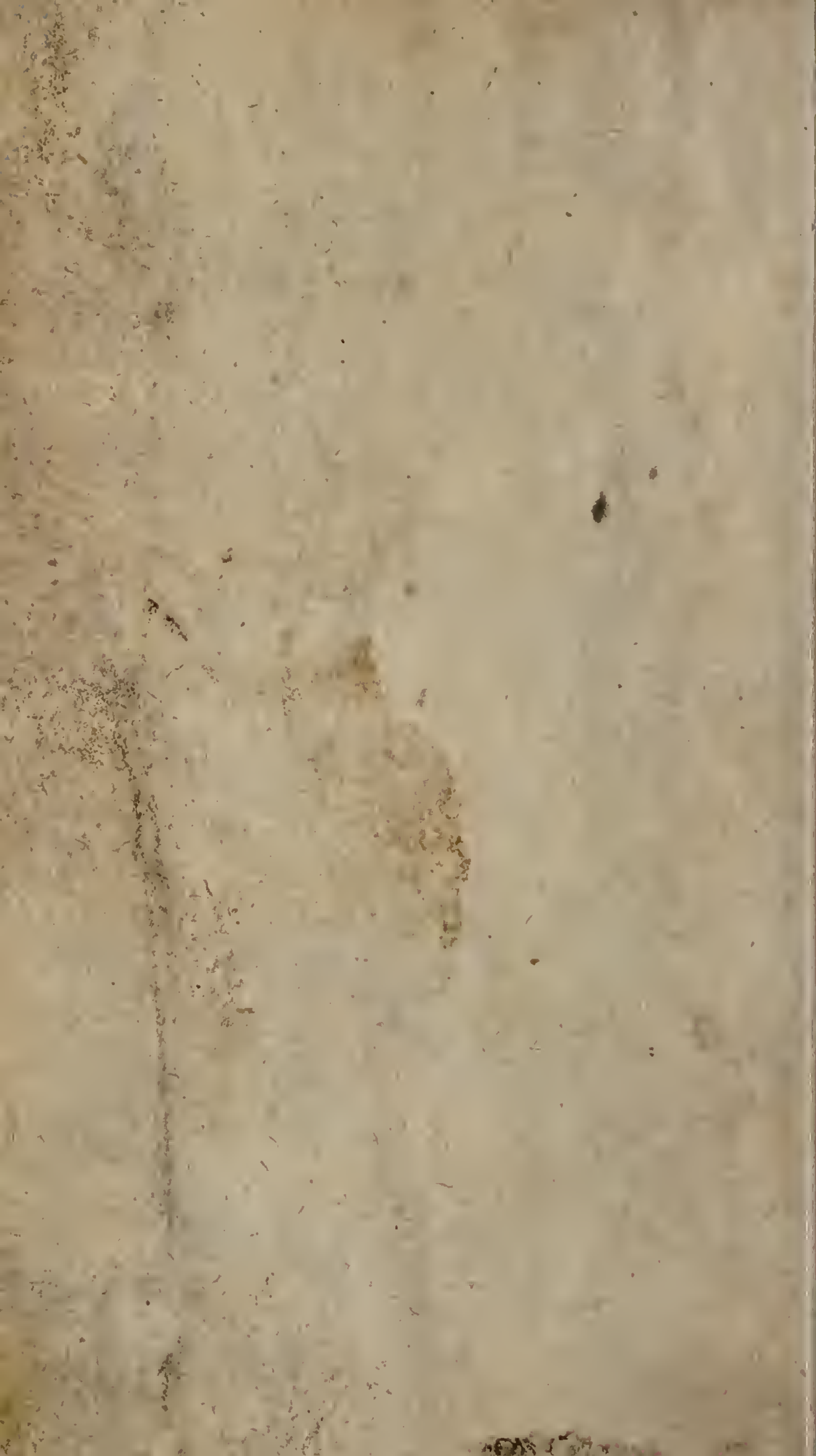






POESÍAS

DE

EL DR. D. JUAN MELENDEZ

VALDES.

TOMO TERCERO.

POESÍAS

DE

EL DR. D. JUAN MELENDEZ VALDES,

DEL CONSEJO DE S. M.

OIDOR DE LA CHANCILLERIA DE VALLADOLID.

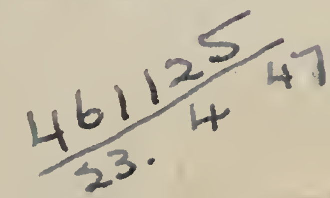
TOMO TERCERO.

Est quoddam prodire tenus, si non datur ultra.

Horat.

VALLADOLID: MDCCXCVII.

POR LA VIUDA E HIJOS DE SANTANDER.



PARTE PRIMERA.

ODAS FILOSÓFICAS Y SAGRADAS.

ODA I.

El Invierno es el tiempo de la meditacion.

Salud, lúgubres dias, horrorosos
Aquilones, salud. El triste Invierno
En ceñudo semblante
Y entre velos nublosos
Ya el mundo rinde á su áspero gobierno
Con mano asoladora: el Sol radiante
Del hielo penetrante
Huye, que embarga con su punta aguda
A mis nervios la accion, miéntras la tierra
Yerta enmudece; y déxala desnuda
Del cierzo alado la implacable guerra.
Falsos deseos, júbilos mentidos,
Léjos, léjos de mí: cansada el alma
De ansiaros dias tantos
Entre dolor perdidos,

Halló al cabo feliz su dulce calma.
A la penada queja y largos llantos
Los olvidados cantos
Suceden: y la mente que no via
Sino sueños fantásticos, ahincada
Corre á ti, ó celestial filosofía;
Y en el retiro y soledad se agrada,
¡Ah! ¡Como en paz, ya rotas las cadenas,
De mi estancia solícito contemplo
Los míseros mortales,
Y sus gozos y penas!
¡Quien trepa insano de la gloria al templo
Quien guarda en su tesoro eternos males:
Con ansias infernales
Quien ve á su hermano y su felice suerte,
Y entre pérfidos brazos le acaricia:
O en el lazo fatal cae de la muerte
Que en doble faz le tiende la malicia!
Pocos sí, pocos, ó virtud gloriosa,
Siguen la áspera senda que á la cumbre
De tu alto templo guia.
Siempre la faz llorosa,

Y el alma en congojosa pesadumbre,
Ciegos hollar con mísera porfía
Queremos la ancha via
Del engaño falaz: allí anhelamos
Hallar el almo bien á que nacemos;
Y al ver que espinas solas abrazamos,
En inútiles quejas nos perdemos.
El tiempo en tanto en vuelo arrebatado
Sobre nuestras cabezas precipita
Los años, y de nieve
Su cabello dorado
Cubre implacable, y el vigor marchita
Con que á brillar un dia la flor breve
De juventud se atreve.
La muerte en pos, la muerte en su ominoso,
Fúnebre manto la vejez helada
Envuelve; y al sepulcro pavoroso
Se despeña con ella despiadada.
Así el hombre infeliz que en loco anhelo
Rey de la tierra se creyó, fenece:
En un fugaz instante
El que el inmenso cielo

Cruzó en alas de fuego, desparece
Qual relámpago súbito, brillante
Que al triste caminante
Deslumbra á un tiempo, y en tinieblas dexa.
Un dia, un hora, un punto que ha alentado,
Del raudal de la vida ya se aleja,
Y corre hácia la nada arrebatado.
¡Mas que mucho, si en torno de esta nada
Todos los seres giran! Todos nacen
Para morir: un dia
De exîstencia prestada
Duran; y á otros ya lugar les hacen.
Sigue al Sol rubio la tiniebla fria;
En pos la lozanía
De genial Prímavera el inflamado
Julio, asolando sus divinas flores;
Y al rico Octubre de ubas coronado
Tus vientos, ó Diciembre, bramadores,
Que despeñados con rabiosa saña,
En silvo horrible derrocar intentan
De su asiento inmutable
La enriscada montaña,

Y entre sus robles su furor ostentan.
Gime el desnudo bosque al implacable
Choque; y vuelve espantable
El eco triste el desigual estruendo,
Dudando el alma de congojas llena,
Tanto desastre y confusion sintiendo,
Si el Dios del mal el mundo desordena.
  Porque todo fallece, y desolado
Sin vida ni accion yace. Aquel hojoso
Arbol, que ántes al cielo
De verdor coronado
Se elevaba en pirámide pomposo,
Hoy ve aterido en lastimado duelo
Sus galas por el suelo.
Las fértiles llanuras de doradas
Mieses ántes cubiertas, desparecen
En abismos de lluvias inundadas,
Con que soberbios los torrentes crecen.
  Los animales tímidos huyendo
Buscan las hondas grutas: yace el mundo
En silencio medroso,
O con chillido horrendo

Solo algun ave fúnebre el profundo
Duelo interrumpe y eternal reposo.
El cielo que lumbroso
Extática la mente entretenia,
Entre importunas nieblas encerrado,
Niega su albor al desmayado dia,
De nubes en la noche empavesado.
¡Que es esto, santo Dios! ¡tu protectora
Diestra apartas del orbe! ¡ó su ruina
Anticipar intentas!
¡La raza pecadora
Agotar pudo tu bondad divina!
¡Así solo apiadado la amedrentas!
¡O tu poder ostentas
A su azorada vista! Tú que puedes
A los astros sin fin que el cielo giran
Por su nombre llamar, y al Sol concedes
Su trono de oro, si ellos se retiran.
Mas no, padre solícito; yo admiro
Tu infinita bondad: de este desórden
De la naturaleza,
Del alternado giro

Del tiempo volador nacer el órden
Haces del universo, y la belleza.
De tu saber la alteza
Lo quiso así mandar: siempre florido
No á sus seres sin número daria
Sustento el suelo: en nieves sumergido
La vital llama al fin se apagaria.
  Esta constante variedad sustenta
Tu gran obra, señor: la lluvia, el hielo,
El ardor congojoso
Con que el can desalienta
La tierra, del favonio el suave vuelo,
Y del trueno el estruendo pavoroso,
De un modo portentoso
Todos al bien concurren: tú has podido
Sabio acordarlos: y en vigor perenne,
De implacables contrarios combatido,
Eterno empero el orbe se mantiene.
  Tú, tú á ordenar bastaste que el ligero
Viento que hiere horrísono volando
Mi tranquila morada,
Y el undoso aguacero

Que baxa entre él las tierras anegando,
Al Julio adornen de su mies dorada.
Así su saña irada
Grato el oido atiende; y en sublime
Meditacion el ánimo embebido,
A par que el uracan fragoso gime,
Se inunda el pecho en gozo mas cumplido.
Tu rayo, celestial filosofía,
Me alumbre en el abismo misterioso
De maravilla tanta:
Muéstrame la armonía
De este gran todo, y su órden milagroso;
Y plácido en tus alas me levanta
Do extática se encanta
La inquieta vista en el inmenso cielo.
Allí en su luz clarísima embriagado
Hallaré el bien, que en el lloroso suelo
Busqué ciego de sombras fascinado.

ODA II.

La Presencia de Dios.

Do quiera que los ojos
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
Allí, gran Dios, presente
Atónito mi espíritu te siente.
Allí estás; y llenando
La inmensa creacion, so el alto empíreo
Velado en luz te asientas,
Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.
La humilde yerbecilla
Que huello, el monte que de eterna nieve
Cubierto se levanta,
Y esconde en el abismo su honda planta,
El aura que en las hojas
Con leve pluma susurrante juega,
Y el sol que en la alta cima
Del cielo ardiendo el universo anima,
Me claman que en la llama
Brillas del Sol: que sobre el raudo viento

Con ala voladora
Cruzas del occidente hasta la Aurora;
  Y que el monte encumbrado
Te ofrece un trono en su nevada cima;
Y la yerbecilla crece
Por tu soplo vivífico, y florece.
  Tu inmensidad lo llena
Todo, señor, y mas, del invisible
Insecto al Elefante,
Del átomo al cometa rutilante.
  Tú á la tiniebla obscura
Das su pardo capuz, y el sutil velo
A la alegre mañana,
Sus huellas matizando de oro y grana.
  Y quando Primavera
Desciende al ancho mundo, afable ries
Entre sus gayas flores,
Y te aspiro en sus plácidos olores.
  Y quando el inflamado
Sirio mas arde en congojosos fuegos,
Tú las llenas espigas
Volando mueves, y su ardor mitigas.

Si entónce al bosque umbrío
Corro, en su sombra estás; y allí atesoras
El frescor regalado,
Blando alivio á mi espíritu cansado.
Un religioso miedo
Mi pecho turba, y una voz me grita;
En este misterioso
Silencio mora, adórale humildoso.
Pero á par en las ondas
Te hallo del hondo mar: los vientos llamas,
Y á su saña lo entregas;
O si te place su furor sosiegas.
Por do quiera, infinito
Te encuentro y siento en el florido prado
Y en el luciente velo,
Con que tu umbrosa noche entolda el cielo.
Que del átomo eres
El Dios, y el Dios del Sol, del gusanillo
Que en el vil lodo mora,
Y el Angel puro que tu lumbre adora.
Igual sus himnos oyes,
Y oyes mi humilde voz, de la cordera

El plácido balido,
Y del Leon el hórrido rugido.
Y á todos dadivoso
Acorres, Dios immenso, en todas partes,
Y por siempre presente.
¡ Ay ! oye á un hijo en su rogar ferviente.
Oyele blando, y mira
Mi deleznable ser : dignos mis pasos
De tu presencia sean;
Y do quier tu deidad mis ojos vean.
Hinche el corazon mio
De un ardor celestial, que á quanto exîste
Como tú se derrame,
Y, ó Dios de amor, en tu universo te ame.
Todos tus hijos somos:
El Tártaro, el Lapon, el Indio rudo,
El tostado Africano
Es un hombre, es tu imágen, y es mi hermano.

ODA III.

A la Verdad.

Ven, mueve el labio mio,
Angélica verdad, prole dichosa
Del alto cielo, y con tu luz gloriosa
Mi espíritu ilumina.
Huya el error impio,
Huya á tu voz divina,
Qual se despeña la tiniebla obscura
Del albo dia ante la llama pura.
No desdeñes mi ruego
Que hasta aquí siempre cariñosa oiste,
Tú, que mi númen soberano fuiste,
Y encanto delicioso;
Que deslumbrado y ciego
Se lanza presuroso
Del pestilente vicio en la ancha via
El mortal triste, a quien tu luz no guia.
Mas aquel que clemente
Miras con blanda faz, en su belleza

Absorto alzarse á tu inefable alteza
Ansia con feliz vuelo:
Y hollando osadamente
Quanto el mísero suelo
Mentido bien solícito atesora,
Su ilusion rie, y tu deidad adora.
Tu deidad que tremenda
La mente turba del feroz tirano;
Y hace que el grito que su orgullo insano
Arranca al oprimido,
Despavorida atienda
Su oreja entre el lucido
Estrépito en que el aula le adormece,
Y un vil incienso por do quier le ofrece.
Miéntras con amorosa,
Plácida diestra de los tristes ojos
Limpias el llanto, y calmas los enojos
Del infeliz opreso,
Aliviando oficiosa
El rudo, indigno peso
Que oprimir puede la inocente planta,
Que á Dios su ánimo libre se levanta.

Ven pues, ó deidad bella;
Fácil desciende del excelso cielo,
Do te acogiste abandonado el suelo
Con vicios mil manchado;
Y qual radiante estrella
Conduce al engañado
Mortal; tu luz su espíritu ilumine;
Y el orbe entero á tu fulgor se incline.
Yo en tu gloria embebido
Siempre te aclamaré con frente osada;
Y á tu culto la lengua consagrada.
En mi constante seno
Un templo te he erigido,
Do de tu númen lleno
Te adoro, alma, verdad, libre si obscuro,
Mas de vil miedo y de ambicion seguro.
Por ti quanto en su instable
Inmensidad el universo ostenta,
O al Altísimo en gloria se presenta,
Como posible exîste:
Que en su mente inefable
Tú el prototipo fuiste

A cuya norma celestial reduxo,
Quanto despues su infinidad produxo.
Y eterna precediendo
Del tiempo el vuelo rápido, inconstante,
Miéntras se pierde el orbe en incesante,
Deleznable ruina,
Por ti propia exîstiendo,
Ante tu luz divina
Al sistema falaz el velo alzado,
Y al error ves qual niebla disipado.
Y centro irresistible
Del humanal deseo, quanto hallára
Sagaz en la ancha tierra y en la clara
Region del alto cielo
Su teson invencible,
Todo al ferviente anhelo
Lo debe, ó pura luz, con que la mente
Te busca inquieta, y tus encantos siente.
En ellos embebido
A Siracusa el griego á saco entrada
No ve: y herido de la atroz espada
Da su vida gloriosa:

Y el gran Neuton subido
A la mansion lumbrosa,
Qual Genio alado tras los astros vuela;
Y al mundo absorto la Atraccion revela.
¡O augusta, firme amiga
De la excelsa virtud! Tú al sabio obscuro
Que adora de tu faz el lampo puro,
Cariñosa sostienes
En la ilustre fatiga:
Sus venerandas sienes
De inmortal lauro ciñes; y su gloria
Durar haces del tiempo en la memoria.
O si el triste nublado
De la persecucion hórrido truena,
Tú le confortas; y su faz serena
Escucha el alarido
Del vulgo fascinado,
Contra sí embravecido;
O á la infame venganza que maquina
En las tinieblas su fatal ruina.
Así en plácida frente
Pudo el divino Sócrates mostrarse

Al frenético pueblo, y entregarse
A sus perseguidores,
Que la copa inclemente
Le ornaste tú de flores,
Y en su inocente diestra la pusiste,
Y en néctar la cicuta convertiste.
Mártir él generoso
De tu excelsa deidad así decia,
El tósigo mirando: vendrá un dia
Que útil al mundo sea
Mi suplicio afrentoso;
Y la verdad se vea
Con el gran Dios de todos acatada,
La vil superstición por tierra hollada.
Del punto que propuse
Impávido anunciarla, el error fiero
Alzar contra mi pecho su ímpio acero
Ví con diestra ominosa:
A morir me dispuse
En la empresa gloriosa:
Dócil, mas firme abrazo las cadenas,
Con que hoy me oprime la engañada Atenas.

Si Anito me persigue,
Le perdono, y al crédulo Areopago;
Y muriendo, á la patria satisfago
El feudo que la debo.
Hoy mi virtud consigue
Su prez: el cáliz bebo
Con que me brinda el fanatismo impio;
Y ¡ó ser eterno! en tu bondad confio.
Así dixera el sabio;
Y el tósigo letal tranquilo apura.
Inmóvil le contempla en su amargura
Phedon: Cebes y Crito
Con desmayado labio
Gimen: al vil Melito
Critóbulo maldice ciego de ira;
Y él en los brazos de Platon espira:
Qual la encendida frente
Hunde escondido en nubes nacaradas
En las sonantes ondas, recamadas
De sus rubios ardores
El Sol resplandeciente:
En pálidos fulgores

Fallece el dia; y su enlutado velo
La Noche tiende por el ancho cielo,

ODA IV.

La Gloria de las Artes. *

¿Adonde incauto desde el ancha vega
Del claro Tórmes, que con onda pura
Y paso sosegado
De Otea el valle fertiliza y riega,
Hoy el númen procura
Su vuelo levantar? ¿De que sagrado
Espíritu inflamado,
Dexando ya á los tímidos pastores
El humilde rabel, canta atrevido
La gloria de las Artes, sus primores,

* Esta Oda fué recitada en la Junta pública que celebró la Real Academia de San Fernando el dia 14 de Julio de 1781 para la distribucion de premios generales de Pintura, Escultura y Arquitectura.

Y de la patria el nombre esclarecido?
Qual el ave de Jove, que saliendo
Inexperta del nido en la vacía
Region desplegar osa
Las alas voladoras, no sabiendo
La fuerza que la guia:
Y ora vaga atrevida, ora medrosa;
Ora mas orgullosa
Sobre las altas cimas se levanta:
Tronar siente á sus pies la nube obscura;
Y el rayo abrasador ya no la espanta,
Al cielo remontándose segura.
Entónce el pecho generoso, herido
De miedo y alborozo, ufano late:
Riza su cuello el viento,
Que en cambiantes de luz brilla encendido:
El ojo audaz combate
Derecho el claro Sol, le mira atento;
Y en su heroyco ardimiento
La vista vuelve, á contemplar se para
La baxa tierra; y con acentos graves
Su triunfo engrandeciendo, se declara

Reyna del vago viento y de las aves:
  Yo así saliendo de mi humilde suelo
En dia tan alegre y venturoso
A gloria no esperada,
Dudo, temo, me inflamo, y alzo el vuelo
Do el afan generoso
Al premio corre y palma afortunada.
Palma que colocada
Al pie de la Verdad y la Belleza,
Quien de divino genio conducido
Consigue arrebatarla, á ser empieza
En fama claro, y libre ya de olvido.
  Al modo que en la olímpica victoria
El vencedor en la feliz carrera
La ilustre sien ceñia
Del ínclito laurel; y su memoria
Eterna despues era.
Mas tú la voz y plácida armonía,
NOBLE ACADEMIA, guia,
Mi verso al cielo cristalino alzando.
¡Felice yo, si tu favor consigo!
Y el dulce plectro de marfil sonando

Las Artes canto tras mi dulce amigo.*
Desde estos lares, su palacio augusto,
Qual vivaz fenix renacer las veo
Del hondo y largo olvido,
En que la Iberia con desden injusto
Vió un tiempo su alto empleo.
¡O nombre de Borbon esclarecido!
A ti fué concedido
Las Artes restaurar: con tus favores
A nueva gloria y esplendor tornáron:
La Fama resonó de sus loores;
Y los cisnes de Mantua las cantáron.
Ellas alegres en unioñ amiga
La frente levantáron con ardiente
Afan, hasta encumbrarse
A la ideal belleza. A su fatiga
Cede el bronce obediente;
Y el mármol del cincel siente animarse:

* El Sr. D. Gaspar Melchor de Jovellanos, Académico de honor, que acababa de pronunciar una eloqüente oracion sobre las Artes.

Tus seres mejorarse,
¡O natura! en el lienzo trasladados
El carmin puro de la fresca rosa,
Los matices del Iris variados,
El triste lirio, y la azucena hermosa.
¡O divina Pintura, ilusion grata
De los ojos y el alma! ¿De que vena
Sacas el colorido
Que al Alba el velo cándido retrata,
Quando asoma serena
Por el oriente en rayos encendido?
¿Como el cristal bruñido
Finges de la risueña fuentecilla?
¿De los alegres prados la verdura?
¿Tanta varia y fragrante florecilla?
¿El rutilante Sol, la nube obscura?
¿Como en un plano inmensos horizontes,
La atmósfera bañada de alba lumbre,
Sereno y puro el cielo,
La sombra obscura de los pardos montes,
Nevada la alta cumbre,
La augusta noche y su estrellado velo,

Del ave el raudo vuelo,
El ambiente, la niebla, el polvo leve,
Tu mágico poder tan bien remeda,
Que á competir con la verdad se atreve,
Y el alma enagenada en ellos queda?
Tú de la dulce pöesía hermana,
Qual ella el pecho blandamente agitas;
Y en amoroso fuego
Con tu expresion y gracia soberana
Le enciendes, ó le excitas
A tierna compasion, á rencor ciego,
A desmayado ruego,
Y amargo lloro. ¡O Sancio! ¡oh! ¡tu admirable
Pincel qual ha mi espíritu movido!
¡Oh! ¡al contemplar tu Vírgen adorable
En su extremo dolor *, quanto he gemido!
La dolorida Madre, arrodillada
Piedad pide á los bárbaros sayones

* El bellísimo quadro de Rafael, llamado comunmente el Pasmo de Sicilia, y con mas propiedad el extremo dolor.

Para el Hijo postrado.
Su rostro está qual la azucena ajada:
Sus humildes razones
Resuenan en mi oido: ¡ay ! ¡ quan sagrado
Aspecto, aunque ultrajado,
El del Hijo de Dios ! ¡ qual la ternura
De Magdalena y Juan ! ¡ qual la fiereza
Del que herirte, ó Jesus, brutal procura!
¡ Y en tu celestial mano, que belleza!
¡ O pinceles ! ¡ ó alteza peregrina
Del grande Rafael! ¡ ó bienhadada
Edad, en que hasta el cielo
En alas del ingenio la divina
Invencion se vió alzada !
Quando su alma sublime el denso velo
Corrió con noble anhelo
De la naturaleza, y vió pasmado
El Hombre ánte sus ojos reverente
El universo estar; y hermoseado
De su mano salir, y augusta mente.
Admira, ó hombre, tu grandeza; admira
Tu espíritu creador; y á la estrellada

Mansion vuela seguro
Donde tu aliento celestial suspira.
La mente allí inflamada
Cruza con presto giro del Arturo
A do tiene el Sol puro
Su rutilante trono ; y con brioso
Pincel , guiado de furor divino,
Copia el concento raudo y armonioso
Con que se vuelve el orbe cristalino.
   Que no tú sola , ó Música , el ruido
Finges del arroyuelo transparente,
O imitas las undosas
Corrientes de la mar , ó el alarido
Del soldado valiente
En las lides de Marte sanguinosas.
No ménos pavorosas,
O fiero Julio , en tu batalla * siento
Cruxir las roncas armas y la fiera

* Célebre quadro de la batalla de Maxencio, dibuxado por el gran Rafael, y pintado por Julio Romano su discípulo.

Trompa, estrépito, gritos y ardimiento,
Que si en el medio de su horror me viera.
¿ Pues que, si entre los vientos bramadores
Nave de airadas olas combatida
Diestro pincel me ofrece?
Yo escucho el alarido y los clamores
De la chusma afligida;
Y si de Dios los cielos estremece
El carro, y se enardece
Su cólera, y el trueno en son horrendo
Retumba por la nube pavorosa;
De la pálida luz y el ronco estruendo
Mi vista siente la impresion medrosa.
Pero el mármol se anima, del agudo
Cincel herido, y á mis ojos veo
A Laocoon * cercado
De silbadoras sierpes: en su crudo
Dolor escuchar creo
Los gemidos del pecho congojado,

* El grupo de Laocoonte, obra admirable del Arte griega.

Y al aspirar alzado.
Los hórridos dragones con ñudosos
Cercos le estrechan ; y su mano fuerte
En vano de sus cuerpos sanguinosos
Librarse anhela, y redimir la muerte.
¡ Mira como en su angustia el sufrimiento
Los músculos abulta, y qual violenta
Los nervios extendidos !
¡ Qual sume el vientre el comprimido aliento,
Y la ancha espalda aumenta !
Y en el cielo los ojos doloridos,
Por sus hijos queridos
¡ ay! ¡quan tarde su auxîlio está implorando !
En tan terrible afan aun la ternura
Sobre el semblante paternal mostrando,
Qual débil luz por entre niebla obscura.
Ellos á él vueltos con la faz llorosa
Y débil gesto al miserable llaman
En quejido doliente,
Rodeados de lazada ponzoñosa.
¡ Oh ! ¡ quan en vano claman !
¡ Oh ! ¡ como el padre por los tristes siente!

¡Y qual muestra en su frente
La fortaleza y el dolor luchando;
Y con las sierpes en batalla fiera,
Sus vigorosos muslos agitando
Los fuertes lazos sacudir quisiera!
Miéntra en Apolo * la beldad divina
Se ve grata animar un cuerpo hermoso,
Do la flaqueza humana
Jamas cabida halló. Su peregrina
Forma, y el vigoroso
Talle en la flor de juventud lozana,
Su vista alta y ufana,
De noble orgullo y menosprecio llena,
El triunfo y el esfuerzo sobrehumano
Muestran del Dios, que en actitud serena
Tiende la firme, omnipotente mano.
Parece en la soberbia, excelsa frente
Lleno de complacencia victoriosa
Y de dulce contento,

* El Apolo de Belvedere, la mas sublime obra ideal que nos ha quedado de la antigüedad.

Qual si el coro de Musas blandamente
Le halagara : la hermosa
Nariz hinchada del altivo aliento:
Libre el pie en firme asiento,
Ostentando gallarda gentileza:
Y como que de vida se derrama
Un soplo celestial por su belleza,
Que alienta el mármol, y su hielo inflama.
Ni el lugar merecido á ti, ó divina
Vénus *, tampoco faltará en mi canto:
¡ Ay ! ¡ do fuiste formada !
¡ Quien ideó tu gracia peregrina !
Tu tierno y dulce encanto
Al ánimo enagena en regalada
Suspension : tu delgada
Tez excede á la cándida azucena
Quando acaba de abrir : tu cuello erguido
Al labrado marfil : la alta y serena
Frente al Sol claro en el zenit subido.

* La Vénus de Médicis, una de las mas bellas y graciosas estatuas de la antigüedad.

¡O Reyna de las Gracias, blanda Diosa
De la paz y el contento, apasionada
Madre del niño alado!
Tus soberanos ojos de amorosa
Ternura, tu preciada
Boca do rie el beso delicado,
Tu donayre, tu agrado,
Tu süave expresion, tus formas bellas
Del suelo me enagenan: yo me olvido;
Y de cincel en ti no hallando huellas,
Absorto caygo ánte tus pies rendido.

Tan divinos modelos noche y dia
Contempla atenta, ó juventud hispana;
Y el pecho así excitado,
La senda estrecha que á la gloria guia,
Emprende alegre, ufana.
El genio crëador vaya á tu lado:
Aquel que al cielo alzado
Huye lo popular, qual garza hermosa,
Quando del suelo rápida se aleja,
Al firmamento se levanta ayrosa;
Y el vulgo de las aves atras dexa.

¡O venturoso, el que en las Artes siente
Propicio al cielo, que al nacer le infunde
Su vivífica llama!
Dadme, Musas, guirnalda floreciente
Que su frente circunde;
Miéntra el pecho latiéndole se inflama
De noble ardor, exclama
Desvelado en su afan, no halla reposo
Al inquieto furor, teme, suspira
De un númen lleno; y con pincel fogoso
Odio, mi do, terror y amor me inspira.

Quizá algun jóven al mirar la gloria
De tan augusto dia, y de mi canto
Quizá tambien herido,
Se excita ya á la próxîma victoria;
No la duda, y en llanto
Se baña de placer: ¡O esclarecido
Premio, muy mas subido
Que el tesoro mas rico! Quien merece
Que tú le enxugues el sudor dichoso,
Inmortal vuela por el orbe; y crece
En cada edad con nombre mas famoso.

Así Phydias, Lisipo, Apeles viven
En eterna memoria; así la rara
Fama de Zeuxîs dura;
Y el grande Urbino y Michâel reciben
Qual ellos honra clara;
Ni á ti, ó Velazquez, en tiniebla obscura
Sumió la muerte dura.
Sus huellas, noble juventud, sus huellas
Sigue, imítalos, insta; y denodada
Hiere con alta frente las estrellas,
En sus divinas obras inflamada.

Mas de las Musas y el crinado Apolo
Oye tambien la celestial doctrina,
Que á Phydias dió el modelo
El cantor Frigio del que el alto polo
Conturba, su divina
Frente moviendo, y estremece el suelo.
Y no en torpe desvelo
Al vicio el pincel des. La virtud santa,
O Artistas, retratad; y disfamado
El vicio huirá con vergonzosa planta,
Qual sombra triste al resplandor sagrado.

Y los que de la noble Arquitectura
La ardua senda seguis, los cuidadosos
Ojos volved contino
A la augusta grandeza y hermosura
De los restos preciosos,
Que del griego poder y del latino
Guardar plugo al destino.
Allí estudiad la magestad suntuosa,
Sólida proporcion, sencilla idea,
Que á Herrera hiciéron claro; y su dichosa
Edad de nuevo amanecer se vea.

Mas tú en quien CARLOS de la Patria fia
La suerte y el honor, ó esclarecido
Conde, escucha oficioso
Lo que me inspira el cielo en este dia.
Si de ti protegido
Sigue el genio español, si el lauro honroso
En su afan generoso
Galardon fuere que al Artista anime;
Ni envidiarémos la Piedad Toscana *,

* Insigne grupo de María Santísima con su

Ni tus Estancias *, Rafael sublime,
Ni la soberbia mole Vaticana.
Feliz entónces el pincel Ibero
Del GRAN CARLOS la imágen gloriösa
Copiará reverente,
Y al Príncipe brillando, qual lucero
A par su augusta esposa.
Brille el valor impreso en su alta frente,
Y el consejo prudente;
Las gracias todas en la amable Luisa;
Y en el Real Pimpollo ¡ ay ! el consuelo
De dos mundos, la paz y tierna risa
Con que recrea al venerable Abuelo.

Hijo difunto en los brazos, executado por Miguel Angel, príncipe de la escuela Florentina.

* Salas del Vaticano pintadas por el gran Rafael, y bien conocidas de los profesores y aficionados á las Artes.

ODA V.

De la verdadera Paz.

Al M. F. Diego Gonzalez.

Delio, quantos el cielo
Importunan con súplicas, bañando
En lloro amargo el suelo,
Van dulce paz buscando;
Y á Dios la estan contino demandando.
Las manos extendidas
En su hogar pobre el labrador la implora;
Y entre las combatidas
Olas de la sonora
Mar la demanda el mercader que llora.
¿ Porque el feroz soldado
Rompiendo el fuerte muro á muerte dura
Pone su pecho osado?
¡ Ay Delio! así asegura
El ocio blando que la paz procura.
Todos la paz desean,
Todos se afanan en buscarla, y gimen;

Mas por artes que emplean,
Las ansias no redimen
Que el apenado corazon comprimen.
¿Porque no el verdadero
Descanso hallarse puede ni en el oro,
Ni en el rico granero,
Ni en el eco sonoro
Del bélico clarin, causa de lloro;
Sino solo en la pura
Conciencia, de esperanzas y temores
Altamente segura,
Que ni bienes mayores
Anhela, ni del aula los favores?
Mas consigo contenta
En grata y no envidiada medianía,
A su deber atenta,
Solo en el Señor fia;
Y veces mil lo ensalza cada día:
Ya si de nieve y grana
Pintando asoma el sonrosado oriente
La risueña mañana:
Ya si en su trono ardiente

Se ostenta el Sol en el cenit fulgente:
O ya si el velo umbroso
Corre la augusta noche, y al rendido
Mundo llama al reposo;
Y el esquadron lucido
De estrellas lleva el ánimo embebido,
Ensalzado; y le entona
Humilde en feudo el cántico agradable
Que su bondad pregona,
Su ley santa, inefable
Con faz obedeciendo inalterable.
¡O vida! ¡ó sazonado
Fruto de la virtud! ¡De la del cielo
Remedo acá empezado!
¡Quando el hombre en el suelo
Podrá seguirte con derecho vuelo!
¡Quando será que dexe
El suspirar, temer, y el congojoso
Mandar; ó que se aleje
Del oro á su reposo
Muy mas letal que el áspid ponzoñoso!
Entónces tornaria

Al lagrimoso suelo la sagrada,
Alma paz: y seria
Tan fácil, Delio, hallada,
Quan hora es ¡ay! en vano procurada.

ODA VI.

Al Ser incomprehensible de Dios.

¡Primero, eterno ser, incomprehensible,
Patente y escondido,
Aunque velado en gloria inmarcesible,
De todos conocido:
Santo Jehová, cuya divina esencia
Adoro, mas no entiendo,
Quando su influxo y celestial presencia
Dichoso estoy sintiendo:
En quien exîste todo, en quien respira,
Fuerza y virtud recibe;
El ave vuela, el pez las aguas gira,
Y el hombre entiende y vive!
¡Miéntras mas te contemplo, y con mas ansia
Te sigo, mas te alejas;

Y tu bondad inmensa y mi ignorancia
Tan solo ver me dexas.
¿Mas como, si los cielos de los cielos
No bastan á encerrarte,
De mi flaca razon los tardos vuelos
Llegarán á alcanzarte?
Ella se pierde en el excelso abismo
De tu lumbre esplendente;
Y te adora, señor, por esto mismo
Mas ciega y reverente.
Pues si le fuera comprehenderte dado,
Igual á ti seria:
El cetro te quitára; y mal tu grado
Tu trono ocuparia.
Pero tú, señor Dios, vences mi ciencia,
Que eternos siglos vives;
Y el primero y el último en esencia
De nadie ley recibes:
Tú que mueves los cielos, y al profundo
Mar linde señalaste;
Y con columnas de diamante al mundo
Poderoso afirmaste.

Tu solio es el empíreo, y de tus leves
Piès alfombra la tierra;
Y hasta el abismo á descender te atreves,
Y ves quanto en sí encierra:
De do sobre tus Tronos te sublimas:
Y velado en luz pura
Del orgullo del hombre te lastimas,
Burlando su locura.
Pues siendo tú mayor que el ancho cielo
Y que el mar insondable;
Y ánte quien nada es, remonta el vuelo
A tu faz adorable:
Quando los Serafines acatando,
Señor, tu inmensa alteza,
Los rostros con las alas ocultando,
Publican su baxeza.
¡O riqueza eternal! ¡ó inmenso abismo!
¡O ser! ¡ó luz sagrada!
Tan solo comprehendida de ti mismo,
Y á mi anhelo eclipsada.
¿Quien eres? ¿donde estás? ¿no me
responderes?

Préstame tus ligeras
Alas, y treparé donde te escondes
En las claras esferas.
Mas que el viento veloz, al proceloso
Orion, á la Aurora,
Al Aquilon, al Austro sin reposo
Demandaré en una hora.
Demandaré....destierra la osadía
De querer comprehenderte
De mí, gran Dios, hasta que el alma mia
Llegue en tu gloria á verte:
Que no es del lodo humilde en quanto vive
Tanto alzarse del suelo;
Ni con débiles ojos se percibe
La inmensa luz del cielo.
Ella me ofusca: mas del vil gusano
Del Sol al carro ardiente,
Todo tu ser me anuncia soberano
Con lenguage eloqüente.
Yo lo toco, lo siento; y cuidadoso
En la planta lo admiro,
Lo bendigo en el bruto, respetoso

Lo aliento si respiro.
Pero si osada á su inefable altura,
Absorta en su belleza,
La curiosa razon trepar procura
Por la naturaleza,
Ella misma me grita: O ciego, tente
En tu afan importuno,
Que entrar en su sagrario no consiente
El Excelso á ninguno.
Los objetos mas claros se me mudan,
Y al reves se me tornan;
De todo mis nublados ojos dudan,
Y todo lo trastornan.
Que el que arder hace al Sol, su lumbre ciega:
Y una voz en mi oido
Contempla, dice, dora, admira y ruega;
Y gózame escondido.
Yo así abismado en tanta maravilla,
Con miedo reverente
Ceso; y humilde inclino la rodilla
Y la devota frente.

ODA VII.

La Noche y la Soledad.

Al Sr. D. Gaspar de Jove Llanos, del Consejo de las Ordenes.

Ven, dulce soledad, y al alma mia
Libra del mar horrísono, agitado
Del mundo corrompido;
Y benigna la paz y la alegría
Vuelve al doliente corazon, llagado:
Ven, levanta mi espíritu abatido:
El venero crecido
Modera de las lágrimas que lloro,
Y á tus quietas mansiones me transporta.
Tu favor celestial humilde imploro:
Ven; á un triste conforta,
Sublime soledad, y libre sea
Del confuso tropel que me rodea.
¡Ay! ¿porque asi agitarse el hombre insano;
Y viendo ya á los pies ¡ó ciego! abierto

El sepulcro gozarte ?
Pon, pon freno á la risa, polvo vano,
Y en tan vulgar, culpable desconcierto
Entra en tu corazon á contemplarte.
¿Que ves para gloriarte ?
¿Que ves dentro de ti ? Vuelve los ojos
A tus míseros dias ; de tus gustos
La flor huyó, quedáron los abrojos
Como castigos justos:
Y las fugaces horas se voláron....
¿Que poder tornará las que pasáron?
Tú, augusta soledad, á el alma llenas
De otra sublime luz ; tú la separas
Del placer pestilente,
Y miéntras en silencio la enagenas,
A la virtud el ánimo preparas,
Y á la verdad inclinas transparente
Del cielo refulgente,
Haciendo que nos abra el hondo abismo
Do esconde sus tesoros celestiales.
El hombre iluminado ve en sí mismo
Las señas inmortales,

Merced á tu favor, de su grandeza,
Del mundo vil hollando la baxeza.
La mente sin los lazos que detienen
Preso su hidalgo ardor, en raudo vuelo
Las vagas nubes pasa,
Llegando á do su trono alzado tienen
A su inefable autor los altos cielos,
Y á su divina norma se compasa:
De su lumbre sin tasa
Gozosa se alimenta y satisface.
El fuego celestial con que se atreve
A las grandes empresas, quanto hace
Bueno el hombre lo debe,
O soledad, á tu silencio augusto,
Donde Dios habla y se descubre al justo.
Mas los hombres que ilusos no perciben
Su misteriosa voz, cuyos oidos
A la verdad cerrados,
Y al error son patentes, así viven
Del mundo en el estrépito metidos,
Qual en galera míseros forzados:
Siervos aherrojados

Al antojo liviano, y las pasiones,
Sorprehéndelos de súbito la muerte.
El sabio , solo el sabio las prisiones
Rompe con mano fuerte:
Intrépido de todo se retira;
Y de la playa la borrasca mira.
  Entónces adormido en paz gloriosa
Pesa con lo pasado lo presente,
Y con sublime vuelo
A lo que ha de venir lanzarse osa,
Y eleva á las estrellas la ardua frente.
¿ Puede al hombre nacido para el cielo
Embebecer el suelo ?
¿ Puede á un alma inmortal, con quien son nada
Esos Soles y globos cristalinos,
Tener el baxo suelo así apegada;
O en juguetes mezquinos
Ocuparte , olvidando el alto grado
A que el gran Ser al hombre ha sublimado?
  Ves las esferas de eternal ventura,
Reales mansiones del señor, labradas

Por su poder divino,
Y de lucero tanto la hermosura
Todos girando en órbitas variadas:
La Luna que en mitad el cristalino
Pavimento el benigno
Rayo de su alba luz al mundo envia,
Y de las sombras el horror sagrado;
Del fugaz viento por la selva umbría
El son dulce, acordado:
¿Que son los pasatiempos do te encantas
A par, ó ciego, de grandezas tantas?

Tú, espíritu sublime, que metido
Del mundo en el estrépito, suspiras
Por el retiro al cielo,
Del ser humano para honor nacido:
Tú que los yerros de los hombres miras,
Y á Temis templas el ardiente zelo
Con que hiere en el suelo,
Do qual Genio benéfico defiendes
Al huérfano y viüda miserables;
Si desde el foro mi cantar entiendes,
Los tonos lamentables

Mira con blanda faz, dulce Jovino,
Si de honor tanto humilde verso es digno.
La amistad me lo inspira; y pues conoces
El valor de las lágrimas, y sabes
Con tu divino canto
Mitigar mi dolor, las tiernas voces
Oye, que el pecho en sus tormentas graves
Solo halla alivio en el amargo llanto.
El celestial encanto
De la dulce armonía, que pusiéron
Los cielos en mis labios, y mezquinos
Engaños hasta aquí absorto tuviéron,
Los avisos divinos
Oye de la verdad: los lazos dexa:
La virtud canta; y de su error te queja.
¿Quando el dia será luciente y puro,
Que en suave soledad contigo unido
El ánimo cuidoso
Pueda enjugar sus lágrimas seguro?
¿Do en el bosque mas solo y escondido,
Entre las sombras y su horror medroso,
En celestial reposo

Tan sublimes verdades contemplemos?
¡ Acelerad, ó cielos, tales dias!
Y la cítara fúnebre templemos,
O Young, que tú tañias
Quando en las rocas de Albion llorabas,
Y á Narcisa á la muerte demandabas.
¿ Porque tantos delitos? ¿ porque holladas
Lâs leyes de los cielos descendidas?
¿Y los lechos violados,
Los conyugales lechos? ¿ Y empapadas
De humana sangre manos homicidas?
¿Los padres por sus hijos ultrajados?
¿Los templos profanados?
¿ Quien, crudo Catilina, quien demente
Armó contra la patria tu ímpia mano?
El soplo del exemplo pestilente
Corrompe el ser humano.
¿Pero de donde los exemplos nacen?
¡ Ay! de las juntas que los hombres hacen.
El vicio, sagacísimo guerrero,
Asalta el corazon que embelesado
Ni aun acercarle siente:

Adúlanos el mundo lisonjero:
El deleyte con soplo envenenado
Nos adormece; y de la sed ardiente
Que hartura no consiente
El avaro nos toca: ¿ quien holgarse
Pudo en loco festin, que entre el lucido
Estrépito saliera sin mancharse?
¿ Y el falaz gozo ido,
Quien halla el alma sosegada y pura,
Y la conciencia de afliccion segura?
La cándida virtud, qual pura rosa
Que al rayo de la Aurora la cabeza
Levanta aljofarada,
Da á solas su fragancia deliciosa:
Un soplo ajó su virginal belleza.
A veces sin cuidado una mirada
Encendió la dañada
Hoguera del amor: tal vez el ciego
Rencor nació por un enojo breve,
Y una ciudad devora con su fuego.
Del mal la causa es leve,
Y de sus flechas pérfido el amago,

Quanto crudo y sin límites su estrago.
Retiro celestial, tú, ó dulce puerto,
Do exhalado se acoge el pecho mio
De los hombres huyendo,
De tanto mal me pones á cubierto:
A ti seguro mi dolor confio,
Con mis ansias el cielo conmoviendo.
¿ Que lágrimas corriendo
Por mis mexillas van? ¿ porque agitado
Me late el corazon enternecido
En los males del hombre malhadado?
¡ O asilo apetecido!
¡ O soledad, que en mi dolor imploro,
Benigna acoge el encendido lloro!
En estas horas, que del raso cielo
Tanto encendido Sol vela guardando
Al mundo adormecido,
Cubiertos vagan del nocturno velo
A la virtud los males acechando.
¿ Tú, ó Luna, que los ves de tu bruñido
Solio, donde te has ido?
¿ Huyes de maldad tanta horrorizada?

¿Tu luz pálida escondes?....¡oh malvados!
¡Rubor, rubor os ponga su sagrada
Vista! ; ¡oh ¡que son manchados
Los orbes puros que el Excelso habita;
Y su diestra santísima se irrita!
El justo en tanto reverente alzando
Las inocentes manos, engrandece
La inmensa omnipotencia,
Su enojo con mil lágrimas templando;
Y quanto al vano mundo desparece,
Tanto mas cerca siente su presencia.
¡Los cielos!...¡la conciencia!...
¡Que augustos compañeros! ¡que sagradas
Verdades mostrarán á el alma mia
Ahora que estas aguas despeñadas,
Y la acorde armonia
Del triste ruiseñor al manso viento
Despiertan mi adormido pensamiento!
¿Quien puede ver el cielo tachonado
De tanta lumbre, y la beldad gloriosa
De la noche serena,
El arboleda umbrosa, el concitado

Batir de la corriente procelosa,
Que allá á lo léjos pavoroso suena,
Y este valle do apena
El rayo de la Luna pasar puede,
Que alegre el seno palpitar no sienta,
Y en suavísimos éxtasis no quede?
El alma descontenta,
Divina soledad, por ti suspira,
Do atónita al gran Ser, do quier admira.

Yo apenas entro en tu recinto umbroso
Siento el ánimo libre y descargado
Del peso que me abruma;
Encendido en aliento generoso
A seguir la virtud me atrevo osado.
¿El liviano contento, que es en suma
Sino viento y espuma?
¿Si en la tierra se fixa el pensamiento,
Quanto en el mal feraz en bien mezquina,
Para volar al cielo tendrá aliento?
¡Ay! la virtud divina
Que del vil suelo excelso le levanta,
Solo la debe á ti, soledad santa.

Los hombres siempre en la maldad osados,
Del señor los altísimos decretos
Sacrílegos burláran;
Y á sueño vergonzoso el dia dados,
En las tiniebIas fúnebres inquietos
Todo á su libre antojo lo trocáran.
¿Mas porque tanto osáran?
¿Que furor los tomó? siendo el traslado
Mejor la noche del poder eterno,
Do el malo entre las sombras ve azorado
Casi abierto el averno;
Y el impio á Dios descubre confundido,
Y ante él se humilla de su error corrido.

No asi los solitarios que guardaban
En otra edad las selvas pavorosas
En olvido dichoso,
Las silenciosas horas ocupaban
En delitos, ó en pláticas ociosas;
Mas ántes embriagados en sabroso,
Dulcísimo reposo,
Al comun padre ardientes sublimando
Entre inefables éxtasis la mente,

Su celestial imágen contemplando
En tanto Sol luciente,
Como la alteza soberana muestra
De su bondad y omnipotente diestra.
De noche el señor reyna: los horrores
De su lumbrosa faz sirven de velo
Al Todopoderoso,
Do mejor que del Sol los resplandores
Al alma alumbra el vagaroso cielo.
Su silencio tranquilo y misterioso
Da á la mente el reposo
Que le roba la luz del albo dia.
El estrépito y vanos menesteres,
Las inútiles hablas, la alegría
Y vedados placeres,
Del dulce meditar el alma alejan,
Y en triste error y ceguedad la dexan.
¡O noche! ¡ó soledad! en vuestro seno
Solo hallo el bien, y en libertad me miro.
Entónces las pasiones
Pierden su fuerza, el corazon sereno;
Y ó lanzándome al cielo tras él giro;

O á la razon nivelo mis acciones:
O en mil contemplaciones
Utilmente me ocupo ; y desprendido
De los lazos del cuerpo me levanto
Al supremo hacedor ; ante él rendido
Sus maravillas canto:
Y con los pies hollando lo terreno,
Con él me gozo, alivio y enageno.

¿ Como pues insensato el hombre te huye,
Divina soledad ? ¿ Como lamenta
Su venturosa suerte
Si en tu seno se ve, y al cielo arguye?
¿ Porque en míseras sombras se contenta?
¿ Por ventura le roban á la muerte ?
¿ Su golpe es ménos fuerte
Si en descuido le topa ? ¿ los agudos
Pesares, la miseria, los dolores
No le amenazan sin cesar sañudos,
Aunque duerma entre flores ?
¿ Y el hombre triste á padecer nacido
Reposar osa en tan letal olvido ?

¿ No ha de verle el sepulcro pavoroso

En ciega noche y soledad, comida
De fétidos gusanos,
Hasta que agrade al Todopoderoso
Con su imperiosa voz darle otra vida,
Alzándole del polvo con sus manos?
¿Los años mas lozanos
No han de parar en esto? ¡ay! ¡que insufrible
Te será aquel estado, sino sabes
Vivir en soledad! ¡ay! ¡quan terrible
Ver que en ansias tan graves
Solo te hace otro polvo compañía!...
Se estremece en pensarlo el alma mia.

Tú, dulce amigo, que el valor conoces
De la meditacion, y el alma quanto
Con el retiro gana,
Ven; y esquivadas turbulentas voces,
Al cuidado civil te roba en tanto
Que el sonrosado manto de oro y grana
Despliega la mañana:
Y con Young silenciosos nos entremos
En blanda paz por estas soledades,
Do en sus noches sublimes meditemos

Mil divinas verdades;
Y á su voz lamentable enternecidos
Repitamos sus lúgubres gemidos.

ODA VIII.

Al Dr. D. Antonio Tavira, capellan de honor de S. M.

En la Muerte de una Hermana.

¡Ay! ¡con que voces en tu amargo duelo
Alentarte podré! ¡donde palabras
Hallará de consuelo
Mi musa dolorida
Para tan cruda herida!
De pena mudo, en lágrimas bañado,
Y el pecho en mil sollozos oprimido,
Tú ruegas angustiado
A la muerte inhumana
Por la inocente hermana.
Por tu hermana, tu amor, mitad preciosa
Del alma tuya, sin sazon perdida,

Qual delicada rosa
Que se agosta y fenece
El dia en que florece.
¡ Ay ! clama en vano tu dolor profundo:
Su candor, su inocencia, sus virtudes
No eran, no, para el mundo;
Donde fugaz un hora
Brilló qual pura Aurora.
Es campo de milicia el suelo triste:
Ella ganó la palma en breves dias;
Y en la gloria do asiste,
La goza ya segura
En eternal ventura.
Dexa pues de llorar y enternecerte,
Ni en su angélico gozo te conduelas;
Que es de Dios oponerte
A la ley adorable
Con voluntad culpable.
El alargó la diestra cariñosa,
Para darle su herencia inmarcesible
En la mansion dichosa,
Do nunca fuera oido

Ni queja ni alarido.

¡Y tú, que sus consejos con rendida
Frente hasta aquí, Tavira, has adorado,
Gimes hoy sin medida!
¡Oh! léjos tal locura,
Léjos de tu cordura.

Justo es en golpe tal el desconsuelo:
Mas pon los ojos en la dulce hermana
Coronada en el cielo,
Y en regocijo santo
Se tornará tu llanto.

ODA IX.

VANIDAD DE LAS QUEXAS DEL HOMBRE CONTRA SU HACEDOR:

AL EXCMÓ. SR. D. FELIPE PALAFOX Y PORTOCARRERO, CONDE DEL MONTIJO.

¿Es el orgullo, es la razon quejosa
La que airada se vuelve, y cuenta pide
Al hacedor divino

De su fábrica hermosa,
Y la grandeza de sus obras mide?
¿En este todo inmenso y peregrino
Porque el grado mas digno
Al linage del hombre no fué dado?
¿Porque fué echado en el humilde suelo?
¿No es rey universal de lo criado?
Pues suba y more el cristalino cielo.
¿La Luna plateada para él solo
No recibe la luz que al suelo envia?
¿Las fulgentes estrellas
Del uno al otro polo
Sus esclavas no son? ¿Y al albo dia
Por él no baña con sus luces bellas
El Sol, quando huyen ellas?
Una pues, una su grandeza quanto
Llevan los seres todos repartido:
Sus quejas cesen y su justo llanto;
Y sea en el mundo qual señor servido.
El hombre osado en su soberbio pecho
Se queja así de Dios; y romper quiere
Vasallo revelado

Aquel vínculo estrecho
Que cada parte á su lugar refiere,
Y ata y sostiene quanto está creado.
Yo fuí, dice, formado
Por término de todo: el fin primero
Del universo soy: á mí es debida
La luz del Sol, el brillo del lucero,
Y la tierra de yerba y flor vestida.
¿Y no se debe al ave el raudo viento,
Presa al lobo rapaz, pasto á la oveja,
Lluvias al verde prado?
¿El líquido elemento
Al pez no se le debe? ¿Donde dexa
El hacedor ni un átomo olvidado?
Todo está colocado
Qual debe en su gran obra; y nada puede
Del círculo salir que le ha cabido,
Sin que en desórden ciego al punto quede,
Pues todo en ella mueve y es movido.
No, excelso Palafox; si el hombre osa
A el Angel emular, quando quisiera
Llenar mas alto grado,

La soberbia orgullosa
Habla en su corazon, no la severa
Razon con que por Dios fué sublimado.
Por el primer pecado
Su pecho está en dos bandos dividido:
El apetito arrastra por la tierra,
Qual humilde reptil; y el atrevido
Animo al cielo mismo pone guerra.
La modesta razon no encumbra el vuelo,
Sino hácia sí se vuelve, y asombrada
Ve la inmensa cadena
Que ata el abismo al cielo.
¿Del infinito en medio y de la nada
Que es el hombre ignorante? ¿quien serena
Las borrascas, ó enfrena
Los bravos huracanes? ¿A las aves
Quien enseña á surcar el vago viento,
Y á sus lenguas los cánticos süaves?
¿O quien dió al árbol hojas y alimento?
Entónces quando el hombre alcanzar pueda,
¿Que es la hoguera del Sol? ¿de donde viene
La lluvia y el rocío?

¿Que fuerza impele á la celeste rueda?
¿Donde suspenso el universo tiene
De Dios el infinito poderío?
Podrá en su orgullo impio
A los seres decir; á ti te toca
Llenar este lugar; á ti este grado;
Y así adular á su soberbia loca
En el centro de todos colocado.
Mas no tanto; ¿si el siervo los secretos
Ve del señor? ¿ó si el vasallo sabe
Que sistemas medita
Y sagrados decretos
El Rey en su hondo seno? ¿si en ti cabe
Sondar como tu cólera se irrita,
¡O ciego! y quien lo excita?
¿Quien á tu sangre por las venas mueve?
¿Por que causa la piedra al centro baxa?
¿Porque es líquida el agua, el viento leve?
En tachar necio á tu hacedor trabajas.
¡Hijo del polvo, si elevarla osas,
Alza la vista al cielo, y ve la esfera
De estrellas tachonada,

Todas á par hermosas!
¿Es solo para ti tanta lumbrera?
Acaso cada qual será empleada
En bañar con dorada
Llama, como acá el Sol otro gran suelo;
Y los que el globo de Saturno moran,
Tan léjos como tú miran el cielo,
Y que tú habitas este punto ignoran.
Los ojos vuelve hácia la baxa tierra,
Y á sus vivientes llega á tu despecho:
El mas imperceptible
Mil otros en sí encierra.
¡Del mosquito sutil, que inmenso trecho
Al que apenas la Lente hace visible!
¿Y acaso no es posible
Descender aun de aquel? pues él contiene
Dentro en sí otros, que á vivir dispone:
Cada qual movimiento y partes tiene,
Y cada parte de otras se compone.
El hombre comparado, generoso
Amigo, al universo es, qual el punto
Con la tendida esfera,

O un ola al mar undoso.
Su saber es que empieza y muere junto,
Y ménos que un instante su carrera.
Mas años mil viviera,
Jamas otros misterios sondaria.
Las cosas todas en la nada nacen,
Y en lo infinito paran: quien las cria
Contará solo los guarismos que hacen.

¡Hombre mortal, escucha: al órden mira
Del todo; el órden es la ley primera
Del cielo soberano!
La inmensidad admira
Del universo; y gózate en tu esfera,
Que tu felicidad está en tu mano.
Dexa de anhelar vano
Por el lugar del Angel: á él subiendo
Tambien al tuyo el bruto ascenderia:
La planta al animal fuera impeliendo;
Y del órden por ti todo saldria.

La providencia es justa: á ti te ha dado
En suerte la virtud, y al tosco bruto
El deleyte grosero.

No estés, no, mal hallado
Con la augusta virtud: su dulce fruto
Es del alma la paz, y el verdadero
Gozo su compañero,
Que nada acá en la tierra darte puede.
¿Y que en ella ó los cielos comparable
Merece ser al justo? ¿quien le excede?
¿O es hechura de Dios mas admirable?
La grande ley que vivifica todo
Es el comun amor: ama á tu hermano:
Ama á la Patria; y ama
Todo el mundo, de modo
Que antepongas al dueño soberano
Que bienes tantos sobre ti derrama.
Si este ardor bien te inflama,
Ora en la tierra mores largos dias,
O en flor te anuble ábrego enojoso,
No temas las mortales agonías,
Que como justo acabarás gozoso.
Así Naturaleza al hombre dice:
Y la blanda esperanza hasta él desciende
Que le conforta el pecho;

Y él con ella es felice.
Mas si su osada vanidad entiende,
Le dexa en sus sistemas satisfecho
Trabajar sin provecho.
Su presuncion con risa mira el cielo:
Y él nunca en su locura bien hallado,
Miéntras anhela el bien con mas desvelo,
Mas parece que el bien huye su lado.

ODA X.

La Tempestad.

¿Oyes, oyes el ruido
Del aquilon que en la selva
Entre los alzados robles
Con rápidas alas vuela?
¡Oh! ¡qual silva! ¡como agita
Las ramas! sus hojas tiernas
En torbellinos violentos
Desparce con rabia fiera.
Una nube le acompaña
De negro polvo: la niebla

Se lanza en un mar undoso
Del cóncavo de las peñas,
Y cubre el cielo. La llama
Del Sol desparece envuelta
En caliginosas nubes,
Y la noche á reynar entra.
Las aves huyen medrosas:
De espanto inmóvil se queda
El tardo buey; y el establo
Azorado á hallar no acierta.
Crece el huracan. Del trueno
La imperiosa voz resuena,
Que al Omnipotente anuncia
A la congojada tierra.
Ya llega: otra vez horrible
El trueno la voz aumenta;
Y los relámpagos hacen
Del cie'o una inmensa hoguera.
¡Señor! ¡Señor! compasivo
Mi albergue mira: tu diestra
No lo aniquile: perdona
A un ser que te adora y tiembla.

Tú eres, Señor: te descubro
Entre el manto de tinieblas,
Con que misterioso al mundo
Tu faz y tu gloria velas.
Tú eres, Señor: poderoso
Sobre los vientos te llevan
Tus Angeles: de tu carro
Retumba la ronca rueda..
Tu carro es de fuego. El trueno,
El trueno otra vez: se acerca
El señor: su trono en medio
De la tempestad asienta.
La desolàcion le sigue;
Y el rayo su voz espera
Prestas las alas: lo manda;
Y el monte abrasado humea.
Arden las nubes: veloces
Los relámpagos serpean
Del Eterno en torno. Impios,
¡ Ay! temblad que Jehová llega.
Jehová la cóncava nube
Retumba, las hondas vegas

Jehová: sonoras responden
Jehová las altas esferas.
Despavorido al estruendo
El libertino despierta;
Y confundido el ateo
Su inefable ser confiesa.
De miedo y horror transidos,
Al Dios que insultáron ruegan
Temblando; y ante sus iras
Aniquilarse quisieran.
El entre tanto imperioso
Domina: la frente excelsa
Mueve; la tormenta crece,
Y los montes titubean.
Llama el áspero granizo;
Y que anonade le ordena
De la vid el dulce fruto,
Y las ricas sementeras.
Le obedece; y con funesto
Estrépito se despeña
Al baxo suelo, y lo tala.
¡Señor! tus iras modera.

Mira al labrador que inmóvil
De espanto la obra contempla
De tu poder: sus hijuelos
Y su esposa le rodean.
Todos lloran: todos tienden
A ti las manos; y esperan
El pan de ti que hoy les robas.
¡Buen Dios! ¿do está tu clemencia?
¿Vienes á asolarnos? ¿vienes
A mover al hombre guerra?
¿No hay un justo que te implore?
¿O á las súplicas te niegas?
Tú en quien un padre oficioso
Hasta el vil insecto encuentra:
Que á millones de vivientes
Abres la mano, y sustentas:
¿Olvidas hoy á tus hijos?
¿O dexarás que perezca
Sin pan el pobre? tus iras
Ya desarma la inocencia.
Del justo el humilde ruego
Prevaleció: Jehová reyna

Sobre el trueno: su alto cetro
Pasó sobre mi cabeza.
Ledo pasó: yo asombrado
No osé alzar la frente. ¡Oh! dexa,
Señor, que humilde en el pólvo
Adore tu providencia,
Que ya la benigna lluvia
De tu bendicion recrea
La árida tierra: ya baxa,
Y blanda el aura refresca.
Con júbilo la reciben
Las aves; y en dulces lenguas
Por el mundo agradecido
Tu inmensa bondad celebran.
Pasó el nublado: la mano
Del señor la ardiente fuerza
Del rayo imperiosa calma,
Y el viento y el trueno arredrá,
Quiérelo; y las torvas nubes
Baxo sus pies se congregan:
Mándalo; y rápidas parten
De su trono mil centellas,

Oyónos ; y á la montaña
La tempestad voló presta.
¿ No veis el hórrido estruendo ?
¿ Y qual el bosque se anega ?
Ya, Padre, ya nos indultas;
Y el íris de paz nos muestras
En señal de la alianza
Que has jurado con la tierra.
Al cielo el Excelso torna.
Mortales, su omnipotencia
Cantad ; y que el universo
Un himno á su gloria sea.

ODA XI.

La Tribulacion.

¿ Porqué, porque me dexas?
Señor, Dios mio, padre, vuelve y mira:
¿ De mis ardientes quejas
Tu bondad se retira ?
¿ Tú cesas, y mi labio á ti suspira ?
De tu nombre en la gloria

Los miseros fiáron; tú les diste
Del opresor victoria:
Sus plegarias oiste;
Y su esperanza y su salud cumpliste.
La muerte y sus dolores
Rompen mi corazon; en mis oidos
Suenan ya los clamores
De los apercibidos
Monstruos á devorarme, y sus bramidos.
A las fauces pegada
Mi lengua está; y al polvo me ha lanzado
Del olvido tu airada
Diestra: en torno he mirado,
Y el mar de la afliccion me ha circundado.
Mi pecho como cera
De dolor se liquida y desfallece:
Qual la llama ligera
Muy mas mi angustia crece;
Y aguija el enemigo, y me estremece.
Gusano soy, no hombre,
Oprobrio de los hombres y su ira:
Sin que mi mal le asombre

Me mofa quien me mira;
Y mueve la cabeza, y se retira.
A voces dicen; venga,
El Dios venga en que espera neciamente:
Su brazo le sostenga;
O en su solio fulgente
De gloria ciña su abatida frente.
Entonce acatarémos
Su mísera orfandad y su inocencia:
En tanto devoremos
Su pan; y la clemencia
De ese su Dios sustente su indigencia.
Mas tú sobre las alas
De Querubines vas: los móntes toca
Tu dedo, y los igualas
Con los valles: tu boca
Sopló, y en polvo vuela la ardua roca.
Qual madre compasiva
En mi débil infancia me has guiado:
Contra la suerte esquiva
En hombros me has tomado;
Y siempre entre tus alas me has guardado.

Solo soy, y tú fuiste
Mi padre: enfermo te imploré en el lecho,
Y salud me traxiste.
¡Ay! ven, cubre mi pecho,
Que blanco todos de su saña han hecho.
Ven, corre poderoso:
Confúndelos, señor: no mas dilates
El brazo victorioso
Con que fuertes combates,
Y los cedros altísimos abates.
Corre, corre, que crece
Qual ola de la mar el dolor mio,
Y á mis pies se estremece
El averno sombrío.
Ven, señor; llega, que en tu diestra fio.

ODA XII.

Al Sol.

Salud, ó Sol glorioso,
Adorno de los cielos y hermosura,
Fecundo padre de la lumbre pura,

O Rey, ó Dios del dia,
Salud: tu luminoso,
Rápido carro guia
Por el inmenso cielo,
Hinchendo de tu gloria el baxo suelo.
  Ya velado en vistosos
Albores alzas la divina frente;
Y las cándidas horas tu fulgente
Corte alegres componen:
Tus caballos fogosos
A correr se disponen
Por la rosada esfera
Su inmensurable, sólita carrera.
  Te sonrie la Aurora,
Y tus pasos precede, coronada
De luz, de grana y oro recamada.
Pliega su negro manto
La noche veladora;
Rompen en dulce canto
Las aves: quanto alienta,
Saltando de placer tu pompa aumenta.
  Todo, todo renace

Del fúnebre letargo en que envolvia
La inmensa creacion la noche fria.
La fuente se deshiela:
Suelto el ganado pace:
Libre el insecto vuela;
Y el hombre se levanta
Extático á admirar belleza tanta.
  Miéntras tú derramando
Tus vivíficos fuegos, las riscosas
Montañas, las llanadas deliciosas,
Y el ancho mar sonante
Vas feliz colorando.
Ni es el cielo bastante
A tu carrera ardiente
De las puertas del Alba hasta occidente:
  Que en tu luz regalada
Mas que el rayo veloz todo lo inundas;
Y en alas de oro rápido circundas
El ámbito del suelo.
El Africa tostada,
Las Regiones del hielo,
Y el Indo celebrado

Son un punto en tu círculo dorado.
¡Oh! ¡qual vas! ¡quan gloriosa
Del cielo la alta cima enseñoreas,
Lumbrera eterna, y con tu ardor recreas
Quanto vida y ser tiene!
Su ancho gremio amorosa
La tierra te previene:
Sus gérmenes fecundas;
Y en vivas flores súbito la inundas.
En la rauda corriente
Del océano en conjugales llamas
Los monstruos feos de su abismo inflamas.
Por la leona fiera
Arde el leon rugiente;
Su pena lisonjera
Canta el ave; y sonando
El insecto á su amada va buscando.
¡O padre! ¡ó Rey eterno
De la naturaleza! á ti la rosa,
Gloria del campo, del favonio esposa,
Debe aroma y colores,
Y su racimo tierno

La vid, y sus olores
Y almibar tanta fruta,
Que en feudo el rico Otoño te tributa.
Y á ti del caos umbrío
Debió el salir la tierra tan hermosa;
Y debió el agua su corriente undosa;
Y en luz resplandeciente
Brillar el ayre frio,
Quando naciste ardiente
Del tiempo el primer dia:
¡O de los astros gloria y alegría!
Que tú en profusa mano
Tus celestiales y fecundas llamas,
Fuente de vida, por do quier derramas,
Con que súbito el suelo,
El inmenso oceano,
Y el transparente cielo
Respiran: todo vive,
Y nuevos seres sin cesar recibe.
Próvido así reparas
De la insaciable muerte los horrores;
Las víctimas que lanzan sus furores

En la region sombría,
Por ti á las luces claras
Tornan del almo dia;
Y en sucesion segura
De la vida el raudal eterno dura.
Si mueves la flamante
Cabeza, ya en la nube el rayo ardiente
Se enciende, horror al alma delinqüente:
El pavoroso trueno
Retumba horrisonante;
Y de congoja lleno
Tiembla el mundo, vecina
Entre aguaceros su eternal rüina.
Y si en serena lumbre
Arder velado quieres, en reposo
Se aduerme el universo venturoso,
Y el suelo reflorece.
La inmensa muchedumbre
Ante ti desparece
De astros en la alta esfera,
Donde arde solo tu inexhausta hoguera.
De ella la lumbre pura

Toma que al mundo plácida derrama
La Luna, y Vénus su brillante llama.
Mas tu beldad gloriosa
No retires: obscura
La Luna alzar no osa
Su faz; y en hondo olvido
Cae Vénus, qual si nunca hubiera sido.
  Pero ya fatigado
En el mar precipitas de occidente
Tus flamígeras ruedas. ¡Qual tu frente
Se corona de rosas!
¡Que velo nacarado!
¡Que ráfagas vistosas
De viva luz recaman
El tendido horizonte, el mar inflaman!
  La vista embebecida
Puede mirar la desmayada lumbre
De tu inclinado disco: la ardua cumbre
De la opuesta montaña
La reflexa encendida,
Y en púrpura se baña,
Miéntras la sombra obscura

Cubriendo cae del mundo la hermosura.
¡Que magia! ¡que ostentosas
Decoraciones! ¡que agraciados juegos
Hacen do quiera tus volubles fuegos!
El agua de ellos llena
Arde en llamas vistosas;
Y en su calma serena
Pinta ¡ó pasmo! el instante
Do al polo opuesto te hundes centellante.
¡A Dios, inmensa fuente
De luz! ¡astro divino! ¡á Dios, hermoso
Rey de los cielos, símbolo glorioso
Del Excelso! y si ruego
A ti alcanza ferviente,
Cantando tu almo fuego
Me halle la muerte impia
A un postrer rayo de tu alegre dia.

ODA XIII.

La Noche de Invierno.

¡Oh! ¡quan hórridos chocan
Los vientos! ¡ó que silbos,
Que cielo y tierra turban
Con soplo embravecido!
Las nubes concitadas
Despiden largos rios,
Y aumentan pavorosas
El miedo y el conflicto.
La Luna en su albo trono
Con desmayado brillo
Preside á las tinieblas
En medio de su giro;
Y las menores lumbres,
El resplandor perdido,
Se esconden á los ojos
Que observan sus caminos.
Del Tórmes suena léjos
El desigual rüido

Qué forman lás corrientes
Batiendo con los riscos.
¡ O invierno ! ¡ ó noche triste !
¡ Quan grato á mi tranquilo
Pecho es tu horror ! ¡ tu estruendo
Quan plácido á mi oido !
Así en el alta roca
Cantando el pastorcillo,
Del mar alborotado
Contempla los peligros.
Tu confusion medrosa
Me eleva hasta el divino
Ser, adorando humilde
Su inmenso poderío:
Y ante él absorto y ciego
Me anego en los abismos
De gloria que circundan
Su solio en el empíreo.
Su solio desde donde
Señalas los lucidos
Pasos al Sol, y encierra
La mar en sus dominios.

¡O Ser inmenso! ¡ó causa
Primera! ¿donde altivo
Con vuelo temerario
Me lleva mi delirio?
! Señor! ¿quien sois? ¿quien puso
Sobre un eterno quicio
Con mano omnipotente
Los orbes de zafiro?
¿Quien dixo á las tinieblas,
Tened en señorío
La noche: y vistió al Alba
De rosa el manto rico?
¿Quien suelta de los vientos
La furia; ó llevar quiso
Las aguas en sus hombros
Del ayre al gran vacío?
¡O providencia! ¡ó mano
Süave! ¡ó Dios benigno!
¡O padre! ¡do no llegan
Tus ansias con tus hijos!
Yo veo en estas aguas
La mies del blondo Estío,

De Abril las gayas flores,
De Octubre los racimos.
Yo veo de los seres
En número infinito
La vida y el sustento
En ellas escondido.
Yo veo....no sé como,
Dios bueno, los prodigios
De tu saber explique
Mi pecho enternecido.
Qual concha nacarada,
Que abierta al matutino
Albor, convierte en perlas
El cándido rocío;
La tierra el ancho gremio
Prestando al cristalino
Humor, con él fecunda
Sus gérmenes activos.
Y un dia el hombre ingrato
Con dulce regocijo
Las gotas de estas aguas
Trocadas verá en trigo.

Verá el pastor que el prado
Da yerbas al aprisco,
Saltando en pos sus madres
Los sueltos corderillos.
Y en las labradas vegas
Tenderse manso el rio,
Los surcos fecundando
Con paso retorcido.
Los vientos en sus alas,
Qual ave que en el pico
El grano á sus polluelos
Alegre lleva al nido;
Tal próvidos extienden
A términos distintos
Las fértiles semillas
Con soplo repetido.
Las plantas fortifican
En recio torbellino,
Del ayre desterrando
Los há'itos nocivos.
Y en la cansada tierra
Renuevan el perdido

Vigor, porque tributo
Nos rinda mas opimo.
¡O de Dios inefable
Bondad! ¡ó altos designios,
Que inmensos bienes causan
Por medios no sabidos!
Do quiera que los ojos
Vuelvo, señor, yo admiro
Tu mano derramando
Perennes beneficios.
¡Ay! siéntalos mi pecho
Por siempre y embebido
En ellos te tribute
Mi labio alegres himnos.

ODA XIV.

En la Elevacion de un Amigo.

Rápida vuela por el aura leve,
Musa feliz, hasta el ilustre amigo
En el glorioso dia,
Que ya predixo fiel la amistad mia.

Alza tu voz en lisonjero aplauso
De alegres VIVAS, que la Fama lleve
Por todo el ancho suelo,
Y encumbre presta al rutilante cielo.

Este es el dia de las Musas, esta
La fausta aurora de su triunfo: Apolo
Ve su hijo coronado,
Y la virtud y el mérito ensalzado

Sobre las alas de la dulce Gloria
Por el honor, de generosas almas
Anhelo esclarecido,
Y entre trabajos mil tarde obtenido.

¿Mas qué mi pecho atónito me dice
De tus hados, amigo? No, no es este
El galardon postrero,
Si el cielo no me burla lisonjero.

Mayor órden de cosas te destina
Para bien de la Esperia, nuevas honras
Previene á tus sudores,
Y de Cárlos mas íntimos favores.

Que no fortuna á la virtud contraria
Siempre ha de hollar, ó la voluble mano

Dará su arbitrio ciego
A la saugre, al favor, ó indigno ruego.
Otra es la edad feliz del Rey clemente
Que en cetro justo y potestad nos rige;
Por quien la hórrida guerra
Brama aherrojada, y duerme en paz la tierra.
El ve tus claros méritos, la augusta
Prudencia de tu mente y fe sencilla,
Y ese tu honesto seno
De amor del bien y de la Patria lleno:
Y cabe sí te llamará algun dia,
¡Dia feliz! y partirá contigo
Los cuidados profundos
Y afan inmenso de regir dos mundos.
Henchirá entónces la virtud la tierra,
Qual el Sol rubio con sus rayos de oro,
Quando entre nieve y rosa
Las puertas abre al dia el Alba hermosa.
Lloverá el cielo de sus almos dones
Con mano larga; y volará atendido
El genio tras tus huellas
Con sus alas de fuego á las estrellas.

Verá el colono la abundancia opima
Cariñosa reirle, en rubias mieses
La frente coronada;
Y el poder su cerviz verá quebrada.
De nuestros padres las costumbres rudas
Renacerán, la probidad austera
Jamas de oro vencida,
Y aquel su honor mas caro que la vida.
Sí, amigo, sí: mis codiciosos ojos
Esto verán, quando en la cima toques
Del mando afortunado.
Ven luego, ven, ó tiempo suspirado!
Ven; y tú, España, de esperanzas llena
Tu seno augusto; y en alegre pompa
Del amigo dichoso
Las glorias canta y hado venturoso.

ODA XV.

A las Estrellas.

¿Do estoy? ¿que presto vuelo
De alada Inteligencia me levanta
Desde la tierra vil á los reales
Alcázares del cielo?
Parad, soles ardientes;
Lámparas eternales,
Que huis girando en ligereza tanta,
Las alas esplendentes
Coged, coged; y en vuestra luz gloriosa
Abísmese mi vista venturosa.

Por do quiera fulgores,
Y viva accion y presto movimiento.
El Dios del universo aquí ha sentado
Su corte entre esplendores:
Del infinito coro
De Angeles acatado,
Grato aquí escucha el celestial concento
De sus laudes de oro;

Qual alma celestial el orbe alienta;
Y en sola una mirada lo sustenta.
¿Que es de la tierra obscura?
¿Este átomo de polvo que orgulloso
Debastándolo agita el hombre insano
¡Ay! ora en guerra dura?
Despareció; y perdido
Su Sol con ella, en vano
Ansia el ánimo hallarlo cuidadoso
Entre tanto encendido
Fanal, ni á sus plantas: allí estaba
La blanca Luna; y Marte allá tornaba.
Sobre ellos sublimado
Corro en la inmensidad: la Lira ardiente,
El Orion, las Pléyadas lluviosas,
Y á ti, ó Sirio, inflamado
En viva, hermosa lumbre
Dexo atras y las Osas.
Sobre el fanal del polo refulgente
Del empíreo á la cumbre
Trepo: la mente aun mas allá se lanza,
Y de la creacion el fin alcanza.

¡ Que digo el fin !....empieza
Otro y otro sistema, y otros cielos,
Y otros soles y globos cristalinos
De indecible belleza.
¿ Que Serafin glorioso
En sus vagos caminos
Podrá alcanzarlos con sus raudos vuelos?
Mi espírtu congojoso
Por do quier halla mas, si mas desea;
Y el infinito en torno le rodea.
Sí, sí que la inefable
Diestra del Hacedor no se limita
Qual la mente humanal á cerco breve.
El mar ancho, insondable
Tan nada le ha costado
Qual la arenilla leve:
Lo propio un claro sol, que esa infinita
Multitud que ha sembrado
Como el polvo en el ancho firmamento;
Y hoy de nuevo encender miles sin cuento.
Ante él como la nada
Así es la creacion, ménos que un puro

Rayo solar á su orbe luminoso:
Ni en su mente sagrada
Hay HASTA AQUI: su diestra
Jamas yace en reposo,
Del punto que animando el caos obscuro,
En soberana muestra
De su alto mando le intimó: fenece;
Ya esta ancha, inmensa bóveda aparece.
¡Oxalá en ella unido
A algun cometa ardiente su carrera
Rapida, inmensurable acompañara!
En el éter perdido,
Curioso indagaria
Tanta y tanta luz clara.
Ya en su giro cien siglos me escondiera:
Ya cabe el Sol veria
¿De do su llama sempiterna viene?
¿Que brazo así colgado le sostiene?
¿Que es el opaco anillo
Del helado Saturno, y si al radiante
Júpiter los satélites aumentan
Su benéfico brillo?

¿ En la cándida zona
Quantos soles se cuentan ?
¿ Quantos en el zodiaco centellante ?
¿ Quien puso la Corona
Do está , y la Hidra, y el Centauro fiero?
¿ Do la Andrómeda brilla, y do el Boyero?
Y á todos demandara
Por su infinito autor; ¿ donde asentado
Entre esplendores y eternal ventura
Su excelso trono alzara ?
¿ Por qual feliz camino
La humilde criatura
Puede trepar á su inefable estado?
¿ Do su confin divino
Toca, y que Sol le alumbra? ¿ ó donde dixo,
De mis obras el término aquí fixo ?
Cesemos : este sea
Postrer lucero, el valladar lumbroso
A la gran obra que yacia acordada
En mi inefable idea:
Columna magestuosa
Entre el ser y la nada

Alzada por mi brazo poderoso.
Mi bondad ve gozosa
Del postrer mundo al átomo primero;
Y en todo brilla, y mi supremo esmero.
  Decid pues, encendidos
Globos, que ardeis sin número; fanales,
Que ornais el manto de la noche umbría,
Los hombres embebidos
Alzando hasta la altura
Del Ser grande que os guia
Rodando en esas plagas eternales:
Vosotros que segura
Senda al sabio mostrais, que os mira atento
Por el tendido, líquido elemento.
  O en voluble semblante
Diérais al labrador en la apartada
Edad lecciones, como fiel partiese
Su trabajo incesante,
Y la rauda presteza
De los tiempos midiese:
Decid, globos, decid ¿donde le agrada
De su faz la belleza

Mostrar á ese gran Ser? ¿ donde mi anhelo
La verá de su gloria caido el velo?
  Buscárale cuidoso
Por todo el ancho mundo, á la indistinta
Variedad de los seres demandando
Por su hacedor glorioso.
El insecto brillante
Me responde sonando:
El que de oro y azul mis alas pinta
Está mas adelante:
Está mas adelante, me responde
La garza, que en la nube audaz se esconde.
  Y la mar procelosa,
Mas adelante, rebramando suena,
Y el fiero Leviatan en su hondo abismo:
En la aura vagarosa
Trinando al pueblo alado
Decir oigo lo mismo;
Y el rayo asolador que el mundo llena
En su vuelo inflamado
De horror y pasmo, mas allá, me clama,
Mora el que enciende mi sonante llama.

¿ Donde, soles gloriosos,
Está este mas allá, que nunca veo?
¿ Jamas ni un alma vencerá atrevida
Los lindes misteriosos
De este imperio inefable,
Por mas que enardecida
Avance en su solícito deseo?
¡ Ah! siempre inconsurable
Al hombre agoviará naturaleza,
Abismado en su mísera baxeza.
Siempre, lumbres sagradas,
Vosotras arderéis: en pos la mente
Vuestro áureo giro seguirá afanosa
Con alas desmayadas;
Y caerá sin aliento.
La noche misteriosa
Colgará con su velo refulgente
El ancho firmamento;
Y yo en mi amable error luego embriagado
Tornaré inquieto a mi feliz cuidado.

ODA XVI.

El deseo de Gloria en los Profesores de las Artes.*

Don grande es la alta fama,
Inclito premio de virtud, que al cielo
Encumbra envuelto en nube voladora
Desde el afan del circo polvoroso
Al Atleta dichoso,
Que arrebató la olíva triunfadora.
O ya á la muerte, ardiendo en noble anhelo,
Entre el plomo tronante, entre la llama
Al ciudadano aclama,
Que impávido obedece á su mandado
Por la brecha trepando con pie osado:
De agudas picas una selva espesa

* Leyóse esta Oda el dia 14 de Julio de 1787 en la Junta General de la Real Academia de San Fernando para la distribucion de premios de pintura, escultura y arquitectura.

A su pecho se opone;
Miéntra en glorioso fin de la ardua empresa
Su heroyca diestra derodada pone
El vencedor pendon firme en el muro;
Y el fruto coge de su afan seguro.
Desde la popa hincharse
Ve el ínclito Colon la onda enemiga:
El trueno retumbar; la quilla incierta
Vagar llevada á la merced del viento:
La chusma sin aliento;
Y una honda sima hasta el abismo abierta:
¡Vil galardon á su inmortal fatiga!
Pero él en tanto escribe sin turbarse
La ínclita accion: hallarse
Podrá un dia exclamando, tan preciado
Depósito y mi nombre celebrado
De la fama será. Quiso benigno
Darle la mano el cielo:
Y entre las ondas plácido camino
Abrirle fausto hasta el hispano suelo.
El hombre por su arrojo sin segundo
Goza doblado el ámbito del mundo.

La fama á tanto alienta:
Ella al alma feliz que en luces nace
Rica, del baxo vulgo la retira
Al templo do Sofia es adorada;
Y en su luz embriagada
Sus inmensos tesoros muda admira.
¡Que vigilia! ¡que afan le satisface!
¡O en que invencion su anhelo se contenta!
Todo lo ansia sedienta
A par que alcanza mas: la noche, el dia
Son breves a su ardor. Solo ella guia
Del mando en el sendero peligroso
Al varon que eminente,
Miéntra el vil ocio duerme perezoso,
Busca profundo y forma en su alta mente
Leyes que hagan el mundo afortunado,
Fruto de su vigilia y su cuidado.
Mas la gloria lo ordena,
La gloria de almas grandes alimento,
Que á la virtud divina confiada
Peligros y sudores desestima.
Esta llama que anima

El frágil, mortal pecho, denodada
Todo lo emprende y tienta ¿ á su ardimiento
Que puede huir? la inmensidad terrena
El corazon no llena,
Que aun es su ambito al hombre espacio breve;
Y en su mente sublime á mas se atreve.
Ya el águila caudal suelto le mira
Partir su señorío
Quando en los ayres se remonta y gira:
Baxa alígero el rayo a su albedrío;
Y el raudo Sena aun se paró asustado
De hispano, enxuto pie viéndose hollado.
¡O de ingenio divino
Sumo poder! La mente creadora,
Emula del gran Ser que le dió vida,
Hasta las obras enmendar desea
De su alta, excelsa idea.
Así en la llana tabla colorida,
Nuevos seres engendra y los mejora
De diestra mano el toque peregrino.
Así en feliz destino,
El dibuxo halló Ardices contornado:

El color Polignoto variado,
Las líneas otro, y otro los pinceles.
La sabia perspectiva
Los cuerpos ordenó, dexando á Apeles
La gracia celestial, nunca mas viva
Que al admirarla Grecia compendiada
En su Coa Deidad, aun no acabada.
¿Al arte engañadora
Que entónces resistió? duda la mano
Sombras palpando, si la vista, ó ella
Es la burlada, y torna y se asegura.
Una inmensa llanura
Encierra espacio breve; y por correlIa
La planta anhela con ardor liviano:
De Helena infiel la sombra me enamora;
Y aun tierno el pecho llora,
Dido infeliz, tu trance doloroso,
Viendo extático un lienzo mentiroso. *
¡O mágico poder! el delicado
Boton, la hórrida nube,

* La muerte de Dido, célebre quadro del Guido.

La vaga luz, el verde variado,
El ave que volando al cielo sube
Solo unas líneas son; y al pensamiento
Qual la misma verdad llevan contento.
Ni los mas escondidos
Movimientos del alma y sus pasiones
Pueden el reyno huir de los pinceles.
Sorprehéndelos el arte: indaga el pecho;
Y velo un volcan hecho
De turbados deseos, que los fieles
Matices le trasladan. Las razones
Del Itacense escuchan los oidos,
Yelmo y paves bruñidos,
Y el hasta del gran hijo de Peleo
Al Griego demandando. * El Genio veo,
El Ateniense Genio, vario, airado,
Feroz, fugaz, injusto,
Clemente, compasivo y elevado

* Célebre quadro de Timantes, en que venció á Parrasio.

A un tiempo todo; * y al mirar me asusto
La faz de la ímpia Guerra, que indignada
Al carro brama de Alexandro atada. *
Tanto el deseo alcanza
De fama eterna, si su llama prende
En un pecho mortal. Ella al divino
Apeles lleva á Rodas de sus lares
Por los tendidos mares:
Tiene años siete en un afan contino
De Ialiso al autor: el genio enciende
De Rafael; y el cetro le afianza
Con eterna alabanza,
De la pintura en su TABOR pasmoso:
Vargas, Céspedes, Juanes el reposo
Pierden por ella el Lacio discurriendo:
Y tú, Mengs sobrehumano,

* Quadro de Parrasio de que hace memoria Plinio como ingenioso.

* Excelente obra de Apeles consagrada por Augusto en su Foro, de donde tomó Virgilio su sublime descripcion del Furor bélico.

Tú, malogrado Mengs, en ella ardiendo
Los pinceles no sueltas de la mano:
Ve tus divinas tablas envidiosa
Natura; y tu alma grande aun no reposa.
Pero ¡ oh memoria aciaga !
El muere, y en su tumba el genio helado
De la pintura yace. La hechicera
Gracia, la ideal belleza, la ingeniosa
Composicion, la hermosa
Verdad del colorido, la ligera
Expresion, el dibuxo delicado....
¡Ah! ¿donde triste mi memoria vaga?
Dexa que satisfaga,
NOBLE ACADEMIA, á mi dolor: de flores
Sembrad la losa fria: estos honores
Son al PINTOR FILOSOFO debidos,
Al émulo de Apeles.
Y tú, insigne Carmona, repetidos
En el cobre nos da de sus pinceles
Los milagros; que ¡oh quanta! ¡oh! quanta gloria
Guarda el tiempo á la suya y tu memoria!

Mas yo del mármol mudo,
Del mármol espirante arrebatado
Do volverme no sé. Por qualquier parte
Un Númen halla atónito el deseo.
Aquí extasiado veo
Que al mismo Amor amor infunde el Arte: *
Allí del fiero Atleta
Huyo * ; y siento acullá que al golpe rudo
El Gladiador forzudo
Cae , agoniza y lanza por la herida
Envuelta en sangre la infelice vida. *
Quiero auyentar el ave que arrebata
Al barragan Troyano: *
Por el dolor que á Niobe maltrata
Tierno se agita el corazon liviano ; *

* El bellísimo Cupido de la Academia.
* El Atleta combatiendo , obra excelente.
* El Gladiador moribundo , estatua sublime.
* El hermoso Ganimedes.
* El grupo de la Niobe, lleno de expresion y belleza.

Y en él qual cera cada bulto imprime
El mismo afecto que falaz exprime.
Emula y compañera
Del mágico pincel, tú en el grosero
Mármol con mano diestra vas buscando
La divina beldad que en sí tenia:
Tú á su materia fria
Dar sabes vida y movimiento blando;
Y haces eterno al ínclito guerrero.
Aun de Antonino al sucesor venera
Presente Roma; * aun fiera
La faz del Macedon reyna entallada,
Y tú en inmensas fábricas osada,
Con arcos y palacios suntüosos
Tambien, ó Arquitectura,
Sabes eternizar: siempre famosos
Serán Delfos y el Faro: intacta dura
De Artemisa la fama; y de Palmira

* La insigne estatua eqüestre de Marco Aurelio.

La opulenta grandeza el mundo admira, *
¡O Corte suntüosa!
¡O muestra eterna del poder humano!
¡De la ínclita Zenobia augusta silla!
¿A quien estrago tanto no estremece?
¿Quien ¡ay! no se enternece
Al ver el templo inmenso, maravilla
Del arte, desolado, al verde llano
Igual ya la muralla portentosa,
La selva vasta, hermosa
De columnas del tiempo destrozada,
Relieve tanto é inscripcion hollada?
Entre escombros y mármoles los valles
Solitarios la mente
Finge azorada dilatadas calles:
Oye el rüido y voces de la gente;
Y á mil sombras gritar, ¡ay! ¡ay Palmira!
Y entre miedo y horror tambien suspira.

* Las inmensas ruinas de Palmira aun son hoy el asombro y la lástima de quantos viageros las visitan.

Pace triste el ganado
Los soberbios salones: son zarzales
Los pavimentos; do el poder moraba
La mísera indigencia habita ahora.
¿La mano asoladora
Del implacable tiempo, que no acaba?
Así del regio alcázar las señales
Irritan el dolor, y el destrozado
Obelisco sagrado,
Y el pórtico y excelsos capiteles,
Que á inmenso afan puliéron los cinceles.
Pero en tanta reliquia venerable
Escrita está la gloria
Del asiano esplendor siempre durable,
Y de Zenobia la ínclita memoria:
Y así, ó CARLOS, tu nombre esclarecido
Fábrica tanta librará de olvido.
O pio, feliz, y justo,
O comun Padre, ó triunfador, amigo
Y amparo de las Artes generoso,
BENIGNO CARLOS, tu real largueza
Las sublimó á la alteza

En que hoy las mira el español dichoso.
Desde tu excelso trono el blando abrigo
¡ Oh ! síguele indulgente ; y dexa, Augusto,
Dexa acercar sin susto
A tus plantas mi Musa ; y reverente
Ceñir de lauro tu sagrada frente.
Dexa á las Artes, al hispano anhelo
Gozar tu deseada
Forma en estatuas mil ; da este consuelo
A tus hijos : tu Corte decorada
Del domador de Nápoles se vea:
¡ O ! ¡ alcáncelo mi ruego ; y luego sea !
  Y tú que con él partes
Los inmensos cuidados, embebido
En la comun salud, tambien patrono
De las Musas, munífico Mecenas,
Las congojosas penas
Depon del mando, y oficioso al trono
Sube el ferviente, voto repetido
Que hacen conmigo tus amigas Artes.
Tú que aquí les repartes
Mil dones liberal, tambien al lado

Del Tercer Carlos te verás copiado:
Ya en faz benigna y mano cariñosa
Dando á esta turba ardiente
De jóvenes la palma gloriösa:
Ya oyendo al artesano diligente:
O ya al triste colono el yugo grave
Legislador tornando mas süave.

ODA XVII.

Prosperidad aparente de los malos.

En medio de su gloria así decia
El pecador: En vano
Tender puede el señor su débil mano
Sobre la suerte mia.
A las nubes mi frente se levanta,
Y en el cielo se esconde.
Donde está el justo? ¿ las promesas donde
Del Dios que humilde canta ?
Hiel es su pan, y miel es mi comida,
Y espinas son su lecho,

¿Con su inútil virtud, que fruto ha hecho?
Insidiemos su vida:
 A hierro por mis hijos sean taladas
Sus casas y heredades;
Y ellos mi ínclita fama á las edades
Lleven mas apartadas.
 Que el nombre de los buenos como nube
Se deshace en muriendo;
Solo el del poderoso va creciendo,
Y á las estrellas sube.
 Cayga, cayga en mis redes su simpleza.
El habló, yo pasaba;
Mas al tornar por verle la cabeza
Ya no hallé donde estaba.
 Su gloria se deshizo: sus tesoros
Carbones se volviéron:
Sus hijos al abismo descendiéron;
Sus risas fuéron lloros.
 La confusion y el pasmo en su alegría
Los pasos le tomáron;
Y entre los lazos mismos le enredáron
Que al bueno prevenia.

Del injusto opresor esta es la suerte:
No brillará su fuego;
Y andará entre tinieblas como ciego
Sin que camino acierte.

La muerte le amenaza, los disgustos
Le esperan en el lecho:
Contino un áspid le devora el pecho:
Contino vive en sustos.

Amanece, y la luz le da temores:
La noche en sombras crece;
Y á solas del averno le parece
Sentir ya los horrores.

Dará huyendo del fuego en las espadas:
El señor le hará la guerra;
Y caerán sus maldades á la tierra
Del cielo reveladas.

Porque del bien se apoderó inhumano
Del huérfano y viüda,
Le roerá las entrañas hambre aguda;
Y huirá el pan de su mano.

Su edad será marchita como el heno:
Su juventud florida

Caerá qual rosa del granizo herida
En medio el valle ameno.
Tal es, gran Dios, del pecador la suerte.
Però al justo que fia
En tu promesa, y por tu ley se guia,
Jamas llega la muerte.
Sus años correrán qual bullicioso
Arroyo en verde prado;
Y qual fresno á sus márgenes plantado
Se extenderá dichoso.

ODA XVIII.

Inmensidad de la Naturaleza, y bondad inefable de su Autor.

¡O gran naturaleza,
Quan magnífica eres!
¡Quanto el señor te enriqueció de seres
En profusa largueza!
Del musgo humilde al álamo encumbrado,
Del mínimo arador al Elefante,

Del polvo vil, hollado,
Del Sol al globo inmenso, rutilante,
¿Que espíritu bastante
Será á contar los hijos, que en perenne
Verdor tu seno próvido mantiene?
¿Pues que de ese glorioso
Exército sin cuento,
Que en viva luz y acorde movimiento
La noche orna vistoso?
¿De esos cometas por la inmensa esfera
Perdidos en la fuga arrebatada
De su vaga carrera?
¿Y esa gran zona en cuya luz nevada
La mente enagenada,
Qual la arena del mar así apiñados
Los soles ve? ¿de quien serán contados?
De el Excelso tan solo,
De aquel que en valedora,
Diestra sabio encerró la mar sonora;
Y en uno y otro polo
Asentó los firmísimos quiciales,
Do eterno rueda el orbe y se sustenta:

Del que los perennales
Veneros de las fuentes alimenta;
Y vuelve y tiene cuenta
Del polluelo del águila en su nido,
Y el pez al hondo piélago sumido.
  Aquel á cuyo acento
Saliéron de la nada;
Y que sustenta próvido alentada
Con su alto mandamiento
Esta máquina inmensa: á cuyo ardiente,
Soplo reparador naturaleza
Fecundo el gremio siente,
Y el valle se orna en su fugaz belleza:
Miéntra en ruda firmeza
Asienta el monte con su excelsa mano;
Sino cayera sobre el verde llano.
  El, de alta ciencia lleno,
Grande en poder, de vida
Fuente eterna, lo quiso; y sin medida
Los seres de su seno
Se lanzáron al punto: el gran vacío
Inundó presurosa

La luz : el Sol con noble señorío
Se alzó del caos umbrío,
Del pueblo alado á ver la aura serena,
Y la ancha tierra de vivientes llena.
  Entónces de sus flores
Galanas se vistiéron
Las vegas ; y los árboles sintiéron
Entre suaves olores
El peso de su fruta perfumada,
Riqueza todo y profusion dichosa.
La tierra coronada
De yerba y mies, que en ala cariñosa
Con inquietud gozosa
Nuevo en volar el céfiro movia,
La bondad suma del señor decia.
  Su bondad que velando
Qual madre diligente
Sus amados hijuelos, blandamente
Lo va todo acordando
Con grata variedad : ella señala,
Natura inmensa, el grado mas cumplido
En tu inefable escala

¡Oh pasmo! á tanto ser, desde el lucido
Serafin, encendido
En sacrosanto amor, á la baxeza
Del primer punto que en la nada empieza.
¡Que mente esta armoniosa
Proporcion y acabados
Contrastes á un gran fin siempre ordenados
Correrá, ó su asombrosa
Sucesion! Formas, movimientos, vidas,
Especies, climas, estacion, terreno,
Todo en las mas subidas
Felices consonancias. ¡O Dios bueno!
¡Dios de consejo lleno,
Y altísimo en poder! quanto has querido
Sabio hacer, todo lo mejor ha sido.
A tu obra convenia
La luz; y de una amable
Sonrisa de tu faz clara, inefable
Procedió luego el dia.
En pos el manto lóbrego, medroso
De la noche callada
Debió adormirla en plácido reposo;

Y de soles sin fin subito ornada
La Luna plateada
Nació á empezar su giro refulgente
Del ceño augusto de tu excelsa frente.
  El tiempo á tu imperiosa
Voz su curso modera.
Hablas; y rie en la luciente esfera
La Primavera hermosa,
De do en alas del céfiro templado
Baxa á la tierra y puéblala de flores.
El trino regalado
De las aves, sus plácidos amores,
Del viento los olores,
Y un soplo celestial de nueva vida
El universo á júbilo convida.
  Si al Estío inflamado
Llamas; y él respetoso
A sazonar el pan que dadivoso
Al hombre has preparado,
Corre á tu imperio tras el Can luciente,
Tu gloria el mundo ve de pasmo lleno:
Ya en el solano ardiente,

Ya en el fragor horrísono del trueno,
Ya en el cristal sereno
Del sesgo rio, en cuya linfa pura
Libra el valle su plácida frescura.

Tu bondad resplandece
En el opimo Octubre;
Y la ancha tierra de sus dones cubre.
¡ Oh ! ¡ quan rica aparece
En él la creacion ! Tus bendiciones
Los frutos son, los frutos regalados
Con que la mesa pones,
Do tus hijos sin número llamados,
En comun sustentados
Cantan tu mano larga, bienhechora
Del pardo ocaso al reyno de la Aurora.

¿ Pues que, quando volando
Sobre hórridas tormentas
Tu excelso trono entre las nubes sientas;
Y el invierno velando
Su helada faz en magestad umbría
Oye tu voz, y el aguacero crece,
Y la tiniebla el dia

Roba, y fragoso el viento se embravece?
Ante ti se estremece
Turbado el orbe: atónito te adora;
Y tu clemencia y tu bondad implora.
  Miéntra en tu inmensa alteza
De paz una mirada
Lanzando, en ella gózase apoyada
La gran naturaleza.
Y el coro fiel de espíritus gloriosos
Que en eterna alegría
Tu lumbre acata, en trinos armoniosos
Los himnos misteriosos
Sigue, que el universo reanimado
Suena á tu ardiente, paternal cuidado.
  De él la dichosa llama
De inefable amor viene,
Que á quanto exîste encadenado tiene;
Y vivífica inflama
Del globo luminoso, inmensurable
Que un punto luce en el inmenso cielo,
Al átomo impalpable:
Del gusano que arrastra por el suelo,

Al ave que su vuelo
Sobre las nubes vagarosa tiende;
Y ve do el rayo asolador se enciende.
  Y dél tanta armonía,
Tanta union soberana
Que no alcanza á sondar la mente humana.
La sombra al claro dia
Se opone; y de su acuerdo misterioso
En blando alivio al laso mundo viene
Tras la accion el reposo.
El líquido elemento opuesta tiene
La tierra; y en perenne,
Dulce acuerdo en amantes y en amados
Duran los entes todos separados.
  Asi elevada, umbrosa
La encina ve á su planta,
Que el humilde junquillo se levanta
Baxo su pompa hojosa.
Sobre la flor la mariposa vuela
Do el tardo insecto reposado yace:
La tortolilla anhela
La soledad; y Progne se complace

Si el blando nido hace
Entre los hombres; y á su mano impia
El seno inerme y los hijuelos fia.
Y en union todos viven,
Y gózanse, y se aman:
A tu bondad menesterosos claman;
Y de ella el bien reciben.
Las tinieblas, la luz, el Sol dorado,
El ancho mar, abismo de portentos,
El monte al cielo alzado,
El hondo valle, los alados vientos
En místicos concentos
Tu excelso nombre humildes glorifican;
Y en himnos mil su gratitud publican.
¡Y el hombre embrutecido,
O en un furor demente,
Osa acusarte, y tu bondad no siente!...
Abre, padre querido,
Su labio á la alabanza; y todo cante
En éxtasis de júbilo en el suelo
Tu amor, y lo levante
Sobre la inmensa bóveda del cielo.

Todo en rendido anhelo,
Todo, señor, del austro á los triones
Resuene de este amor las bendiciones.

ODA XIX.

El Hombre imperfecto a su perfectisimo Autor.

Señor, á cuyos dias son los siglos
Instantes fugitivos, ser Eterno,
Torna á mí tu clemencia;
Pues huye vana sombra mi exîstencia.
Tú que hinches con tu espíritu inefable
El universo y mas, ser Infinito,
Mírame en faz pacible;
Pues soy ménos que un átomo invisible.
Tú en cuya diestra excelsa, valedora
El cielo firme se sustenta, ó Fuerte;
Pues sabes del ser mio
La vil flaqueza, me defiende pio.
Tú que la inmensa creacion alientas,
O Fuente de la vida indefectible,

Oye mi voz rendida;
Pues es muerte ante ti mi triste vida.
Tú que ves quanto ha sido en tu honda mente,
Quanto es, quanto será, Saber inmenso,
Tu eterna luz imploro;
Pues en sombras de error perdido lloro.
Tú que allá sobre el cielo el trono santo
En luz gloriosa asientas, ó Inmutable,
Con tu eternal firmeza
Sosten, señor, mi instable ligereza.
Tú que si el brazo apartas al abismo
Los astros ves caer, ó Omnipotente;
Pues yo no puedo nada,
De mi miseria duélete extremada.
Tú á cuya mano por sustento vuela
El paxarillo, ó bienhechor, ó Padre,
Tus dones con largueza
Derrama en mí, que todo soy pobreza.
Ser Eterno, Infinito, Fuerte, Vida,
Sabio, Inmutable, Poderoso, Padre,
Desde tu inmensa altura

No te olvides de mí, pues soy tu hechura.

ODA XX.

El Fanatismo.

Tronó indignado el cielo,
Y sus polos altísimos tembláron
Contra el ciego mortal, que en torpe rito
Mancillara en el suelo
La imágen soberana
De su autor infinito.
Al Dios del universo abandonáron
Sus hijos por la vana
Deidad, que impios de su mano hicieran,
Y nuevos cultos crédulos le dieran.
Aquí acatar se via
La piedra bruta, miéntra allá abrasado
Entre los brazos del helado viejo
El infante gemia.
En el remoto Nilo
Con infame cortejo
Iba y danzas y cánticos llevado

El feroz cocodrilo;
Y la casta matrona incienso daba
Al adulterio que su pecho odiaba.
  Tronó el cielo en obscura
Noche y en tempestad hórrida y fiera,
Y á la tierra el sangriento fanatismo
Lanzó en su desventura.
Las cadenas cruxiéron
Del pavoroso abismo:
Tembló llorosa la verdad sincera:
Los justos se escondiéron,
Triunfando en tanto en júbilo indecente
El fraude obscuro y la ambicion ardiente.
  El monstruo cae y llama
Al zelo y al error; sopla en su seno,
Y á ambos al punto en bárbaros furores
Su torpe aliento inflama.
La tierra ardiendo en ira
Se agita á sus clamores;
Iluso el hombre y de su peste lleno
Guerra y sangre respira;
Y envuelta en una nube tenebrosa

O no habla la razon, ó habla medrosa.
Y él va y crece y se extiende
Del suelo, en la ancha faz, los altos cielos
Su frente toca, la soberbia planta
Al abismo desciende.
Con su cetro pesado
Los imperios quebranta:
De pálidos espectros, de recelos
Y llamas rodeado,
El orbe qual un Dios ciego le implora;
Y sus leyes de sangre humilde adora.
Entónces fuera quando
Aquí á un iluso extático se via
Vuelta la inmóvil faz al rubio oriente,
Su tardo Dios llamando:
En sangre allí teñido
Al Bonzo penitente:
Sumido á aquel en una gruta umbría;
Y el rostro enfurecido
Señalar otro al vulgo fascinado
Lo futuro, en la trípode sentado.
Do quier un nuevo rito,

Y un presagio fatal que horrible llena
La tierra de mil pánicos terrores.
Confundido el delito
Con la virtud gloriosa;
Coronada de flores
La infeliz vírgen que á morir condena
La cazadora Diosa,
Y en medio un pueblo que su zelo admira
La Indiana alegre en la inflamada pira.
  Así el monstruo batiendo
Las insolentes palmas, en su umbroso
Trono domina el orbe consternado;
Qual con fragor tremendo
Su hondo seno estremece
El Vesubio inflamado:
El cielo envuelto en humo pavoroso
Su alba faz obscurece;
Y cubre un ancho mar de ardiente laba
El rico suelo do Pompeya estaba.
  De puñales sangrientos
Armó de sus ministros, y lucientes
Hachas la diestra fiel: ellos clamáron

Y los pueblos atentos
A sus horribles voces
Corriendo van: tembláron
Los infelices Reyes, impotentes
A sus furias atroces;
Y ¡ay! en nombre de Dios gimió la tierra
En odio infando, en execrable guerra.
  Cada qual le ve ciego
En su delirio atroz: oir le parece
Su omnipotente voz: y armar su mano
Siente del crudo fuego
De su ira justiciera.
Del hermano el hermano,
Del hijo el padre víctima perece;
Y en la encendida hoguera
Lanza el esposo á la inocente esposa:
Ni un ¡ay! su alma feroz despedir osa.
  ¿Que es esto, autor eterno
Del triste mundo? ¿tu sublime nombre
Que en él se ultraje á moderar no alcanzas?
¿Desdeñas el gobierno
Ya de sus criaturas?

¿Y á infelices venganzas,
Y sangre y muerte has destinado el hombre?
¿A tantas desventuras
Ningun término pones? ¿ó el odioso
Monstruo por siempre triunfará orgulloso?
Vuelve; y á tu divina,
Nuda verdad en su pureza ostenta
Al pavorido suelo: el azorado
Mortal su luz benigna
Goce, y ledo respire:
No tiemble desmayado,
No tiemble, no, tu cólera sangrienta
Quando tu cielo mire.
Dios del bien, vuelve; y al averno obscuro
Derroca omnipotente el monstruo impuro.
¡Ay! que toma la insana
Ambicion su disfraz; y ardiente irrita
Su rabia asoladora y sus furores.
¡La quadrilla inhumana,
Qual vaga! ¡que encendido
El rostro, y que clamores!
¡Como á abrasar, á devastar se incita!

Y en tremendo rüido
Corre vibrando la sonante llama,
Y al Dios de paz en sus horrores llama.
Vedla, vedla regida
Del fiero Mahomet, qual un torrente
Que ondisonante la anchurosa tierra
Devasta sumergida,
De la Arabia abrasada
Con la llorosa guerra
Precipitarse en el tranquilo oriente,
En la diestra la espada,
Y el Alcoran en la siniestra alzando,
Muere, ó cree frenética clamando.
De allí de luto llena
El Africa infeliz, y tu luz clara
En su ira ardiente ¡ó España! ¡ó patria mia!
A esclavitud condena.
El trono de oro hecho
Y rica pedrería,
Que opulenta Toledo un tiempo alzára,
En polvo cae deshecho.

Alcázares, ciudades, templos, todo
Se hunde ¡ oh dolor! con el poder del Godo.
El de Ismael domina
Del Indo al mar Cantábrico ; y la Mora
Llama en el ancho suelo arde ligera.
En medio la ruina
Del orbe amedrentado
La ominosa bandera
Se encumbra de la Luna triunfadora;
Y ¡ ay ! en tigre mudado,
Ciego el Califa en su sangriento zelo
Despuebla el mundo por vengar el cielo.
De repente una obscura
Niebla inundó la tierra desolada;
Y el genio y las virtudes se apagáron:
Su divina hermosura
Las ciencias congojosas
Entre sombras lloraron
A manos del error vilmente ajada;
Y de mil pavorosas
Supersticiones la conciencia llena,
Se dobló el hombre su infeliz cadena.

ODA XXI.

El Paso del Mar Roxo.

Traduccion de la Vulgata.

Cantemos al señor, que engrandecido
Gloriosamente ha sido;
Y al mar lanzó caballo y eaballero.
Mi fuerza y mi alabanza el señor fuera,
Y mi salud se hiciera;
Mi Dios es, gloriarélo:
Dios de mis padres fué, y ensalzarélo.
Apareció el señor como un guerrero.
El potente es nombrado:
De Faraon los carros y esquadrones
Ha en el mar derrocado:
Y en sus rápidas ondas sepultado
Sus mas fuertes varones.
Abismos los cubriéron;
Y al profundo qual piedra descendiéron.
Con valerosa muestra
Magnificada ha sido,

Señor, tu fuerte diestra;
Señor, tu diestra al enemigo ha herido.
Con tu gloria infinita despeñaste
Tus contrarios: tus iras enviaste
Que como paja así los devoraran.
De tu furor al soplo se juntaran
Las aguas: las corrientes se frenáron;
Y del mar los abismos se estancáron.
El enemigo dixo: seguirélos,
Partiré sus despojos, cogerélos,
Desnudaré mi espada,
Heriránlos mis manos; y saciada
Se verá el alma mia.
Tu espíritu sopló, y el mar cubriólos;
Y la corriente rápida sorbiólos,
Como á plomo pesado.
¿Qual, señor, de los fuertes comparado
Puede á ti ser? ¿ó tienes semejante
En santidad brillante?
¿Tan laudable y tremendo,
Maravillas haciendo?
La tu mano extendiste;

La tierra halos tragado.
Caudillo al pueblo fuiste
Por tu misericordia rescatado;
Y con tu poderío
A tu morada santa lo has llevado.
Los pueblos lo supiéron,
Y en ira se encendiéron.
Al Filisteo impio
Dolores penetráron.
Los príncipes de Edon se conturbáron:
Los fuertes de Moab se estremeciéron;
Y los que habitan en Canaan se heláron.
Sobre ellos el espanto
Cayga y pavor de muerte;
En la grandeza de tu brazo fuerte
Queden qual piedra inmóviles, en quanto
Tu pueblo haya salido,
Pueblo que tú, señor, has poseido.
De tu herencia en el monte has de ponerlo,
Señor, y establecerlo.
Firmísima morada que has obrado:
Santuario que han tus manos afirmado.

Del señor será eterno
Y mucho mas el reyno.
Pues quando con sus carros se metiera
Y su caballería
En el mar Faraon, él revolviera
Sobre ellos la corriente;
Miéntra á pie enxuto y sosegadamente
Su camino Israel por medio hacia.

ODA XXII.

A LA LUNA.

Deten el presto vuelo
De tu brillante carro luminoso,
O Luna celestial; dexa á un lloroso
Mortal que lastimado
Te contempla en el suelo,
En tu rostro nevado
Gozarse; y tu alba lumbre
Posada ver del cielo en alta la cumbre.
Déxame, ó Luna bella,
Que con ojos extáticos te mire,

Y á verte torne; y en mi mal respire.
Y miéntra en pos la mente
Va de tu excelsa huella,
Cante yo balbuciente
Tu magestad gloriosa,
Plácida Reyna de la noche umbrosa.
  Ella su pavonado,
Fúnebre manto por la inmensa esfera
Volando en torno desplegó ligera,
Con rica bordadura
De luceros ornado:
Y en magestad obscura
Lanzando al rubio dia,
Con negro cetro al mundo presidia.
  Todo al caos pavoroso
Semejaba tornar, todo callaba.
Su movimiento rápido paraba
La gran naturaleza:
Con un velo nubloso
La divina belleza
Del orbe confundida;
Y entre el horror su inmensidad perdida.

Quando tú levantando
La frente clara por las altas cimas,
En tu trono de nácar te sublimas
Con marcha reposada:
Y el velo desgarrando
De la esfera estrellada,
Las tinieblas auyentas;
Y el baxo suelo á par plácida alientas.
¡Oh! ¡con quanta alegría
Se baña el cielo en tu esplendor sereno!
¡Oh! ¡qual renace el universo, lleno
De tu argentada llama,
Del duelo en que yacia!
¡Quan presta se derrama
Por el ancho orizonte:
Inunda el valle; y esclarece el monte!
En el vecino rio
Que sesga ondisonante en la pradera,
Saltando entre sus ondas va ligera.
En centellantes fuegos
Entre el bosque sombrío
Brilla y graciosos juegos;

Y la vista engañando
Se pierde al fin mil llamas reflexando.
Tú sigues coronada
De puros rayos la nevada frente;
Y con la undosa túnica esplendente
El ancho cielo llenas;
En torno acompañada
De las horas serenas
Y tanta estrella hermosa,
Que humilde acata tu deidad gloriosa.
Mas con la excelsa lumbre
Que el sol tu hermano de su trono de oro
Te presta grato, del fulgente coro
Las llamas obscureces;
Y sola en la alta cumbre
De los cielos pareces,
Do tu beldad divina
Sobre la inmensa creacion domina.
Así en vuelo incesante
Te arrastra en pos de sí la tierra obscura.
Ya lleno el ancho disco de luz pura
Al Sol roxo sucedes:

Ya qual línea radiante
Empiezas: ya precedes
Al Alba, circundada
De soles que ornan tu beldad menguada,
Y siempre saludable
Al baxo mundo, en movimiento blando
Tus rayos van la atmósfera agitando:
Hasta el profundo seno
Del mar vasto, insondable
Su ardor baxa; y él lleno
Se derrama en la arena,
Y luego vuelve y su correr enfrena.
Quanto las aguas claras,
Quanto la tierra próvida sustenta,
Y el aura leve de vivientes cuenta,
Todo, Luna, te adora.
Tú las selvas amparas:
Tú engalanas á Flora;
Y tú en grato rocío
Su blonda mies sazonas al Estío.
¡Oh! ¿sin ti que seria
Del suelo en negras sombras sepultado

Las largas noches del Invierno helado?
¿Y que, quando el Can arde:
A un inflamado dia
Muy mas sigue la tarde;
El mundo desfallece;
Y la congoja abrasadora crece?
  Mas llena de ternura
Tu deidad sale, y la tiniebla espesa,
O Enero triste, de tus noches cesa.
Vese el hielo punzante
Entre la lumbre pura
Revolar centellante;
Y en calma venturosa
El orbe yerto de su horror reposa.
  O si en voluptüosos
Rayos de Sirio el triste desaliento
Calmar te place, bullicioso el viento
Te sigue; y de la tierra
Con soplos vagarosos
La congoja destierra,
Do el mortal alentado
Respira y goza, en tu fulgor bañado.

Entónces todo vive:
Tu luz, Luna, tu luz clara y suave
Tornar en dia las tinieblas sabe.
Entre la sombra obscura
El soto la recibe:
Goza de la verdura
La vista; y fugitiva
Se pierde en una inmensa perspectiva.
¡O del cielo señora!
¡Del Dios del dia venturosa hermana!
¡De los brillantes astros soberana!
A ti en triste gemido
En alta mar implora
El náufrago perdido;
Y á ti gozoso mira
El caminante, y por tu luz suspira.
El congojado pecho
Te adora humilde: su afliccion te cuenta;
Y en muda soledad contigo alienta,
Quando con voz doliente
En lágrimas deshecho
Se lastima; y clemente

Para templar su duelo
Tus ruedas paras en el alto cielo.
En lecho de dolores
Por ti el enfermo desvelado clama;
Y el ferviente amador tambien te llama,
Ya en la inmensa ventura
De sus ciegos favores,
Ya en su triste amargura
Si gime abandonado,
O arde su pecho en infeliz cuidado.
Y á todos oficiosa
Acorrer sabes y amaynar sus penas;
Y de esperanzas y dulzuras llenas
Los míseros mortales.
¡ Consoladora Diosa !
¡ Luna ! calma mis males;
Y vuelve al alma mia
La paz, la blanda paz que ántes tenia.
Horrísona tormenta
Brama; la envidia de su atroz veneno
Hiciera blanco mi inocente seno:
La calumnia me infama:

El poder me amedrenta:
Sopla el odio la llama;
Y en mi duelo profundo
Tú sola me oyes en el ancho mundo.
Sola tú ¡ mas que miro !
Una nube fatal salióte al paso,
Te envuelve en sus tinieblas y al ocaso
Arrastra tu luz pura.
Cesa el brillante giro,
Cesa ; y no tu hermosura
Así infamarse quiera.
Y tú , nube cruel, huye ligera.
Te hundiste ya , y perdida
Entre su horror el orbe se obscurece;
Y el luto infausto y la tiniebla crece.
¡ Ah beldad desgraciada !
Tambien fugaz mi vida
Brilló , y fué sombra y nada.
Tú empero á rayar tornas;
Y de luz nueva el universo adornas.

ODA XXIII.

A MI MUSA.

No en tan curioso anhelo
Mas, Musa mia, derramada vueles
Por el inmenso cielo:
Ni el abismo del Ser sondar anheles,
Del gran Ser que en su mano
Sustenta el universo: tú has corrido
Del átomo liviano
Al último lucero que encendido
Cabe su trono brilla;
Y del vil gusanillo hasta el ardiente
Serafin que se humilla
Temblando ante su faz omnipotente.
¿Que has visto? te perdieras
En tanta inmensidad; y nada, nada,
Musa, alcanzar pudieras.
Cuerda pues coge el ala despeñada.
Seguir dexa, y adora
Las leyes que á la máquina infinita

Puso la protectora
Deidad que por el éter precipita
Su giro, y la sostiene
Con valedora accion. En su hondo seno
Todo su lugar tiene;
Y el universo dura de órden lleno.
Orden que á par se ostenta
En el bullir del cefirillo blando,
Que en la hórrida tormenta
Que brama el hondo mar al cielo alzando.
Arder ve á la abrasada
Canícula, y del mundo el desaliento;
Y ve en su mies dorada
A un tiempo dél el próvido sustento.
Ve al dia rutilante
Quanto exîste mover: el ave vuela:
Gira la bestia errante;
Y en rudo afan el hombre se desvela.
Pero la pavorosa
Noche su velo en pos tiende lucido;
Y ya el suelo reposa,
Y el vigor cobra con la accion perdido.

Sabio así lo dispuso
El grande Ordenador: quanto ha creado,
Todo en órden lo puso.
Nunca ¡ oh ! nunca él por ti gima alterado.
Por ley sentó primera
El bien universal: en él te aplace:
Léy dulce, lisonjera
Que una familia á quanto exîste hace.
Quando amorosa un alma
La inmensidad abarca de los seres,
Gusta en gloriosa calma
Del cielo anticipados los placeres.
¿ Gimes en vida obscura,
En soledad y olvido ? ¡ error insano !
Ve en cada criatura
Un hijo de tu autor; goza un hermano.
Sus Arcángeles puros
Cercándote, el bien que obras estan viendo;
De los lazos obscuros
Que el vicio armó tus pasos defendiendo.
Y aun á su lado un dia
Sublime sobre el Sol, si el órden amas,

La eterna compañía
Podrás gozar de quanto bueno hoy llamas.
Allí la sed ardiente
Del bien apagarás que hora te apura,
Cabe la misma fuente
Do el raudal brota de eternal ventura.
Abrete pues gozosa
A un inmenso esperar, quanto recoges
Tu ardor en la llorosa
Tierra; ni combatida te acongojes.
Si el vil supersticioso
Te roe atroz con viperino diente;
De sú trono lumbroso
Dios ve tu pecho, y lo verá inocente.
Débil, mas fiel siguierdo
Su dulce ley de amor, tierna le amas;
Y por su error gimiendo
A tu enemigo mismo hermano llamas.
Qual de su excelsa altura
El gozar hace próvido, inefable
Del Sol la llama pura
A par al inocente y al culpable,

Y sin número dones
Al suelo llueven de su larga diestra,
Eternas bendiciones
Con que su amor al universo muestra.
El te ve, Musa, y esto
Baste á tu dulce paz: firme confia.
Quien en la lid te ha puesto,
Tu sien de eterno lauro ornará un dia.

PARTE SEGUNDA.

LA CAIDA
DE LUZBEL.

Di, Musa celestial, de donde pudo
Subir de Dios al trono luminoso
La atroz discordia, de Luzbel el crudo
Infiel tumulto, el brazo poderoso
Que su frente postró, quando sañudo
Fixar quiso triunfante y orgulloso
Junto á la silla de Jehová su silla,
Negándose á doblarle la rodilla.

Porque el Angel de luz fué transformado
En sombra horrible en el fatal momento
Que cayó al hondo abismo derrocado,
Mansion de luto y fúnebre lamento,
Con la hueste precita, do aferrado
Con frente audaz en su nefario intento
Sufre sin fin baxo la diestra airada
Del Señor, para herirle siempre alzada.

Tú que allá en Pathmos revelar quisiste
Tan gran misterio á tu Profeta santo;
Y el Cordero sin mancha ver le hiciste
Por quien ganado fuera triunfo tanto:
Tú que el trono á sus ojos descubriste
Ante quien siempre el inefable canto
Se tributa de altísima alabanza,
Que humano oido á percibir no alcanza:

Tú, Espíritu de Dios, que el Dragon fiero
Le mostraste y la lid ardua, dudosa
En que triunfó Miguel, cayó el Lucero,
Y á Dios subió la Humanidad dichosa:
Ven fácil, ven, que con tu auxîlio espero,
Si es mortal voz á tanto poderosa,
Las venganzas decir del Invencible,
Y del Soberbio el precipicio horrible.

En el principio, el brazo omnipotente
Los cielos extendído acaso habia,
Y en su ancho espacio el esquadron luciente
De soles ya ordenado discurria;
En la nada tal vez confusamente
La inmensa creacion se contenia,

Silenciosa aguardando el dulce acento
De su eficaz, divino mandamiento.
Quiso en sus ricos dones deslumbrado
Luzbel al monte del señor subirse:
Y allí en silla de luz ante él sentado
Con su inmenso Hacedor loco medirse.
Sonó su aleve orgullo, y fué aclamado
De mil ciegos espíritus que á unirse
Corriéron al infiel, y en guerra impia
El reyno de la paz turbado ardia.
Entendió que en el tiempo (así en su seno
Lo acordó el Padre) cabe Dios subido
Seria el Hijo del hombre de honor lleno,
Y el polvo vil en él ennoblecido.
Lo entendió: vióse; y de consejo ageno
Igual se quiso hacer con el Ungido,
Gritando arrebatado y orgulloso
Así en medio el exército glorioso:
¡Otro ser sobre mí!... ¡leyes tan duras
Sufrirá mi nobleza! ¡colocarse
La baxa humanidad sobre las puras,
Angélicas substancias! ¡humillarse

Debe Luzbel! ¡ Lúzbel ! ¡ ó desventuras!
¡ O eterna infamia ! No, no ha de jactarse
De que se doble en servidumbre odiosa
Ante el polvo mi esencia luminosa.
¿ Angeles, Querubines, entendido
Lo habeis? ¿ó yo me engaño? ¿Nuestra gloria,
Y nuestro ser eterno, esclarecido
De que nos sirven ya? ¿ la executoria
De Dioses donde está? ¿ donde se han ido
Los timbres de que hacemos vanagloria,
Si el lodo, el lodo vil se nos prefiere;
Y el tirano en su antojo así lo quiere?
¡ O confusion! ¡ ó mengua! ¿ la debida
Merced es esta del servir contino
Su deidad impotente? Merecida,
Merecida es la ley, pues el camino
Le abrió á mandar la voluntad rendida.
Mas crédulo se engaña: de sü indigno
Imperio huyamos ya: y aquel le adore
Que su afrentosa tiranía ignore.
Iguales somos en la esencia, iguales

En luz y potestad: ¿que le debemos?
¿Acaso el don odioso de inmortales
Para acatarle esclavos? ¿llevarémos
En vil silencio abatimientos tales.
Por siempre, invictos Príncipes?....hollemos
El pacto de alianza y vituperio;
Y léjos dél alcemos otro imperio.

Al Aquilon corramos; y divida
La inmensidad del suyo nuestro estado.
Firmes, firmes duremos, y en rendida
Súplica le veréis. El principado
Debido es á Luzbel: mi planta mida
Las cumbres de su gloria; en el sagrado
Monte hollaré la luz á él semejante,
Mayor que ese su Hijo y dél triunfante.

Yo reynaré.....Clamaba el altanero
Apóstata; y la turba de precitos
Su ímpia furia con plauso lisonjero
Loca celebra y sediciosos gritos.
No así el vasto occeano, quando fiero
Los lindes rompe por su autor prescritos,
Derramándose horrísono, espumoso

Retumba entre las rocas espantoso.

Suena el reyno de Dios confusamente
Con la execrable sedicion turbado:
Y el Angel fiero se sublima, y siente
Crecer su orgullo viéndose aclamado.
En un punto y mas suelto que la mente
Del bando del Altísimo apartado
Corre mil veces mas con fugaz vuelo,
Que dista del abismo el alto cielo.

Tan rápido se huyó, porque á la activa
Presteza de un espíritu la inmensa
Extension es un punto: en pos la altiva,
Proterva hueste como nube densa
Su lado infiel circunda fugitiva;
Y aprestándose firme á la defensa,
Reyne, gritaba con bramido insano,
Reyne el que nos redime del tirano.

Del hórrido tumulto el alarido
Vaga en el ancho espacio; y se renueva
Por encontrados ecos repetido,
Que al solio excelso la Justicia lleva:
De las sonantes armas el rüido

Dobla el triste fragor: y en furia ciega
Clamando libertad la turba loca
A cruda lid á su Hacedor provoca.
  Reverente entretanto y silencioso,
Lleno de un pavor santo se estrechaba
Ante el trono el exército dichoso
De los justos, y a Dios firme adoraba;
Temblando que su brazo poderoso
Contra la turba vil que le insultaba
De su inmenso furor el dique abriese,
Y en un punto á la nada los volviese.
  Mas el Excelso su jactancia impia
Burlando en el sagrario rutilante,
Do entre nubes altísimas yacia,
De su trono de gloria con semblante
De inalterable magestad oia
Los fieros del Arcángel arrogante,
Revolviendo su inmensa, justa pena
En la honda mente de consejos llena.
  Y al Hijo vuelto, con la faz bañada
En amor é inefable complacencia,
Hijo, le empezó á hablar, en quien se agrada

Tu almo Padre, figura de mi esencia,
Por los siglos y mas á ti fué dada
La plenitud del cetro y la potencia.
Todo se postre á ti, delicia mia,
Y consorte en mi excelsa monarquía.
  Así en mi eternidad lo he pronunciado
Con firme, irrefragable juramento.
Luzbel va con los suyos despeñado
Por la senda del mal: yo les consiento
Guardar su obstinacion: helo entregado,
Qual leve arista al ímpetu del viento,
A su vano sentido: en él se afirme:
Y ose, pues que lo quiere, resistirme.
  Mas tema, tema de mi diestra el brio.
Yo Dios de las venganzas: ¿ del torrente
De mi furor do huirá? su cuello impio
Conculcará tu planta; y reverente
Vendrá: te adorará como á igual mio;
Y confundido en su furor demente:
Dios, aunque tarde clamará, Dios era;
Y por ti jurará su lengua fiera.
  Que yo te suscité y armé del trueno

De mi cólera, allá quando en la cumbre
De mi asiento real te ungí en mi seno.
Y vosotros en justa servidumbre
Al Verbo confesad de gloria lleno,
A la Lumbre nacida de la Lumbre,
Ángeles; y aclamad mi augusto Hijo
En himnos de alabanza y regocijo.
Habló el Señor; y el Verbo reclinado
En su seno divino con amable
Aspecto, lleno de bondad y agrado,
Se complació en su plática inefable.
Atónito y rendido el pueblo alado
Empezó al punto el cántico aceptable
De eterna adoracion, las arpas de oro
Armónicas siguiendo el almo coro.
¡Señor, Dios Sabahot! Reyne cumplida
Tu inmensa voluntad: tú poderoso,
Tú dador inefable de la vida,
Tu Verbo de su asiento alto, lumbroso
Mire su feliz tropa ante él rendida,
Que ensalza fiel su nombre gloriöso;
Y tu deidad y su deidad confiesa.

Y el santo coro en su cantar no cesa.
Todo era gozo y salvas: el gran dia
En que en órden se puso el caos obscuro,
Quando á la voz de Dios el Sol nacia
Como en carro triunfal, ni fué tan puro,
Ni semejó su altísima alegría.
Aquel solo que vió, vencido el duro
Infierno, entrar á Christo en la alta esfera
De justos rodeado, igual le fuera.
Quando en medio del júbilo imperiosa
Tronó la voz del Padre; y de repente
Cesó el aplauso en la mansion gloriosa,
Y él mirando á Miguel: Resplandeciente
Paraninfo, mi esquadra numerosa
Guia, le manda, y rinde al impotente
Enemigo de Dios, ríndelo; y muestra
La fuerza en él de mi sagrada diestra:
Tu zelo fiel he visto con agrado,
Y por él de mi exército invencible
Príncipe te escogí: yo he confortado
Tu brazo, nada temas: mi terrible
Rayo fulmina, y cayga derrocado

Rugiendo el bando pérfido al horrible
Abismo, donde el fuego eterno arde;
Y que temple mi cólera no aguarde.
Los montes turba: los collados huella;
Y espárcelos qual polvo. Así decia
La Justicia inefable: humilde ante ella
Con sus doradas alas se cubria
Silencioso el Arcángel, la faz bella
Poner no osando al fuego que salia
A manera de un rápido torrente
Del rostro del airado Omnipotente.
Ardia en llamas vivas la montaña;
Y en nubes de humo el trono luminoso
Se obscureció: tronó su inmensa saña
Tres veces con son hórrido, espantoso;
Y el esquadron que cerca le acompaña
De puros Serafines, pavoroso
Se postró ante su faz, clamando: Gloria,
Gloria á ti, Señor Dios de la victoria.
Parte Miguel al punto rodeado
De miles de millares de escogidos,
Que en el reyno de paz tienen guardado

Su eterno galardon, esclarecidos
Hijos de luz, con el blason sagrado
Del Cordero en la frente distinguidos,
En fuerza confirmados invencible,
Y en las manos el rayo irresistible.
Las olas que sin fin rompe en la tierra
La mar, quando sus playas bate airada,
La inmensa arena que su abismo encierra,
Suma hicieran bien leve, comparada
Con la fiel turba que á la sacra guerra
Se apresta; corre, llega acelerada:
Ni por esto el Señor solo se via,
Que otra hueste aun mayor corte le hacia.
¡O Musa celestial, tú que asististe
A el alarde glorioso, y las hileras
De los fulgentes Querubines viste
Tendidas ya las ínclitas banderas;
Los nombres díme que en el cielo oiste
De tanto campeon, que en duraderas
Láminas guarda el libro de la vida:
Honra á sus altos triunfos bien debida!
Callarlos el Altísimo ha querido;

Ni un humilde mortal, aunque tocado
Fuese su labio audaz del encendido
Carbon con que el Profeta fué abrasado,
A contarlos bastára; el merecido
Tributo de loor á ellos negado,
Sagrada Musa, á los caudillos demos;
Y sus ínclitos nombres celebremos.

En alas quatro el batallon divino
De fondo impenetrable parecia
La ciudad que de jaspes y oro fino
El Aguila de Dios labrada un dia
Vió del cielo baxar. Qual matutino
Sol, al frente Miguel resplandecia:
Y de oriente á occidente cobijaba,
Quando sus anchas alas desplegaba.

Ménos temible entre la zarza ardiente
Le vió en Oreb el mayoral sagrado,
O el grande Josué con el luciente
Acero en Jericó desenvaynado:
Su aspecto un fuego vivo, en la alba frente
¿ QUIEN COMO DIOS ? impreso, el brazo alzado

Con firme accion á combatir dispuesto;
Y un rayo en él á fulminarlo presto.
  Gabriel, fuerza de Dios, la diestra guia,
No qual despues pacífico y rendido
Traxo el AVE suavísimo á María,
Nuncio feliz; mas del furor tendido
Ahora el arco potente parecia
Su voz la voz del trueno, el encendido
Rostro un horno ferviente, el recio aliento
Qual uracan del Aquilon violento.
  Rige Uriel el contrapuesto lado,
Espíritu á Dios fiel, de una nevada
Estola y faxa de oro circundado,
Y en la alta diestra la fulmínea espada.
Con loriga de fuego el pecho armado
Y en rubia luz la frente coronada
Tremendo Rafael la marcha cierra;
Y él solo basta á fenecer la guerra.
  Tales fueran los grandes Generales
Que al exército el Todopoderoso
De sus furores dió, todos iguales
En zelo y en lealtad, del ambicioso

Luzbel y sus sacrílegos parciales
Enemigos sin fin; y el pecho honroso
Ardiendo en comunal, alto deseo
De hacer sus frentes de su pie trofeo.
Unense en líneas, mil y mil se ordenan
Y millares sin cuento; blandamente
Sus grandes alas al plegarse suenan:
Y en rededor el delicado ambiente
De olor de gloria y mil esencias llenan:
Sigue á una voz el himno reverente
De loor al Excelso; y acabado
De un vuelo el gran Caudillo en medio alzado.
Qual un Cometa hermoso: Campeones,
Les habla, en quien su honor el Señor fia,
Y alistó la lealtad en sus pendones,
De Luzbel la sacrílega osadía
Visteis; y por sus locas sugestiones
La tercer parte de astros que servia
Obsequiosa ante el trono, deslumbrada
De su inefable Autor mofar osada.
¡Insensatos! ¿ignoran que su mano

Los sacó de la nada, y que si aleja
De sobre ellos su aliento soberano,
A nada tornarán ? ¿Burlar se dexa ?
¿O el rayo asolador enciende en vano?
Este rayo nos da: su justa queja
Venguemos ; y en nosotros el impio
De Dios sienta el inmenso poderío.

Hijos suyos, esclavos venturosos
Somos de su bondad : serlo queremos;
Y estos son nuestros timbres mas gloriosos.
El con nosotros va: ¿de que tememos?
¿Quien como Dios? Los vítores gozosos
No le dexan seguir ; y á los extremos
Del infinito el eco los llevaba:
Dios, Dios, ¿quien contra Dios? solo sonaba.

Las prestas alas súbito despliegan
Entre salvas de bélica armonía;
Y mas veloces que los rayos llegan
Del solar globo hasta la tierra umbría,
Con sesgo vuelo rápidos navegan
Del vasto espacio la region vacía,
Con quien el ancha tierra fuera nada

Toda en sola una línea prolongada.
No llega en resplandor á los radiantes
Paraninfos la nube mas hermosa,
Que al mar cayendo el Sol de mil cambiantes
Riquísimos matiza, ó tan vistosa
Boreal aurora en ondas centellantes
Se descubre al Lapon; solo medrosa
En el medio una nube amenazaba,
Que las plagas eternas encerraba.
Plagas que allá en el hondo, tenebroso
Pozo del ciego abismo á su mandado
Prestas el brazo apremia poderoso.
Mas ¡ay! que el dia del furor llegado
Las soltará otra vez: el Sol lumbroso
Irá tinto de sangre y eclipsado:
Arderá el vasto mar; arderá el suelo;
Y á pedazos caerá deshecho el cielo.
Llega del Aquilon á los distritos
La milicia invisible, donde habia
El apóstata terco en sus delitos
Fixado la nefanda tiranía.
Allí una banda inmensa de precitos

Ufana á todas partes le seguia,
Creyéndose por él libre y segura:
Ciega, inflexîble en su infernal locura.
La execracion blasfema, el insolente
Escarnecer de Dios son sus canciones,
Sus mas gratos saludos. Quien demente
Se jacta de excederle en los blasones:
Quien á arrastrar el solio refulgente
Llevar quiere los fieros esquadrones:
Quien se finge un Jehová: quien al impio
Medita ya usurpar el poderío.
El entretanto un trono levantado
Del monte del Oprobrio en la alta cumbre,
Con mentido fulgor y en él sentado
Concita la confusa muchedumbre.
Satan se jacta indómito á su lado,
Casi con él igual: aunque la lumbre
De su faz apagado ántes se hubiera,
Quando con Dios airado contendiera.
Siguele Belzebuth en ira ardiendo,
A una gran torre igual en la estatura,
A quien la guerra y sanguinoso estruendo

Siempre agradó: con magestad obscura
Del gran Nesroch que Príncipe tremendo
Es de los Principados, la segura
Frente entre las legiones se sublima;
A todos su soberbia dando grima.

De otra parte Moloch está horroroso,
Biforme, en sangre tinto, en la montaña
Creyéndose de Dios frente al glorioso
Solio, Dagon de su tremenda saña
Triste exemplo, Phegor torpe, asqueroso,
Remmon y Belial que le acompaña,
Espíritu sin ley, protervo, osado,
A Luzbel cercan de uno y otro lado;

Y otros Príncipes mil que allá naciéron
En las plagas de luz pura, inefable,
Y eternos bienes disfrutar pudiéron;
Mas su dureza los perdió execrable.
Del libro santo de la vida fuéron
Con sentencia justísima, inmutable
Arrancados sus nombres; y una impia
Blasfemia el pronunciarlos hoy seria.

Pero el Soberbio en todo remedando

Del sumo Altitonante el señorío,
Su forma vasta, desmedida alzando,
En medio está qual un Planeta umbrío
Que á todos amenaza; y señalando
Con el cetro silencio á su albedrío
La confusion blasfema sosegada,
Así empieza con furia despeñada:

¿Del antiguo tirano la indolencia
No veis? ¿venir á combatirnos osa?
¿Donde está su aclamada omnipotencia?
Yo le veo temblar; y á su medrosa
Turba de Serafines la clemencia
Implorar de Luzbel...¡Memoria odiosa!
Viles, viles esclavos le servimos;
Mas la torpe cadena al fin rompímos.

Invictas Potestades, conozcamos
Nuestra nobleza clara; ignominioso
Todo imperio nos es: libres seamos.
¿Como servir el Angel?...Tan glorioso
Blason á todo trance mantengamos.
¿Es mas ese Jehová que al yugo odioso
Rendirnos quiere? Puros, inmortales

Somos Dioses qual él, y en todo iguales.
Su luz mentida deslumbrarnos pudo:
Porque entre rayos escondió la frente,
Temblamos ciegos; y á su mando crudo
Se abatió humilde la cerviz paciente.
Yo, yo os le descubrí; vedle desnudo
De su falso poder; en el fulgente
Reyno que indigno obtuvo le asaltemos;
Y tus tímidas haces debelemos.
Su silla ocuparé.... ¡Jactancia impia!
El gran Miguel de súbito asomando
Clama con voz de trueno: ¡tu osadía
Bastó á decirla! ¿Pérfido, hasta quando
Con tu Dios pugnarás? ¿en que confia
Tu maldad loca á tu Hacedor juzgando?
¿Querrán tus pensamientos exêcrables
Penetrar sus consejos insondables?
Tan léjos de ti van, qual de la senda
Tú del bien, y en tu réprobo sentido
Abandonado corres; mas tremenda
Su indignacion santísima ha venido
De lleno sobre ti, qual plaga horrenda

De eternal perdicion: apercibido
El arco está en su mano; tú el primero
Caerás estrago de su golpe fiero.
¡ Ay protervo ! ¡ ay de ti! ciegos parciales,
Que su démencia deslumbró orgullosa
Y falaz precipita á inmensos males,
¡ Ay de vosotros ! ¡ ay ! ¿ por la dichosa
Obediencia al Señor sus infernales
Imperios conmutais ? ¡ ó lastimosa
Ceguedad ! ¿ vuestro dueño soberano
Dexais por la obra infame de sú mano ?
¿ Al Ungido del Padre, á su Hijo augusto,
Igual con él, que en su divina mente
Sin principio engendró, negais el justo
Feudo de adoracion ? él vuestra frente
Hollará triunfador, y tan injusto
Teson disipará. Luzbel demente
¡ Hollarme ! ¡ hollarme á mi ! ¡ blasfemia ! clama;
Y presto rayo en cólera se inflama.
Sus pérfidos parciales á él unidos

Claman tambien blasfemia ; y con tremendo
Tumulto y discordantes alaridos
A batallar se aprestan, repitiendo
Blasfemia, audaz blasfemia, escandecidos.
Este fué el grito del combate horrendo,
En que el Dragon postrado y sus seqüaces
Triunfó el Señor y sus potentes haces.

¡ Quien contarlo sabrá! ¡ como en humano
Sentido caber puede ! ¿ donde ciego
Voy ? ¿ que estrépito se oye ? Del Tirano
Los golpes son, el centellante fuego
Del rayo de Miguel. Ven, soberano
Espíritu, ven pio al tierno ruego
De un mortal que de Dios las iras canta.
Oid todos, y temblad su diestra santa.

Ordénase de presto el feroz bando,
Y al exército fiel su inmensa frente
Toda de fuego opone, como quando
Arde un antiguo bosque y refulgente
La llama al cielo sube rechinando:
Que el trueno, y rayo, y torbellino ardiente,
Si de temple inferior, tambien llevaba,

Y su soberbia misma los forjaba.

Cada qual se imagina un Dios terrible
Lleno de magestad y poderio;
Y con furor avanza irresistible.
Los gritos, y humo, y resplandor sombrío
Los trances doblan del encuentro horrible:
Y la infernal discordia con impio
Soplo las líneas corre, enciende, incita;
Y á todos mas y mas los precipita.

Luzbel qual el relámpago ligero
Vaga por todas partes, lo mas rudo
Del combate buscando; insta severo:
Alienta fervoroso; y firme escudo
De las legiones es, gritando fiero:
Cargad, Dioses, cargad; que de este crudo
Punto el quedar en libertad gloriosa
Pende, ó volver á la cadena odiosa.

Del sumo Rey el tercio numeroso
No así se agita audaz, ni en furor tanto;
Sino firme, paciente, silenciòso
El órden sigue del caudillo santo,
Semejante á un nublado tempestoso

Que inmóvil á la vista pone espanto;
Pero en todos bien claro Dios se via,
Y el inmenso poder que los regia.

El choque llega al fin, el choque horrendo:
Estréchanse las líneas, los veloces
Rayos chispeando cruzan, el estruendo
Del trueno brama entre discordes voces.
Gabriel, el gran Gabriel vibra un tremendo
Uracan que derriba los atroces
Parciales de Asmodeo; y pasa [illegible]ado
Hollando invicto el esquadron postrado.

La confusion los turba, la rabiosa
Discordia á unirlos corre, y con demente
Furia los lanza entre la lid dudosa,
Va delante y les presta el rayo ardiente:
Mas del Angel la banda victoriosa
Qual duro escollo, opuesto al impotente
Proceloso batir del occeano,
Firme, inmóvil resiste el choque insano.

Todo con él se estremeció medroso;
Solo el monte en que fixa la morada
Tiene el Excelso, en eternal reposo

Duró quieto; de donde en su encumbrada
Silla velado en explendor glorioso,
Su exército en la accion ruda, obstinada
Con faz de gloria inalterable via;
Y la victoria ante sus pies yacia.

Así el ciego conflicto y teson crece;
El relámpago presto centellea,
Y el reyno de las luces se obscurece
En nubes de humo negro: aquí guerrea
Línea con línea firme; allí se ofrece
Un nuevo choque y órden de pelea;
Dos legiones se ven en alto alzarse,
Y una con otra crudas aferrarse.

Y qual dos vastas nubes que en su seno
La desolacion llevan, impelidas
De huracanes contrarios el sereno
Cielo con llamas turban repetidas,
Y en sus cóncavos gime ronco el trueno:
Así en sus raudas alas sostenidas,
Violentas chocan y discordes claman;
Y en ráfagas de luz todo lo inflaman.

Las plagas del Señor, sus eternales

Plagas entónces hórridas resuenan:
Azóranse las huestes infernales,
Y de atroz rabia y confusion se llenan.
Mas tornan fieras de sus crudos males;
Y otra vez y otras mil se desordenan:
Hiere el fiel bando, hiere; y el impio
Mas ciego carga en su impotente brio.

Ni hay ceder por ningunos; los dañados
Angeles cada vez mas inflexîbles,
Y en su letal orgullo mas cerrados:
Los altos Paraninfos de invisibles
Esfuerzos sostenidos, y abrasados
Por la causa de Dios. ¡ Quantos terribles
Trances, y encuentros, y batallas fieras,
Sacra Musa, y en un punto entónces vieras!

Que cada qual á derrocar bastaba
Este nuestro universo al caos obscuro,
Solo al Señor menor; y batallaba
Contra otra igual virtud. Si en su ser puro
La substancia del Angel fuese esclava
De la muerte fatal, con cada duro
Golpe de un Querubin mil fenecieran;

Y al primer choque todos ya no fueran.
Porque asi se cargaban, como quando
Consumados los siglos en el cielo
La pavorosa trompa resonando,
Se hundan los montes al abismo, el suelo
Se suba á las estrellas, fluctuando
Los astros choquen entre sí: de duelo
Se vista el dia; y cayga despeñada
Naturaleza al seno de la nada.
Por todas partes ínclitas acciones
Se obran á par; con ímpetu invencible
Postra de Belzebuth los batallones
De Rafael la diestra irresistible:
Al trueno asolador los Campeones
Mas obstinados ceden: el horrible
Caudillo ante sus pies ciego, perdido
Cae; empero sin darse por rendido.
Satanas vuela á darle presta ayuda
Seguido de millares, mas la mano
De Uriel le detiene: de su aguda
Centella herido y en rencor insano
Ardiendo Moloch yace: la ceñuda

Frente de Belial que el soberano
Esfuerzo de Gabriel probar queria,
Tambien hollada ante su pie yacia.
¿ Y tú, almo General, en quanto horrendo
Trance te viste ? á quantos debelaste ?
¡ Quien decirlo podrá ! con tu tremendo,
Rayo devastador á mil cargaste,
Rendiste á miles : de Jehová luciendo
La inefable virtud atras dexaste
Al rápido uracan del ímpio bando
Las largas filas súbito arrasando.
Otro blason mas ínclito te espera.
Ser el impuro Príncipe debia
Víctima de su diestra : en rabia fiera
Viendo desórden tal sin seso ardia;
Y entre mil rayos de una en otra hilera
Dando á todos aliento discurria:
A quien cubre, á quien hiere, incita, clama;
Y á singular combate á Miguel llama,
Gritando : Angel cobarde, vergonzoso
Ministro del Tirano, á quien mas gusta
Que ser libre y ser Dios su imperio odioso,

Mercenario cantor, siempre en injusta
Adoracion rendido, temeroso
No huyas de mi furor, sino te asusta
La excelsa diestra que invencible osa
A el Angel dar su libertad gloriosa.
Ven; no te aplaudas ya porque han cejado
Tal vez mis Campeones inflexîbles:
En rebelion tan justa despeñados,
Nuestros odios serán inextinguibles;
Opondré al de tu Dios un nuevo estado;
Y Luzbel reynará. Guerras, horribles
Guerras levantaré: tema en su trono,
Tema mi eterno, mi implacable encono.
Cesa, nefario, apóstata atrevido,
Autor del mal, que la discordia impia
En el reyno de Dios has encendido:
Su maldicion te oprima; y tu osadía
De su siervo reciba el merecido
Galardon esta vez. Así decia
Respondiendo Miguel; y el brazo alzaba
Que el Altísimo mismo confortaba.

Uno para otro parten mas veloces
Que va la vista rápida : el estruendo
Del trueno los seguia: á los atroces
Golpes tiembla el espacio en son horrendo
Y arde el Tirano en ímpetus feroces.
Pero el Angel de luz, fiel repitiendo
¿QUIEN COMO DIOS? un rayo agudo vibra,
Al que el estrago del protervo libra.

Íbale á despedir sobre él cargado,
Quando el Cordero súbito se ofrece
En su trono de gloria, y circundado
Del Iris entre nubes resplandece:
Que así el Padre en su seno lo ha ordenado;
Y á él solo el alto triunfo pertenece.
Diez mil miles delante armados vuelan;
Y otros y mas en su servicio velan.

Los pasos le allanaba un mar de fuego:
Y el terror y el espanto le seguian.
Cesó al verle la accion: perdido y ciego
Tembló Luzbel: sus fuertes se cubrian
Deslumbrados la faz, miéntras en juego

Plácido recibiéndole corrian
Las Seráficas huestes: SANTO, SANTO,
Repitiendo delante en dulce canto.
A ti solo victoria, ó poderoso,
Pues se alza sobre todo tu grandeza.
¿Quien se opondrá á tu brazo glorioso,
De los siglos señor? la fortaleza
A tu derecha está; tú, belicoso,
Tú eres grande y excelso: empieza, empieza
Tus venganzas, ó Rey: y la traydora
Turba ahuyente tu diestra triunfadora.
El se alzó sobre el trono, y de su asiento
Corrió otro mar de fuego; el detenido
Rayo el Angel fulmina, y sin aliento
Cae bramando el Dragon ante él vencido.
Disipóse qual humo al raudo viento,
Seguida del exército escogido
Su infiel tropa; y la altísima morada
La echó de sí al abismo despeñada.

ELEGÍAS MORALES.

ELEGÍA I.

El Deleyte y la Virtud.

¡O loca ceguedad! ¿será que rompa
Las cadenas que me atan con la tierra?
¿O dexaré que el ocio me corrompa?
¿Rebelaréme al vicio, y cruda guerra
Le haré con firme pecho? ¿ó comunero
Con el vulgo seré que siempre yerra?
¿Osaré declararme compañero
Del bando vencedor, que heroyco pisa
De la virtud el áspero sendero?
¿Seré del pueblo la cancion y risa?
¿O su malsana vanidad siguiendo
Correré á mi despeño aun mas aprisa?
Las altísimas cumbres que estoy viendo
Van del Honor al templo.... Allí me llama,
Allí el deleyte plácido riendo.
Sus vinos cebo al paladar derrama

En transparentes copas, con su fuego
El ya movido corazon me inflama.
¡ A quien no arrastrarán el blando ruego,
La música y balsámicos olores,
Y de tanto amador la trisca y juego !
Toda es gala la tierra y lindas flores,
Del céfiro adormece el manso aliento,
Los trinos de las aves son amores.
Irme mal grado yo tras ellas siento:
La razon me detiene : el apetito
Aguija, y corre mas veloz que el viento.
¿ Será, me dice, disfrutar delito
Los frescos valles que á la vista tienes?
¿ O yerro entrar en tan feliz distrito ?
¿ No ves los lisonjeros parabienes
Con que la alegre turba solicita
Que á gozar corras sus inmensos bienes?
Naturaleza próvida te incita,
Y su abundante mesa te prepara.
¿ Sordo serás, quando placer te grita ?
Escúchala ; y no necio tan avara
La juzgues con el hombre que ha criado

A que sus dones como Rey gozara.
  El pesar sigue al gozo; el abrasado
Estío á la pacible Primavera;
Y al abundante Otoño el cierzo helado.
  El tiempo vuela: la ocasion no espera:
Goza tu edad lozana; y los oidos
Tapa, y no escuchen la razon severa.
  Corre, corre estos prados que floridos
Son viva imágen de tus verdes años;
Y á la vejez remite los gemidos.
  Así me disimula sus engaños
Con alagueña voz; así procura
Ciego arrastrarme á sempiternos daños.
  Mas luego la razon que á su luz pura
Del ánimo la niebla desvanece,
De la virtud me muestra la hermosura.
  Ella dolida de mi error me ofrece
Su diestra celestial; y la gloriosa
Palma me ostenta que jamas perece.
  ¿Que los placeres son, con amorosa
Boca me acusa, y el fugaz contento,
Sino envuelta en espinas frágil rosa?

Que apenas abre entre fragante aliento
De suave aroma el seno delicado,
La agosta el Sol, ó la deshoia el viento?
Evita, evita el lazo do enredado
Vas misero á caer; y la engañada
Tropa desdeña y su falaz cuidado.
Presto verás qual la vejez helada
Trueca su risa en lágrimas, y en mudo
Silencio el canto y música acordada.
El pesar y el temor con diente agudo
Su infeliz pecho romperán, las flores
Lozanas vueltas en Invierno crudo.
Y en pos la enfermedad y los dolores
A aquejarlos vendrán con mil insanos
Recuerdos y fantásticos pavores.
Hasta el sepulcro tenderán las manos
Buscando asilo entre su horror: ¡ay! huye,
Huye; y no atiendas los clamores vanos.
No los atiendas, necio. Así me arguye;
Y la razon con su favor deshace
El ciego ardor que el corazon destruye.
Y yo como el enfermo á quien desplace

En fiebre ardiente amarga medicina:
Y odioso el que la sirve se le hace:
  Así de la razon la luz divina
No puedo resistir, mirar no osando
La virtud en su alteza peregrina.
  Y en encendidas lágrimas bañando
Las pálidas mexillas, aun suspiro
Por el mentido bien que voy dexando.
¡Tan dulce es la prision en que me miro!

ELEGÍA II.

A Jovino.

El Melancólico.

Quando la sombra fúnebre y el luto
De la lóbrega noche el mundo envuelven
En silencio y horror, quando en tranquilo
Reposo los mortales las delicias
Gustan de un blando, saludable sueño;
Tu amigo solo, en lágrimas bañado
Vela, Jovino, y al dudoso brillo
De una cansada luz en tristes ayes

Contigo alivia su dolor profundo.
¡Ah! ¡quan distinto en los fugaces dias
De sus venturas y soñada gloria
Con grata voz tu oido regalaba!
Quando üfano y alegre, seducido
De crédula esperanza al fausto soplo,
Sus ansias, sus delicias, sus deseos
Depositaba en tu amistad paciente,
Burlando sus avisos saludables.
Huyéron prestos como frágil sombra,
Huyéron estos dias; y al abismo
De la desdicha el mísero ha baxado.
Tú me juzgas feliz.... ¡Oh si pudieras
Ver de mi pecho la profunda llaga
Que va sangre vertiendo noche y dia!
¡Oh si del vivo, del letal veneno
Que en silencio le abrasa, los horrores,
La fuerza conocieses! ¡Ay Jovino!
¡Ay amigo! ¡ay de mí! Tú solo á un triste,
Leal, confidente en su miseria extrema,
Eres salud y suspirado puerto.
En tu fiel seno de bondad dechado,

Mis infelices lágrimas se vierten,
Y mis querellas sin temor; piadoso
Las oye y mezcla con mi llanto el tuyo.
Ten lástima de mí: tú solo existes,
Tú solo para mí en el universo.
Do quiera vuelvo los nublados ojos
Nada miro, nada hallo que me cause
Sino agudo dolor ó tedio amargo.
Naturaleza en su hermosura varia
Parece que á mi vista en luto triste
Se envuelve umbría; y que sus leyes rotas,
Todo se precipita al caos antiguo.
Sí, amigo, sí: mi espíritu insensible
Del vivaz gozo á la impresion süave,
Todo lo anubla en su tristeza obscura,
Materia en todo á mas dolor hallando;
Y á este fastidio universal que encuentra
En todo el corazon, perenne causa.
La rubia Aurora entre rosadas nubes
Plácida asoma su risueña frente
Llamando al dia: y desvelado me oye
Su luz molesta, maldecir los trinos

Con que las dulces aves la alborean
Turbando mis lamentos importunos.
El Sol velando en centellantes fuegos
Su inaccesible magestad, preside
Qual Rey al universo, esclarecido
De un mar de luz que de su trono corre:
Yo empero huyendo dél sin cesar llamo
La negra noche; y á sus brillos cierro
Mis lagrimosos, fatigados ojos.
La noche melancólica al fin llega
Tanto anhelada; á lloro mas ardiente,
A mas gemidos su quietud me irrita.
Busco angustiado el sueño: de mí huye
Despavorido; y en vigilia odiosa
Me ve desfallecer un nuevo dia,
Por él clamando detestar la noche.
Así tu amigo vive: en dolor tanto,
Jovino, el infelice de ti léjos,
Léjos de todo bien sumido yace.
¡ Ay! ¿donde alivio encontraré á mis penas?
¿Quien pondrá fin á mis extremas ansias?
¿O me dará que en el sepulcro goce

De un reposo y olvido sempiternos?....
Todo, todo me dexa y abandona.
La muerte imploro; y á mi voz la muerte
Cierra dura el oido: la paz llamo,
La suspirada paz que ponga al ménos
Alguna leve tregua á las fatigas
En que el llagado corazon guerrea:
Con fervorosa voz en ruego humilde
Alzo al cielo las manos; sordo se hace
El cielo á mi clamor; la paz que busco
Es guerra y turbacion al pecho mio.
Así huyendo de todos, sin destino,
Perdido, extraviado, con pie incierto
Sin seso corro estos medrosos valles,
Ciego, insensible á las bellezas que'hora
Al ánimo do quiera reflexîvo
Natura ofrece en su estacion mas rica.
Un tiempo fué que de entusiasmo lleno
Yo las pude admirar: y en dulces cantos
De gratitud holgaba celebrarlas
Entre éxtasis de gozo el labio mio.
¡O como entónces las opimas mieses

Que de dorada arista defendidas
En su llena sazon ceden al golpe
Del abrasado segador! ¡ó como
La ronca voz, los cánticos sencillos
Con que su afan el labrador engaña,
Entre sudor y polvo revolviendo
El rico grano en las tendidas eras,
Mi espíritu inundaran de alegría!
Los recamados, centellantes rayos
De la fresca mañana, los tesoros
De llama inmensos que en su trono ostenta
Magestüoso el Sol, de la tranquila,
Nevada Luna el silencioso paso,
Tanta luz como esmalta el velo hermoso
Con que en sombras la Noche envuelve el
mundo,
Melancólicas sombras, jamas fueran
Vistas de mí sin bendecir humilde
La mano liberal, que omnipotente
De sí tan rica muestra hacernos sabe.
Jamas lo fueran sin sentir batiendo
Mi corazon en celestial zozobra.

Tú lo has visto, Joviño, en mí entusiasmo
Perdido dulcemente fugitivas
Volárseme las horas....Todo, todo
Se trocó á un infeliz: mi triste musa
No sabe ya sino lanzar suspiros,
Ni saben ya sino llorar mis ojos,
Ni mas que padecer mi tierno pecho.
En él su horrido trono alzó la obscura
Melancolía; y su mansion hicieran
Las penas veladoras, los gemidos,
La agonía, el pesar, la queja amarga,
Y quanto monstruo en su delirio infausto
La azorada razon abortar puede.
¡Ay! ¡si me vieses elevado y triste,
Inundando mis lágrimas el suelo,
En él los ojos, como fria estatua
Inmóvil y en mis penas embargado,
De abandono y dolor imágen muda!
¡Ay! ¡si me vieses ¡ay! en las tinieblas
Con fugaz planta discurrir perdido,
Bañado en sudor frio, de mí proprio
Huyendo y de fantasmas mil cercado!

¡Ay! ¡si pudieses ver...el devaneo
De mi ciega razon, tantos combates,
Tanto caer, y levantarme tanto.
Temer, dudar y de mi vil flaqueza
Indignarme afrentado, en vivas llamas
Ardiendo el corazon al tiempo mismo!
¡Hacer al cielo mil fervientes votos;
Y al punto traspasarlos....el deseo....
La pasion, la razon ya vencedoras....
Ya vencidas huir!... Ven, dulce amigo,
Consolador y amparo, ven y alienta
A este infeliz, que tu favor implora.
Extiende á mí la compasiva mano:
Y tu alto imperio á domeñar me enseñe
La rebelde razon: en mis austeros
Deberes me asegura en la escabrosa,
Difícil senda que temblando sigo.
La virtud celestial y la inocencia
Llorando huyerán de mi pecho triste,
Y en pos de ellas la paz: tú conciliarme
Con ellas puedes; y salvarme puedes.
No tardes, ven; y poderoso templa

Tan insano furor: ampara, ampara
A un desdichado que al abismo que huye
Se ve arrastrar por invencible impulso:
Y abrasado en angustias criminales,
Su corazon por la virtud suspira.

ELEGÍA III.

De mi vida.

¿Donde hallar podré paz? ¿el pecho mio
Como alivio tendrá? ¿de mi deseo
Quien bastará á templar el desvarío?
Quanto imagino, quanto entiendo y veo
Todo enciende mi mal; todo alimenta
Mi furor en su ciego devaneo.
Se alza espléndido el Sol y el mundo alienta
De vida y accion lleno: á mí enojosa
Brilla su luz, y mi dolor fomenta.
Corre el velo la noche pavorosa
Bañando en alto sueño á los mortales;
Y en plácida quietud todo reposa.

Yo solo en vela en ansias infernales
Gimo, y el llanto mis mexillas ara;
Y al cielo envio mis eternos males.

¡ Ay ! ¡ la suerte enemiga quan avara
Desde la cuna se ostentó conmigo !
Jamas el bien busqué, que el mal no hallara.

En cuitada orfandad, niño, de abrigo
Falto, solo en el mundo, quien me hiciese
No hallé un alhago, ó me abrazase amigo.

¿ Justicia pudo ser que así naciese
Para ser infeliz ? ¿ que de mi seno
Nunca el gozo señor ni un punto fuese ?

¿ Nacen los hombres á penar ? ¿ ageno
Es el bien de la tierra ? ¿ ó me castigas
A mí tan solo, Dios clemente y bueno ?

Perdona mi impaciencia si me obligas
A tan míseras quejas : ¿ porque el crudo
Dolor un breve punto no mitigas ?

¿ Porque, porqué me hieres tan sañudo?
¿Quieres, justo hacedor, romper tu hechura?
¿ El polvo ¡ ay padre ! en que ofenderte
pudo ?

Da paz á este mi pecho: de la obscura
Tiniebla en que mis pies envueltos veo,
Llévame por tu diestra á la luz pura.
El iluso y frenético deseo
Rige, Señor, con valedora mano;
Y haz la santa virtud mi eterno empleo.
Yo de mí nada puedo: que liviano
Si asirle quiero, escapa: si frenarle,
De mi flaco poder se burla insano.
¡ Quantas! ¡ ó quantas veces arrancarle
Del abismo do está! ¡ quantas del puro,
Del casto bien propuse enamorarle!
¡ O si alcanzase en soledad seguro
Vivir al ménos, exclamé llorando!
Mi estado fuera entónces ménos duro.
Ferviente hasta el gran ser la mente alzando
La quieta noche, el turbulento dia
Pasara yo sus obras contemplando.
Con el Alba la célica armonía
De las aves del sueño me llamára;
Y á las suyas mi lengua se uniria
A adorar su bondad: quando vibrára

Mas sus fuegos el Sol, del bosque hojoso
La sombra misteriosa me guardára.
  Si su pendon la noche silencioso
Alzára; y en su trono la alba Luna
Bañára el mundo en explendor gracioso:
  Yo sus pasos siguiendo de una en una
Recordára, seguro de mas daños,
Las vueltas que en mí usara la fortuna.
  Allí alegre riyera sus engaños,
Su falaz ofrecer, el devaneo
De mis perdidos, juveniles años.
  Amé, y hallé dolor: volví el deseo
A las ciencias, creyendo que serian
Al alma enferma saludable empleo.
  Las ciencias me burláron: me ofrecian
Remedios que mis llagas irritaban;
Y á la hidalga razon grillos ponian.
  Dexélas; y corrí do me llamaban
La oficiosa ambicion y los honores
Entre mil que sus premios anhelaban.
  Mas fastidiéme al punto; y á las flores
Me torné del placer tras un mentido

Bien, que á mi pecho causa mil dolores.
¡Oh! ¡hubiese siempre en soledad vivido!
¡Siempre del mundo al ídolo cerrado
Los ojos, y á su voz mi incauto oido!
Y hubiera tantas ansias escusado,
Tanto miedo y verguenza y cruda pena,
Vigilia tanta en lágrimas bañado.
Pero el cielo parece que condena
Los hombres al error; y que se place
En que arrastren del vicio la cadena.
Nunca el seguro bien nos satisface:
El placer nos fascina: la paz santa
Morada nunca entre sus flores hace.
¿Quien hay que huelle con segura planta
La ardua senda del bien? ¿y quien perdida
La torna á hallar, y en ella se adelanta?
Toda es escollos nuestra frágil vida.
Tiende el vicio la red; y la dañosa
Ocasion por mil artes nos convida.
El deseo es osado, quan medrosa
y flaca la razon. ¡A quien el oro,
A quien mirada encanta cariñosa!

Otro al son corre del clarin sonoro
Tras la gloria fatal; y en grato acento
Le suena el bronce horrible, el triste lloro.
Aquel con impia audacia al elemento
Voluble se abandona en frágil nave;
Y los monstruos dél mira contento.
Nadie se rige por razon, ni sabe
Que codicia, que teme, qùe desea,
Qual cosa vitupere, y qual alabe.
Así el hombre felice devanea
Sin que jamas el justo medio acierte;
Y el mal de todos lados le rodea,
Hasta que da por término en la muerte.

ELEGÍA IV.

De las Miserias humanas.

¡Con que silencio y magestad caminas,
Deidad augusta de la noche umbrosa;
Y en la alta esfera plácida dominas!
Llena de suave albor tu faz graciosa
Ver no dexa el exército de estrellas,

Que sigue fiel tu marcha perezosa.
 Miéntras el carro de cristal entre ellas
Rigiendo excelsa vas; y el hondo suelo
Ornas y alumbras con tus luces bellas.
 Salve, ó brillante Emperatriz del cielo
Y Reyna de los astros; salve, hermana
Del almo Sol, de míseros consuelo.
 A ti me acojo en la tormenta insana
Que me abisma infeliz, á ti que amiga
Oirme sabes y acorrerme humana.
 Que en ti de alivio cierto su fatiga
Descarga el triste; y el que en grillos llora
Con tu presencia su penar mitiga.
 Perdido el rumbo el naufrago te implora
Contra la tempestad en noche obscura;
Y el solitario tu deidad adora.
 Y á todos tu solícita ternura
Acoge y cura su llagado seno,
Lanzando de sus rostros la amargura.
 ¡Luna! ¡piadosa Luna! ¡quanto peno!
No, jamas otro en tu carrera viste,
A otro infeliz qual yo de angustias lleno.

Un tiempo en lira de marfil me oiste
Cantar insano mi fugaz ventura;
Y envidia acaso de un mortal tuviste.
¡Oh! ¡como iluso en juvenil locura
El mundo ante mis ojos parecia
Risueño, y de la vida el aura pura!
Crédulo yo á los hombres ofrecia
Mi llano, inerme seno: entre sus manos
Qual simple corderillo me metia.
Ingenuos siempre, fáciles, humanos,
Y la alma paz pintada en el semblante
Hermanos los creí; y hallé tiranos.
De oido sordo y pecho de diamante
Quando en su amparo el infeliz los llama;
Y en solo el mal su corazon constante.
A quien ciego furor el pecho inflama:
Quien en muelle placer se aduerme ciego;
Y quien en ira atroz sangriento brama.
Sopla la envidia su dañado fuego,
Miéntras de oir hinchada se desdora
La vanidad de la indigencia el ruego.
¡Ay! ¡ay de aquel que abandonado llora;

Y vil ultraje de enemigos hados
Crédulo en ellos fia solo un hora!
Burlado gemirá, qual disipados
Al puro rayo del naciente dia
Los palacios del sueño fabricados;
El que iluso en su ardiente fantasía
Quanto anheló gozaba, congojoso
Maldice despertando su alegría.
Apénase burlado; y sin reposo
Del bien soñado que qual sombra vana
Huye, en pos corre, y llámale lloroso.
Cada qual solo en adorar se afana
El ídolo que alzó su devaneo;
Y al cielo su aficion lo encumbra insana.
¿Quien hace, quien de la virtud su empleo?
¿Quien busca osado la verdad divina?
¿O al aura del favor cierra el deseo?
Llorosa al suelo la inocencia inclina
Su lastimada faz, y tiembla, y gime;
Y el vicio erguido por do quier camina.
Fiero el poder con ruda planta oprime
La sencilla bondad, que desolada

Ni aun huyendo su vida al fin redime.
La lumbre del saber yace eclipsada
En brazos del error, que omnipotente
Oprime la ancha tierra sojuzgada.
Y el mortal ciego cuya excelsa mente
Sublimarse debiera en raudo vuelo
Sobre el trono del Sol resplandeciente;
Y allí fixar en el confin del cielo
Su mansion inmortal, siempre en llorosa
Pena, en mísero afan gime en el suelo.
Gime; y adoracion rinde afrentosa
A otro mortal qual él; ó si se aira,
Mudo, azorado, ni aun quejarse osa.
Muy mas que si en su cólera le mira
Indignado el Señor, quando su mano
Vibra el rayo, ministro de su ira:
El rápido uracan con vuelo insano
Trastorna el baxo mundo; y de la sierra
El roble erguido precipita al llano.
Yo ví correr la asoladora guerra
Por la Europa infeliz: á su bramido
Gemir el cielo, retemblar la tierra:

Y un pálido esqueleto sostenido
Sobre ella y sobre el mar, con mano airada
Miles hundir en el eterno olvido:
El fuego asolador la mies dorada
Aniquilar, la mies ¡ ó saña impia!
Del dueño inerme en lágrimas regada:
Y á un pueblo en solo el circulo de un dia
Desparecer de sobre el triste suelo,
Que el temblon viejo y la niñez huia.
En tal devastacion ciego el anhelo
Del humanal orgullo complacerse;
Y en locos himnos insultar al cielo.
Tanto el hombre infeliz embrutecerse
Puede ¡ oh dolor ! ; el hombre que debiera
De una gota de sangre estremecerse.
Y en fraternal union en tanta fiera
Peste como su ser mísero amaga,
Tierno acorrerse en su fugaz carrera.
Si como atiende la ilusion aciaga
De la pasion que su razon fascina;
Y el blando fuego de su seno apaga:

Dócil supiese oir su voz divina,
Su voz que entonce incorruptible suena;
Y á la mansa piedad siempre le inclina.
El daño universal mi propria pena
Me hizo, Luna, olvidar: miro á mi hermano,
Al hombre miro en infeliz cadena;
Y aunque grave mi mal, ya me es liviano.

ELEGÍA V.

Mis Combates.

¡Que sedicion, ó cielos, en mí siento,
Que en contrapuestos bandos dividido
Lucha en contra de sí mi pensamiento!
Hora flaco el espíritu y rendido
La espalda vuelve y parecer no osa:
Hora carga triunfante y atrevido.
La razon huye tímida y medrosa:
Síguela el sentimiento denodado;
Y qual hambriento lobo así la acosa.
El confuso tropel, el lastimado

Alarido, la queja y vocería
Tiene al cobarde corazon helado.
Gruesa niebla á mis ojos roba el dia;
Y en tinieblas me dexa y sin consuelo
Llorando de la muerte en la agonía.
Una parte de mí se encumbra al cielo,
Otra entre crudos hierros gime atada
Al triste, obscuro, malhadado suelo.
Busco en vano la paz en la sagrada
Lumbre del albo dia; y el sombrío,
Fúnebre imperio de la noche helada
No es poderoso á dar al pecho mio
La tregua mas liviana, ó de mis ojos
¡Ay! modera de lágrimas el rio.
¿Que causa he sido yo de estos enojos?
¿No recelé y temí, y al escarmiento
Dí ya en mi error los últimos despojos?
¿No resolví con generoso aliento
Jamas, jamas rendirme? ¿pues que guerra,
Que cruda guerra ¡cielos! en mí siento?
¿A que ignorado clima de la tierra
Para librarme huiré, si el enemigo

Dentro en el corazon la carga cierra?
¿Porque paz ¡ay! no he de tener conmigo?
¿No será en sus locuras ya templado
De la virtud el sentimiento amigo?
¿Que es el hombre infeliz, si contrastado
Siempre de la ocasion ó del deseo,
Una vez entre mil es coronado?
¿Será de la razon el noble empleo
Vencida ser del polvo? .... Ensalce ahora,
Ensalce aquel divino, excelso arreo
Con que las ciencias todas atesora,
Y con alas de fuego se levanta
Sobre el inmenso espacio que el Sol dora.
Fuérale mas seguir la virtud santa,
Que ante el vicio llorando estar rendida,
Y besar sierva vil su inmunda planta.
El eterno saber no nos dió vida
Para el cielo medir ó el mar salado,
Sino para á él labrarnos la subida.
Y el hombre en el error enagenado
Clama llorando léjos del camino,

Qual barco de las olas azotado,
Que sin timon ni velas al contino
Batir de hórridos vientos va ligero
A fenecer en mísero destino.
Un mentido placer, un lisonjero
Halago de la suerte, el vil encanto
Del ocio, un nombre vano y pasagero
Le tendrán siempre con desden ó llanto:
¡Y la augusta virtud, ni una mirada
Podrá deberle entre desvelo tanto!
¡Ay! la frente serena y elevada,
¿La gallarda estatura, el alto pecho
De tan excelso espíritu morada,
Dicen acaso al hombre que fué hecho
Para este suelo humilde, deleznable,
Do apenas se halla el bruto satisfecho?
¡Hombre! ¡ser inmortal! ¿tan despreciable
Quieres hacerte? el corazon levanta;
Y sé una vez en tu ambicion laudable.
Lo que mas ciego anhelas, lo que encanta
Tus fascinados ojos ¡quan mezquino
Es mirado á tu luz! ¡ó virtud santa!

¿Esa bóveda inmensa do el divino
Poder sembró los astros, el lumbroso
Sol en su trono, el rápido camino
Que hace en torno la tierra, el pavoroso
Abismo, y quanto puede de la nada
Sacar de Dios el brazo poderoso,
No lo abarcas con sola una mirada
De la presta y ardiente fantasía;
Y te creas mil mundos si te agrada?
¡Y en la tierra tu fin y tu alegría
Fixas, partiendo con el vil gusano
La suerte de gozarla un solo dia!
Puedes al Querubin llamar hermano;
Y á las arpas angélicas unido
Seguir feliz el coro soberano,
Con que ante el trono del Señor rendido
El pueblo celestial alegre suena
En himno de loor no interrumpido:
¡Y el oro te deslumbra y enagena,
O por el mando y el favor suspiras,
Y del placer arrastras la cadena!
Corre con mente alada quanto miras,

Esos globos de luz que en la callada
Noche en sus orbes rápidos admiras:
El ancho mar do en vano fatigada
La vista busca un término : la tierra
De tanto bruto y árboles poblada:
Las pavorosas nubes do se encierra
La grata, fértil lluvia entre el ligero
Rayo que al mundo en su fragor aterra:
Del supremo poder el lisonjero
Encanto ; y luego finge en tu albedrío
Otros mundos, y en todos sé el primero;
Y amontona con ciego desvarío
Los bienes á los bienes, que lloroso
Has de hallar siempre el corazon vacio.
¿ No es inferior el oro al luminoso
Sol, que lo forja con su vista ardiente
De la tierra en el seno tenebroso?
¿ No es ménos el placer que el indecente
Idolo que te arrastra? ¿ y la fortuna
Que el gran pueblo á quien sirves reverente?
¿ Y acaso de estas cosas puede alguna
Con tu divino espíritu igualarse,

Que brilla ya inmortal desde la cuna?
¿Un inmundo carbon podrá preciarse
Qual el claro crisólito? ¿y al cielo
El vil lodo que huellas compararse?
Pues ménos, ménos es el ancho velo
Contigo de su bóveda sagrada,
Con quanto cubre en el humilde suelo.
Tiempo vendrá que al seno de la nada,
La cadena del ser por Dios rompida,
Cayga naturaleza despeñada.
Fenecerán los astros desunida
Su masa de cristal: en el medroso
Caos la tierra vagará perdida;
Y el luminar del dia del reposo
Saldrá de tantos siglos, impelido
Del brazo de un Arcángel glorioso.
Mas tu ser inmortal á el alarido
Y universal ruina preservado,
Brillará á par del Querubin lucido.
La eternidad le abrazará; y pasmado
Verá siglos á siglos sucederse,
Mas y mas que olas lleva el mar airado.

¿En que entónces podrá reconocerse
Este barro caduco, ahora expuesto
Qual humo á un débil soplo á deshacerse?
¡O eternidad¡ ¡eternidad! ¡quan presto
Mi espíritu en tu morada tenebrosa
Entrará, sin que aun nada haya dispuesto!
¡Acaso en plazo breve la medrosa
Campana sonará! ¿Que es ¡ay! la vida
Sino nave en las aguas presurosa?
¿Do estan los años de la edad florida?
¿Donde el reir? ¿el embeleso insano
De los placeres¿ ¡ilusion mentida!
Todo pasó: la asoladora mano
Del tiempo en el abismo de la nada
Lo despeñó con ímpetu inhumano.
Quanto fué, feneció la delicada
Beldad que ayer idolatré perdido,
Hoy sin luz yace del solano ajada.
Al que de un pueblo ante sus pies rendido
Ví aclamado, en la casa de la muerte
Le hallo ya entre sus siervos confundido.
Al que oí con envidia de tan fuerte

Jactarse, un soplo de ligero viento
Súbito en polvo su vigor convierte.
El sabio que con alto entendimiento
Señalaba al cometa su ardua via,
Qual él se esconde, si brilló un momento.
Y el que en sus cofres encerrar queria
Todo el oro fatal del rubio oriente,
Desnudo baxa á la region sombría.
Perecen los imperios: grave siente
El peso del añado el ancho suelo,
Do la gran Troya se asentó potente.
Desierto triste la ciudad de Belo
De fieras es guarida: en la memoria
Esparta dura para eterno duelo.
¿ Do blason tanto y célebre victoria,
Do se han hundido? ¡ ó suerte miserable
Del ser humano! ¡ ó frágil, fugaz gloria!
¿ Alma inmortal, que es esto? ¿ en que durable
Ventura anhelas? ¿ la esperanza vana
Limitas ciega al barro deleznable?
¿ Hija del cielo, tras el vicio insana

Así te prostituyes?....el camino
Emprende de tu patria soberana.
Empréndele; no tardes; tu destino
Es la virtud aquí: y en las mansiones
De gloria el premio á tus victorias digno.
No jactes, no, tu ser si las pasiones
Te han degradado: ¿el mundo te recrea?
Bestia te torna; olvida tus blasones.
Un alma que se afana, que se emplea
En nadas de la tierra, es un lucero
Caido del cielo al lodo que le afea.
La virtud, la virtud: este el primero
De tus conatos sea, de tu mente
Estudio, de tu pecho afan sincero,
De tu felicidad perenne fuente.

ELEGÍA VI.

La Virtud.

En la temprana y dolorosa Muerte de un Hombre de bien.

Virtud, alma virtud, don inefable,
Que Dios al hombre en su bondad envia;
Y al puro Serafin gloriosa igualas
Su humilde y flaco ser, mis ruegos oye:
Llena mi pecho de tu excelso fuego;
Y mis pasos sosten. Por ti respiro:
Por ti soy libre; y traspasar me es dado
Muy mas presto que el águila las cimas
Del claro empíreo, hasta llegar felice
A la altísima corte del Eterno.
Canto; y mi voz tus alabanzas suena;
Y el coro de los Angeles sus himnos
Une á los mios, y al Señor loamos.
Ceso: y callando el ánimo te goza.
Suspiro tierno; y la oracion ferviente
Con presto vuelo extática sublima

Mis blandos ayes al excelso trono.
Quando mas grato el inefable escucha
Con solícito amor las ansias tristes
Del polvo vil, que su bondad implora,
O gimo y lloro del ansiar contino,
Y entre mil sombras de mentidos bienes
Errar perdidos los mortales ciegos.

¡Oh! ¡quantos dias mi esperanza anduvo
Colgada de un cabello! ¡quantos, quantos
Cubierto el pecho de horrorosas nubes
Temblé del trueno el pavoroso estruendo;
Y el rayo asolador mi frente heria!
Busqué la dicha, y abracé un fantasma:
Torné á buscar y hallé míseras penas;
Y gemí triste de mi hallazgo infausto,
Aquí y allí como la arista leve
Entre el temor y la inquietud perdido.

Tú lo has visto, Fany, sublime amiga
De la virtud, idólatra de quanto
Honesto y bueno las delicias hace
De las almas sensibles, cuyo seno
Vence en candor á la brillante Aurora,

Vence á la nieve inmaculada, siempre
Del pobre abierto al clamoroso labio,
Y del triste á las lágrimas amargas.
Tú lo has visto, Fany: ¡ míseros dias,
De horror y luto, y de zozobra y llanto!
Que ya pasáron; y á mis ojos lucen
Otros mas claros de inefable calma,
De constante placer, jamas habidos
Del que á la tierra vil la mente apega.
Tu oficiosa amistad sostuvo entónces
Mi desaliento; y qual benigna lluvia
De Primavera tus palabras fuéron
Al agostado corazon, que aromas
Y flores goza do llevara abrojos.
Qu'solo el cielo; y á curar mis llagas,
Y á sustentarme con potente diestra
Plácida la virtud corrió á mi ruego.

Ella que al sabio á la region sublima
De quietud eternal, donde no alcanzan
Ni los cuidados, ni las torvas nubes
En que gemimos en la tierra obscura,
Batidos siempre de sañosos vientos,

Igual su pecho sin zozobra mira
Rodar los dias; y al profundo abismo
Hundirse del no ser, en sombra y humo
Vidas, triunfos, blasones disipando.
La paz le rie afable, la sencilla,
Sublime paz del bien obrar: sus plantas,
Mas que á altísima roca el mar soberbio,
Baten en vano las alzadas olas
De las pasiones: inmutable espera
A el almo cielo fuertemente asido;
Y del Eterno en el inmenso seno
Arrojándose fiel, qual hijo amado
Goza feliz sus próvidas caricias.
  El solo, él solo en inexhausta fuente
Sabe embriagarse de delicias puras,
De verdaderos gozos; sombra y nada
Los gozos son del turbulento mundo.
Siempre el cuidado, la inquietud medrosa,
La inconstancia fatal el alma afligen;
Y al fin la risa en lágrimas convierten.
Anhela hoy loca, y exhalada vuela
Tras lo que al punto insípido le cansa.

Lánzase ciega á asir la rosa; y gime
No hallando en ella sino agudas puntas,
Que mil y mil el corazon le hieren.
Y qual las flores fúnebres que exhalan
Un cansado fetor, si en ricos tintes
Brillan, engaño á los incautos ojos;
Tal en mil formas al deseo iluso
El contento falaz su imágen vana
Muestra, encubriendo la fatal ponzoña.
No así, Virtud, tus inefables gozos;
Eternos como tú, siempre son nuevos.
Sobre la impura atmósfera encumbrados
De las pasiones y el voluble antojo,
El alma siempre regalarse puede
En su inmortal dulzor; y siempre gratos
Tiempo, penas, hastío, nada el gusto
Del sabio apaga que á gozarlos llega.
Su ilustrada razon tranquila rige
Su vida igual; y su conciencia llama
De la noche en el fúnebre silencio
En que su voz mas imperiosa truena,
Sus pensamientos á imparcial exâmen.

Mira un deseo; y si traspasa indócil
El alto valladar con que el Excelso
Próvido encierra su vagar liviano,
Al punto en pos lanzándose las alas
Le rompe locas; y en el cerco estrecho
De su ïnefable ley torna á encerrarle.

Ante él sin fruto su engañosa rueda
Tiende la vanidad, que al cielo encumbra
La frente necia; y en el lodo hundida
Lleva en el suelo la diforme planta.
Sin fruto ostenta sus cadenas de oro
El funesto poder: mas soberano
Que los que el mundo silencioso adora
En sus brillantes y caducas sillas,
Sobre sí mismo reyna: los sentidos,
El corazon sus leyes obedecen.
Y miéntras ve la adulacion astuta,
La mentira, el error que en torno espian
Las coronadas frentes, mil fatales,
Sutiles lazos á sus pies tendiendo;
El recogido y en silencio escucha
La augusta voz de la verdad divina;

Y corre en pos de su brillante antorcha,
Que fiel le guia al paraiso eterno.
Mira á esta luz quanto liviano el mundo
Mas precia ; y rie en sus juicíos vanos.
Ve en la beldad un fósforo agradable
Que al quererle tocar se apaga ; y dexa
Solo dolor y funerales sombras.
En las grandezas un fantasma de humo
Formado y nombres bárbaros, que esconde
Dudoso el tiempo : en la ambicion funesta
De la infeliz humanidad el duelo;
Y al orbe en sangre y lágrimas bañado.
Y en la elacion el impotente ahinco
Del pigmeo que alzándose, la helada
Cima del Atlas igualar pretende.
Su mente alada generosa vuela
Sobre soles y soles, que sin cuento
Rodando pueblan el inmenso espacio.
Dios solo para su carrera ardiente:
Velo, y se postra ante el excelso trono;
Y allí en deleyte altísimo embriagado
Le adora y goza, y en su luz se anega.

Miéntras su seno en lágrimas se inunda
De etérea suavidad, que en largo rio
Plácidos brotan sus felices ojos.
¿O si tal vez hácia la tierra triste
De allá los vuelve, con desden burlando
Su inmensa pequeñez, do está, pregunta
Do está la Europa? ¿Los imperios donde
Que así ciegan los míseros mortales?
Dios y su pecho ocupacion le prestan
Larga y sabrosa; y la virtud benigna
Despierta en él mil altos pensamientos.
Contino en ellos embebido aprende
Su nobleza á preciar: obra extremada
Del gran Dios, hijo suyo y heredero
Del reyno eterno de la luz, hermano
Feliz del Angel, su nobleza es esta,
Estos sus timbres y ascendencia augusta.
De ella glorioso las congojas tristes
Tu pecho ignora de la torva envidia:
Ama tierno á su hermano; y en sus bienes
Se abre sensible al inocente gozo,
Qual al rayo solar fragante rosa.

Buen padre, amigo fiel, buen ciudadano,
Quantos su lado afortunados ciñen,
Quantos su claro nombre léjos oyen,
Todos qual númen tutelar le adoran.
Inclina reverente el vicio mismo
La frente ante sus pies; y si en su altura
Osa mirarle, atónito enmudece.
El entre tanto en afecciones tiernas
Inmenso qual su autor, á quanto exîste
Se derrama solícito, inflamado
De esta llama de amor que eterna arde
Por la infinita creacion, dichosa
Cadena que al gran ser la nada enlaza.
Corre sus milagrosos eslabones
Del polvo al Querubin; y en todos viendo
El propio bien en el comun librado,
Mas y mas vivos sus afectos arden.

Perseguiràle con sus negras teas
La atroz venganza; la calumnia aleve
Le lanzará sus invisibles dardos,
O la injusticia de su hogar sañuda
Le arrojará, sin que el enojo un punto

Noble su corazon, que vuelto al cielo,
Mi amigo, exclama, es Dios, y alegre rie.
Plácida acaso le pondrá la suerte
Sobre su instable rueda: los honores
Coronarán su mérito sublime;
Y el baxo orgullo encontrará cerrado
Siempre su pecho: regirá un imperio:
Y gemirá en la púrpura importuna
Por el retiro y su feliz llaneza;
Miéntra á Dios casi igual, próvido entiende
En la dicha del último vasallo.
  Su continente es firme: débil caña
Bulle el vicioso al ímpetu del viento,
Que vá, dóblase, y vuelve en giros vagos.
No el justo así, mas qual robusta encina
Dilata firme sus pomposas ramas;
Y en vano el huracan su planta bate.
Pálida enfermedad, vejez caduca,
Nada le turbará: la muerte llega;
Y qual su amiga plácido la abraza.
Lidié, canta, y vencí: la mano beso
Que á sí me llama: la virtud sostiene

Su cuello en la ardua lid desfallecido;
Y el claro empíreo á recibirle se abre.
  Fany ; así vive el virtuoso y muere.
Así brilló tu malogrado esposo,
Tu Belardo infeliz , mi noble amigo,
Mi protector , mi padre. Su nobleza
Fué sola su virtud , no de su cuna
El excelso esplendor , los largos bienes.
Amó viviendo el bien : amó los hombres;
Y en ellos al gran Ser con tierno pecho.
La hora sonó ; y asido al hilo de oro
De esperanza inmortal, por siempre á unirse,
Qual á la palma generoso Atleta,
Voló seguro á su Hacedor inmenso.
Todos lloráron en su muerte : él solo
La vió el dardo lanzar con faz serena
De ti cercado y de sus dulces hijos;
Y alentó afable vuestro amargo duelo.
Su vida un dia fué cándido y puro:
Su fin , qual Sol que en el cerúleo ocaso
Se hunde de llamas y arreboles lleno,

DISCURSOS.

DISCURSO I.

La Despedida del anciano. *

Por un valle solitario,
Poblado de espesas hayas
Que á la silenciosa Luna
Cierran el paso enramadas,
Un anciano venerable,
A quien de la dulce patria
Echan el odio y la envidia,
Con inciertos pasos vaga.
De quando en quando los ojos
Vuelve hácia atras, y se para;
Y ahogársele el pecho siente
Con mil memorias aciagas.

* Este Discurso se imprimió antes de ahora en el Núm. CLIV. del Censor, periódico tan útil como conocido.

¡Oh! ¡quiera el cielo benigno,
En voz dolorida exclama,
Que sobre ti, patria ciega,
Mi persecucion no cayga!
Tú te ofendes de los buenos;
Y de tus hijos madrastra
Sus virtudes con oprobrios,
Con grillos sus luces pagas.
¿Si la calumnia apadrinas,
La desidia y la ignorancia,
Donde los varones sabios
Podrás hallar que hoy te faltan?
La verdad ser gusta libre,
Y con el honor se inflama:
El no preciarla la ahuyenta;
Las cárceles la degradan.
Nunca el saber fué dañoso;
Ni nunca ser supo esclava
La virtud. Si ciudadanos
Quieres, eleva las almas.
¡Que carrera tan inmensa
Se te descubre! labranza,

Poblacion, letras, costumbres,
Todo tu atencion aguarda.
Aduladores te pierden,
Que tus dolencias regalan:
Cierra el pecho á sus consejos,
Y el oido á sus falacias.
Las virtudes son severas;
Y la verdad es amarga:
Quien te la dice te aprecia;
Y quien te adula te agravia.
Contempla la edad augusta,
Quando en tu seno brillaban
Mil héroes, dichosa envidia
De las naciones extrañas;
Siglo de oro de tus glorias,
En que á la tierra humillada
Enseñoreaste á un tiempo
Con las letras y las armas.
¿ Que se hiciera de tus timbres?
¿ De la sangre derramada
De tus valerosos hijos
Qual fruto, dime, sacáras?

¿Por que al ménos no los premias,
Y su virtud nos consagras
En honrosas inscripciones,
Y en inmortales estatuas?
A tu juventud presentas,
Quando aun no sabe imitarlas,
Las venganzas y adultèrios
De las Deidades paganas;
¿Y un Pelayo, y un Ramiro,
Y otros mil que con su lanza
Quebrantáron las cadenas
Do gemias aherrojada,
En olvido sempiterno
Será que sumidos yazgan?
¡O mengua! ¡ó descuido! ¡ó siglo!
¡Quan mal el mérito ensalzas!
Vieran sus débiles nietos
En sus venerables canas
Las virtudes, que les diéron
Nombre eterno, retratadas.
En esto, en esto debieras
Gastar los montes de plata,

Que de las remotas Indias
Traen las flotas á tus playas.
El labrador descendiente
De aquellos que por su espada
Te las dïéron , con gemidos
Tristes el pan te demanda.
Su miserable familia
Por lecho tiene unas pajas;
¿ Y tú en locas vanidades
Sumas inmensas derramas?
¡Guarte , que á tu fin caminas!
El velo fatal arranca
De tus ojos ; y contempla,
Contempla ¡infeliz ! tus llagas.
Esos superfluos tocados,
Esos ayrones y gasas
Que te ofrece el extrangero,
Venenos son que te acaban.
Con la virtud de tus hijos
Los compras : tus recatadas,
Antiguas fembras ¡ ó tiempos!
Del vicio mismo hoy se jactan.

Míralas la frente erguida,
Que altaneras y livianas
Qual vano pavon provocan
La juventud castellana.
Un tiempo fué, quando apenas
En lo interior de su casa
Como deidad la matrona
A sus deudos se mostrára.
Las labores y los hijos,
Entre dueñas y criadas,
Del alba á la media noche
Santamente la ocupaban,
Y hoy del adúltero al lado
Sin seso calles y plazas
Corre impudente, y abona
Las mas viles cortesanas.
Ve tus jóvenes perdidos;
Y dile á su degradada
Naturaleza, que al Moro
A la Libia volver haga.
Sus rizadas trenzas mira
Entre polvos y fragancia

Mentir del sesudo anciano
La cabellera nevada,
Quando del femenil sexô
Usurpan dixes y galas;
Y de fatiga incapaces
Un sol, un soplo los aja.
¿ Do estan los brazos velludos,
De cuyo esfuerzo temblaran
Un tiempo la Holanda indócil,
Y la discorde Alemania?
¿Donde aquellos altos pechos,
Que en las Cortes de la patria
Su dignidad sostenian,
Y sus sanciones dictaban?
¿ Donde aquellos de virtudes
Dechado augusto, en la Italia
Eloqüentes defensores
De las vacilantes aras?
¿Donde el candor castellano,
La parsimonia, la llana
Fe, que entre todos los pueblos
Al Español señalaban?

Faltó el entusiasmo honroso:
La generosa crianza
Faltó, que un héroe algun dia
De cada hidalgo formara.
El hijo del padre al lado
Aprendió de sus palabras
La prudencia, y de su diestra
El manejo de las armas.
Regir un bridon indócil
Supo, la cota acerada
Sufrir; y de sus vasallos
Responder á las demandas.
Vivió en sus campos entre ellos:
Vió del cultivo las ansias;
Y apreciar supo la espiga
En triste sudor regada.
Ni se desdeñó á su mesa
De admitirlos, que á la usanza
Española los aliños
Peregrinos ignorara.
Con ellos partió sus bienes:
Entró á la humilde cabaña

Del pobre; y trató las bodas
De la inocente aldeana:
Mas hoy todo se ha trocado.
Las Ciudades desoladas
Por su nobleza preguntan,
Por sus Ricos-hombres claman;
Miéntras ellos en la Corte,
En juegos, banquetes, damas,
El oro de sus estados
Con ciego furor malgastan.
Y el labrador indigente,
Solo llorando en la parva
Ve el trigo, que un mayordomo
Inhumano le arrebata.
¿Son para aquesto señores?
¿Para esto vela y afana
El infelice colono,
Expuesto al Sol y la escarcha?
Mejor, sí mejor sus canes
Y las bestias en sus quadras
Estan. ¡Justo Dios! ¿Son estas,
Son estas tus leyes santas?

¿Destinaste á esclavos viles
A los pobres? ¿de otra masa
Es el noble que el plebeyo?
¿Tu ley á todos no iguala?
¿No somos todos tus hijos?
¿Y esto ves; y facil callas?
¿Y contra el despota injusto
Tu diestra al débil no ampara?
¡Ah! sepan que con sus timbres
Y sus carrozas doradas
La virtud los aborrece,
Y la razon los infama.
Solo es noble ante sus ojos
El que es útil, y trabaja;
Y en el sudor de su frente
Su honroso sustento gana.
Ella busca, y se complace
Del artesano en la hollada
Familia; y sus crudas penas
Con gemidos acompaña.
Allí el triste se conduele
Del triste; y con mano blanda

Le da el alivio, que el rico
En faz cruda le negara.
Allí encuentra lás virtudes:
Allí la muger es casta;
Y los obedientes hijos,
Qual un Dios al padre acatan.
Miéntras en los altos techos
La discordia su ímpia rabia
Sopla; y tras la vil codicia
A todos los vicios llama.
La madre al hijuelo tierno
Echa del pecho inhumana,
Partiendo su nombre augusto
Con la triste mercenaria.
En vano las vivas fuentes
De dulce néctar la sabia
Providencia le abre; en vano
La enfermedad le amenaza.
Otros gustos la entretienen:
Salga el tierno infante, salga,
Que sus débiles gemidos
Los adúlteros espantan.

¡ Ministros de Dios! ¿que es esto?
¿Como no clamais? ¿La espada
Del anatema terrible
Por que ha de estar en la vayna?
Ciérrese, ciérrese el templo:
Nótese de eterna infamia,
A quien cierra á un inocente
Insensible las entrañas.
De aquí el mal, la peste toda
De las familias, que abrasa
El cuerpo entero, y anuncia
La ruina mas infausta.
El padre busca otros lechos:
El hermano de la hermana
No es conocido; y la madre
Es para entrámbos extraña.
El ciego interes completa
La desunion: él consagra
A Dios la vírgen, ó al necio
Vicioso y rico la enlaza.
Llore la infelice, llore;
Y víctima desdichada

El cuello al yugo someta,
Que qual dogal ha de ahogarla.
Llore, llore; que al hermano
La ley de su alta prosapia
Pasó las rentas, y á ella
La destinó á ser esclava.
¡Justo Cárlos! ¿á tu trono
Sus vivas quexas no alcanzan?
¿Si les prestas blando oido,
Por que el remedio nos tardas?
¿Por que estos bárbaros usos
Qué á naturaleza ultrajan;
Y á los que ella iguales hizo
Tus leyes no los igualan?
¡O interes! tú solo eres,
Tú de tantos males causa;
Y en su cólera los cielos
En los pechos te sembraran.
Tú forjaste las cadenas
Del hombre: inhumano armas
Contra el padre al hijo; y soplas
De la sedicion la llama.

Tú del mérito modesto
Mofas : al ruin ensalzas;
Y de la verdad divina
El labio angélico callas.
Tú al avaro mercadante,
Sin que muertes, ni borrascas
Pavor en su pecho infundan,
Al vasto océano lanzas.
Tú de dañosas preseas
Su nave en las Islas cargas;
Y con ellas rica en vicios
Tornas con su peste á España.
¡Ay ! ¡que á las orillas llega,
Y en ellas suelta entre salvas
Su ponzoña ! ¡ ay ! ¡ que la plebe
Bate viéndola las palmas!
Corred , corred , ciudadanos;
Hundid en las ondas bravas
Esos aromas y joyas,
Que lloros mil os preparan.
Perezcan por siempre en ellas;
Y eterno anatema cayga

Sobre el que á fiar tornare
Su vida á una frágil tabla.
Mas tú, siglo corrompido,
Que hasta los cielos levantas
Este interes, y lo adoras
La frente en tierra inclinada:
¿Tu instruccion es esta? ¿el fruto
Este de tus luces sabias?
¡O ciego! el abismo mira
Que baxo los pies te labras.
Imagina, inventa medios
De agotar toda la plata
De las minas: con tus naos
Inmensos piélagos pasa.
Los talleres multiplica:
Manchen la cándida lana
Ricos tintes: el capullo
Con prolixo afan trabaja.
Sustituye cada hora
Trages á trages, que ufana
La beldad vista en oprobrio
De su inocencia y sus gracias,

Pon premios á quien descubra
Un placer nuevo : proclama
Su fatal nombre ; y altares
Al luxo exêcrable alza.
El oro tu afan, el oro
Solo tu afan sea : nada
Sino oro suene ; él la guerra
Sople, la dulce paz haga.
Al taller tus hijos lleve:
De la tierra en las moradas
Hondas los suma ; corone
Sus mas heroycas hazañas.
Mas entre ellos ciudadanos
No busques, que sobre el ara
De la patria á morir corran
Con voluntad denodada.
No el pudor busques antiguo,
No el candor en las palabras,
Ni en sus corrompidos pechos
La inocencia, la paz alma.
El disfraz de las virtudes,
Un honor ciego, una falsa

Probidad, la vil lisonja,
La sencillez afectada,
La astucia alzada en prudencia,
Las ceremonias en franca
Amistad, de Dios el nombre
Mofado con ímpia audacia:
He aquí los letales frutos
De la riqueza; á esto arrastra
Al corazon el culpable,
Ciego ardor de atesorarlas.
Su falaz brillo los pechos
Fascina: del alto alcazar
A la choza humilde á todos
Devora su sed insana.
Todo es ménos que ellas: letras,
Virtud, ascendencia clara,
Mérito, honor, nobles hechos,
Todo humilde las acata.
Las leyes yacen: sucede
Al amor del bien la helada
Indiferencia: en la sangre
Del pobre el rico se baña.

Los estados no se precian
Por razon: quien mas estafa,
Es mas honrado: la esteva
El labrador desampara,
Vuela á la corte, y vilmente
La libertad aldeana
Vende al rico, y sus virtudes
Con todos los vicios mancha.
El maestro de ellos, bien presto
Mil familias asoladas
Con su industria pestilente,
En oro y grandezas nada.
Elévase y tiraniza:
Funda un estado; y traspasa
Con él sus pérfidas artes
A su progenie bastarda.
Las fortunas son de un dia:
El que es hoy señor, mañana
Mendiga: nada hay estable:
Todos trampean y engañan.
En medio en su trono de oro
La opulencia atroz con vara

De hierro y sañuda frente
Al pueblo agovia tirana.
Y tras ella, sí, tras ella....
¡Ah España infeliz!....en agua
Mi faz se inunda en tan cruda
Memoria, y la voz me falta.
¡Dios bueno! los ojos torna
Compasivo á mi plegaria;
Y echa de mi patria léjos
Los desastres que la amagan.
Y vosotros, Castellanos,
Aun hay tiempo; las infaustas
Riquezas rendid gozosos
A la virtud sacrosanta.
Tantos ínclitos abuelos
Recordad: no hagais que baxa
Su progenie sierva sea
De superfluidades vanas.
Tengan vuestros enemigos
Su fatal luxo; mas haya
Honradez y ciudadanos,
Qual hubo un tiempo en España.

Así el anciano decia
Entre lágrimas cansadas;
Y triste á caminar vuelve
Viendo que rie ya el Alba.

DISCURSO II.

EL HOMBRE FUE CRIADO PARA LA VIRTUD; Y SOLO HALLA SU FELICIDAD EN PRACTICARLA.

¿Nació, Amintas, el hombre
Para correr tras la apariencia vana,
Qual bestia del placer? ¿ó en sed insana
Por las riquezas míseras ardiendo
Del alto Potosí, sin que le asombre
El inmenso occeano,
Turbará en frágil pino
La paz del inocente Americano?
¿El roto muro impávido venciendo,
Cubierto el pecho fuerte
De acero y saña, afrontará la muerte
Con faz leda, el camino

Creyéndola engañado
De una gloria sin fin? ¿abandonado
Al ocio muelle, en torpe indiferencia
De su alto ser, de su destino augusto
Su frágil exîstencia
Dexará fenecer en sueño injusto?
Esta llama divina,
Pura, inmortal, que en nuestro pecho arde,
Del supremo Hacedor plácido aliento,
Tampoco al vano alarde
De congojosa ciencia se destina.
Bien puede con osado pensamiento,
De tanto sol luciente
Como ornando su velo trasparente
Gira en la noche lúgubre callada,
Medir el velocísimo camino
Solícito el mortal: del mas vecino
Planeta al mas lejano
Pesar la mole inmensa: separada
Ver la luz en el prisma; ó de liviano
Ardor herido por el aura leve
Trepar, do apena el águila se atreve:

Puede al lóbrego abismo de la tierra
Calarse; y cuidadoso,
Quanto ser raro y misterioso encierra
Su ancho seno explorar: de las edades
Con ardor fastidioso
Los fastos revolver, vicios, maldades,
Errores mil entronizados viendo;
Y á ti, santa virtud, siempre oprimida,
Pobre, ajada, llorosa;
O bien al pueblo indómito rigiendo
En vela triste, en inquietud medrosa,
De su arbitrio la vida
De miles ver colgada:
¿Que es tanto afan al cabo? amigo, nada.
No, la augusta grandeza
Del hombre no se debe
Fixar sobre apariencias exteriores,
Que á par del justo el delinqüente lleve.
Si iluso de la tierra en la baxeza
Se anonada su espíritu, mejores
Las bestias son; y el Padre soberano,
Avaro con la muestra milagrosa

Que en su excelso consejo producia
A su imagen gloriosa,
Y á quien Rey sumo de la tierra hacia,
Pródigo en su bondad abrió la mano
Para dotarlas, sometiendo injusto
A los medios el fin. Jamas se daña
El bruto en sus deseos.
O vanidad, ó míseros empleos
Le acibarán el gusto:
El hombre solo en su anhelar se engaña.
A fin mas alto el Númen le destina,
La virtud celestial es su nobleza:
El lodo vil por ella se avecina
A su inefable autor: su inmensa alteza
Participa dichoso;
Y á el Angel casi igual, con planta pura
Entre sus coros de laurel glorioso
Ceñida en torno la serena frente,
El alcázar de estrellas esplendente
En eterna ventura
Sublime hollará un dia.
¿Y habrá quien tenga en mísera agonía

Su pecho? ¿habrá quien vele?
¿Y por el cetro, ó por el fausto anhele?
¿El heredero, el morador del cielo,
De allá al reyno del llanto desterrado,
De su alma patria, de su ser se olvida?
¿El augusto traslado
Del Dios del universo no alza el vuelo
A contemplarle, en la apariencia vana
Fascinado del bien? ¿con sed ardiente
De ser feliz, de la insondable fuente
Huye de eterna beatitud? ¡O insana,
Culpable ceguedad! gime sumida
Del vicio el alma en el infame lodo;
Y su nobleza ilusa,
Ménos en lo que debe, busca en todo:
Búrlase, y luego á su Hacedor acusa.
¿Mas que, tus graves yerros, ser liviano,
Harán trocar el órden soberano
Que dió el gran Ser á su acabada obra?
No, no; ni en ella tu locura sobra.
Todo en órden está: solo tu pecho
Trastornarlo sacrílego porfia,

Quando una fragua de pasiones hecho
Anhela, teme, espera, desconfia.
De no meditar nace
Nuestro mísero estado. La alta mente,
A quien se dió pesar con ley severa
El bien y el mal, ó soñolienta yace,
O en fútiles objetos se derrama,
O del placer llevada suavemente
Del aura lisonjera,
En su imágen falaz ciega se inflama:
El bien mentido, qual verdad recibe,
Y de esperanzas y de sombras vive.
A la llorosa puerta de la vida
Nos acecha el error, con faz doblada
Riendo adulador, en aparente
Mentida luz su túnica esplendente:
Y una ancha senda de otros mil hollada
Con la siniestra mano señalando,
De su diestra fatal la nuestra asiendo
A ir en pos de la turba nos convida.
Luego el vicio nos hacen,
El pecho inocentillo al mal torciendo,

Entre la leche y el arrullo blando
Nuestros padres beber; y se complacen,
Si en ellos el hijuelo los remeda.
Vanidad loca, envidia pestilente
De su labio imprudente
Oye el niño; y estudia cuidadoso
Sin saberlo á ser vano y envidioso.
Viene el maestro, y en borrar se afana,
Si del primer candor aun algo queda,
Y aplausos coge por su ciencia vana.
De voces sin sentido
Del viejo Lacio nuestra mente abruma;
Y de autores haciendo larga suma
En su estéril saber desvanecido
Grita, contiende, opina,
De ignorados errores nos instruye,
Nada edifica, quanto mas destruye.
¡O instruccion saludable y peregrina!
La sociedad, fecunda engendradora
De culpas, de su mano nos recibe,
Y el veneno mortífero nos dora
Con ilustres exemplos.

En trono de oro al vicio nos presenta,
Que jactancioso sus victorias cuenta
De la inocencia ó la virtud mofada;
Consagra el interes; erige templos
Al placer indecente;
Y por ley el delito nos prescribe
Con firme voz de miles aclamada.
  Gritan luego irritadas altamente
Las infaustas pasiones, qual rabiosos
Opuestos huracanes,
Del mar en las llanuras despeñados;
Y el triste pecho en míseros cuidados
Dividen, y en anhelos congojosos.
Crece la edad, y crecen los afanes:
Trepar es fuerza á la escarpada cumbre
Del fastidioso, deleznable mando;
Y fuerza atesorar, por mas que gima
El infelice que el hogar me cede.
Quede la tierra, quede
De miles de cadáveres sembrada,
Y brille de laurel mi frente ornada.
  ¡Oh! ¡con que ciega furia se desvela!

¡Qual trabaja en su daño el miserable
Mortal! quanto suspira, quanto anhela,
Quanto á gozar llegó tras mil sudores,
Para su mal lo quiere.
Espinas en su seno son las flores.
Un instante agradable
De fugitivo dia
Luengos años le cuesta de agonía,
Si de sus vicios víctima no muere.
Del deseo al dolor, de otro deseo
A otro nuevo dolor sin cesar veo
Correr al hombre triste;
Sin que de tanto error, de tanto daño
Le corrija jamas un desengaño.
¿En que desórden tal, en que consiste?
¿El cielo en verle mísero se place?
¿O libre solo para el vicio nace?
Siguen los seres todos el camino
Por el dedo divino
Del Hacedor marcado. En raudo vuelo
Rodea la tierra al luminar del dia
Con ley igual por la region vacía.

Miles de soles el inmenso cielo
Sin tropezarse cruzan: crece hojoso
Con ornato florido y verde pompa
El árbol en el valle; y sabe diestro
Su alimento escoger, sin que le engañe
Un xugo extraño: en giro bullicioso
La abeja sin maestro
Juega en el prado, y con la débil trompa
Tambien sabe libar sus dulces mieles,
Sin que la flor mas delicada dañe.
Las avecillas fieles
De amor al blando impulso, quando llega
El ordenado plazo,
Unirse saben en felice lazo;
Y quando al ayre tímido se entrega
De su ternura el fruto, ya instruido
De quanto saber debe, surca el viento:
¿Y solo el racional, siempre perdido,
Qual ciego entre tinieblas irá á tiento?
¿El solo, esclavo de fantasmas vanos,
De funestos errores
Que abortó el interes, siempre en temores

Sus sueños mismos adorando insanos,
Dará en la tumba con su triste vida
Contando en cada paso una caida?
¿El fugaz punto que infeliz alienta,
El solo, él solo en cólera sangrienta,
En torpe gula, en avaricia infame,
En hinchada altivez y envidia triste
Gemirá aherrojado,
Por mas que austera la razon le clame?
¿En que transtorno tal, en que consiste?

Tú, Amintas estudioso, que apartado
Del liviano furor con que la corte
Hora se agita, en meditar te empleas
Tranquilo el ser humano al cierto norte
De la alma celestial filosofía;
Y á un tiempo te lastimas y recreas
Con su inconstancia y ceguedad: ¿qual, dime,
Del abismo de penas en que gime,
La causa puede ser? ¿que estrella impia
Su suerte va de la llorosa cuna
Hasta el sepulcro mísero rigiendo?

¿Porque el mal sigue siempre, el bien
queriendo?
En vano acusa la cruel fortuna,
Hacer pretende cómplices en vano
El hombre de su suerte á las estrellas.
El grande Ordenador dexó en su mano
El bien y el mal: las huellas,
Qual el alado poblador del viento
Que en él se pierde á su placer exênto
Torna libre do quiera que le agrada;
Y si triunfante rie el apetito,
Y gime la razon abandonada,
Suyo ha sido el querer, suyo el delito.
No infame pues á la verdad, si yerra:
Si en pago de una osada confianza
Se ve del mar sorbido con la nave,
Que fué ocasion á su desdicha grave:
Si á desastrada guerra
Le arrebató la voz de la venganza;
O si en lecho de espinas los ardores
De un loco amor expia entre dolores.
Presta, iluso mortal, presta el oido,

Si de verdad anhelas ser dichoso,
De la razon al grito repetido,
Y sus avisos sigue religioso.
Firme le cierra al seductor acento
De las pasiones: ni el antojo vano
Tu pecho agite en soplo turbulento;
O des la rienda á un desear insano.
En tu fugaz carrera
Dexa al cuidado de tu Autor divino,
Pues él solo lo alcanza, tu destino,
Y de su diestra tu ventura espera.
No á agena potestad tu suerte fies:
Ni del vicio en lss sendas te desvies,
Porque no gozarás ni el alto empleo,
Ni el fresco rosicler de la hermosura
Tras quien tan loca tu pasion se afana,
Si lidia en ciega guerra tu deseo;
Que á la rosa mas pura
De su ámbar dulce y delicada grana
Priva el delito, y pavoroso abismo
Hacer puede de horror al cielo mismo.

Entra pues, entra en ti: con detenida

Observacion estúdiate á la lumbre
De la augusta verdad; y cuerdo aprende
Los altos fines de tu presta vida.
Que quien su pecho enciende,
Quien su divino ser, no la grandeza
Siervo de vil costumbre,
Fixa en el baxo, miserable suelo:
Ni á los pies gime de la infiel belleza;
Y libre en el oprobrio y las prisiones,
Con frente excelsa en comtenplar se place
Su faz torva al tirano sin recelo,
Por mas que muerte indigna le amenace.
  Rico en sublimes dones,
Del Padre soberano
La omnipotencia sabia
Te dió á la comun luz: quanto debiera
Para hacerte feliz, tanto pusiera
Pródigo en sus bondades á tu mano.
Tu labio querellándose le agravia
Con necedad sacrílega, y pidiendo
Al ser tuyo atributos no debidos,
La severa razon desatendiendo

Se fatiga en inútiles gemidos.
¿A esta razon divina, qué prefieres
De quanto el cielo inmensurable encierra,
Y la ancha faz adorna de la tierra?
¿Todo á tu bien con ella no refieres?
¿Su luz hasta el gran Ser no te encamina
De ente tanto la escala peregrina
Siguiendo? ¿no le ves en el lumbroso,
Ardiente Sol sentado?
¿De la nube en el rayo arrebatado?
¿De la noche en el velo misterioso?
Cultiva pues esta razon, si anhelas
Al verdadero bien: á su luz pura
Solícito nivela tus acciones,
Y la ardua senda de virtud emprende,
Que en tu esfuerzo se libra tu ventura.
La pompa por que insano te desvelas,
Generoso abandona; y cuerdo entiende,
Que el Grande, siervo vil de las pasiones,
Por mas que en su palacio suntüoso,
Do á inmensas sumas su fastidio encierra,
El oro le deslumbre, y lisonjero

Aparato de tímidos clientes,
Inútil á la tierra,
Si la verdad lo juzga, es el postrero
De todos los vivientes;
Y el pobre, quanto obscuro virtuoso,
Que el pan divide en su sudor regado
En mesa humilde á un esquadron de hijuelos,
De mísera fortuna ultraje triste;
Honor del ser humano, y de los cielos
Por los Angeles mismos acatado,
Con ellos en dichosa compañia,
Por mas, Aminta, que en la tierra asiste
Goza del claro empíreo la alegría.

DISCURSO III.

Orden del Universo, y Cadena admirable de sus seres.

¡Desfallece mi espíritu la alteza
De tu ordenada fábrica admirando,
O inconcebible, ó gran Naturaleza!
Los ojos subo al cielo; y rutilando

Soles sin cuento en tronos de oro veo
Sobre mi frente atónita girando.
Loco anhela alcanzarlos el deseo,
Sus pasos acordar, hallar curioso
Su final causa y soberano empleo.
Afanase sin fruto; y silencioso
Solo adora al gran Ser que bastó á echarlos,
Qual polvo en el espacio luminoso.
Su excelsa diestra alcanzará á pesarlos:
Su dedo á demarcarles el camino;
Y su inmenso saber podrá contarlos.
¡ Syrio ! ¡ brillante Syrio ! ¿ Mas vecino
Como no estas á mí ? ¿ porque no siento,
Qual el del Sol tú resplandor benigno?
¿ Y tú, Sol, Rey del dia, dó alimento
Para tu luz recibes? ¿ quien, di, guia
La tierra en torno de tu inmoble asiento?
La blanca Luna en la tiniebla fria
Rige su rueda en esplendor velada,
Qual Diosa augusta de la noche umbría.
¡O ! ¡ qual va silenciosa! ¡quan callada
Con cetro igual la esfera enseñorea,

Aunque á la negra tierra torne atada!
Vénus allí graciosa se pàsea;
Y á distancias sin fin entre sus lunas
Tibio el cano Saturno centellea.
¿A que le alumbran cinco? ¿acaso algunas
Vanas le son? ¿á tu pausado giro
Porque siempre, astro infausto, las adunas?
Miéntras mas lo medito, mas me admiro:
La mente en calcular se desvanece;
Y entre horror santo ciego me retiro.
Mas todo hubo su fin, do resplandece,
Jovino, sabio el Númen: concertado
Todo está: el orbe una cadena ofrece
De inmensos eslabones al callado
Meditador: estúdiala; y humilla
La frente ante el Señor que la ha formado.
Ni en el átomo tenue ménos brilla
Que en el disco del Sol: si mas subieres,
Tu pasmo crecerá en su maravilla.
Do quier te vuelvas, por do quier que fueres

Un órden has de hallar; pero abarcarle
Jamas, jamas con la razon esperes.
Acuérdome que el cielo (aun no mirarle
Supiera bien, ni en mi pueril rudeza
Con la atencion de un sabio contemplarle)
Un tiempo me elevaba en su belleza,
Y las horas absorta entretenia
Del alma alada la fugaz viveza.
¡Quan ledo en medio de la noche umbría
Sobre la muelle yerba reclinado
Sus lámparas sin fin contar queria!
Por el éter inmenso extraviado,
De astro en astro vagando, aquel forjaba
Mayor, el otro en luz mas apagado.
Las tiernas flores que mi cuerpo hollaba
En ámbar me inundaban delicioso:
De léjos triste el ruiseñor trinaba.
La soledad augusta, el misterioso
Silencio, las tinieblas, el ruido
Del aura blanda por el bosque hojoso
Me llevaban en éxtasi embebido;
Y un supremo poder engrandecia

Mi espíritu del vil lodo desprendido.
En medio yo impaciente me decia:
¿ Que no haya de alcanzar , como á moverse
Bastan ? ¿ que reglas guardan ? ¿quien los guia?
¡ Señor! ¡ Señor !... la esfera esclarecerse
Sentí ; y alada Inteligencia pura
A mis curiosos ojos ví ofrecerse.
Con un cendal de celestial blancura
Los tocó : y sonriendo cariñosa,
Mi helado pecho plácida asegura.
Alza , dixo , á la bóveda lumbrosa
La vista ; y los milagros considera,
Do se extremó la diestra poderosa.
Alcéla , y ver logré la inmensa esfera,
Y el paso de las lumbres eternales
En su perenne , rápida carrera.
¡ Que de globos ardientes ! ¡ que raudales!
¡Que océanos de luz ! ¡ que de ostentosos
Soles , del claro empíreo altos fanales!
De maravilla tanta codiciosos
Mis atónitos ojos se perdian

Del espacio en los términos dudosos.
Mas alcanzar aun ciegos no podian,
Porque en órbita tanta diferente
Tan desiguales todos discurrian.
Tocó otra vez mi vista su clemente,
Divina diestra; y considera, ó ciego,
Tornó á decir, la bóveda esplendente,
Que el Excelso atendió tu humilde ruego,
Y en este punto el velo ha levantado;
Y envuelta desparece en santo fuego.
Yo ví entónces el cielo encadenado;
Y alcancé á computar porque camina
En torno el Sol Saturno tan pausado.
¡O Atraccion! ¡ó lazada peregrina,
Con que la inmensa creacion aprieta
Del sumo Dios la voluntad divina!
Tú del crinado, rápido cometa
A el átomo sutil el móvil eres,
La ley que firme ser á ser sujeta.
Recorre el globo: ¿al cielo volar quieres?
Trepa pues: sonda el mar: la mente activa
Cala al abismo de ignorados seres;

La hallarás siempre estar obrando viva:
La atmósfera apremiar: llevar riendo
El aura por los valles fugitiva.
Los ciegos senos de la tierra hundiendo
Labrar lagos anchísimos, las fuentes
De los eternos rios disponiendo.
Y con brazos tajando omnipotentes
Rocas y abismos, próvido camino
Dispensar á sus rápidas corrientes.
Hacer que suba en modo peregrino
La sabia, erguido roble, á tu corona;
Y alzar su helada frente al Apenino.
Muy mas activa en la abrasada zona
La espalda á el mar ondísono agitando
En grillos de arenillas lo aprisiona.
El trono al Sol asienta descansando
En sus planetas, y ellos en él á una
La mas subida proporcion guardando.
Miéntras de otro sistema este es columna,
Y firme á un tiempo en otro se sostiene,
Y otro sobre otro sin mudanza alguna:
Hasta llegar al Númen de quien tiene

Su ser el universo ; y la balanza
En su potente diestra igual mantiene.
¡ O inmensa sucesion , á que no alcanza
Saber mortal ! ¡ó variedad estable,
Grande aliento á la tímida esperanza!
Sí , sí , Jovino ; el Bueno , el Inmutable,
El Poderoso , el Sabio quanto hiciera,
Lo enlazó en nudo y órden inefable.
Todo es union : la parte mas ligera
De impalpable materia al Sol luciente
Sostiene , y carga en su inexhausta
hoguera.
Nada hay que no sea efecto , y juntamente
Causa no sea : igual el vil insecto
Cabe el gran Dueño al Querubin ferviente.
En su inmenso saber no hay MAS
PERFECTO.
Vió , quiso , obró ; y á cada ser ha dado
Virtud con relacion á su alto objeto.
Esas mínimas formas que ha creado
Al parecer sin fin , ruedas son leves
Que altamente en las otras ha engastado.

Tal en lago sereno cercos breves
Forma al caer la piedra: van creciendo;
Y atónito á contarlos no te atreves.
Quita la mas sutil; y estoy temiendo
Ya el todo en desunion: una le aumenta;
Y un órden diferente voy sintiendo.
Esa que en nada tu ignorancia cuenta,
En nudo firme á otra mayor se unia;
Y otra aun mayor sobre las dos se asienta.
¿Que? ¿el granillo de arena que corria
No ha nada en el torrente cristalino
De sus ondas á arbitrio, un fin tendria?
¿Solo tampoco está? No: del vecino
Monte al llano baxó: si él no exîstiera,
Tampoco el monte, ni el favor benigno
Que útil dispensa á una provincia entera
Con la nevada frente y fértil rio,
Que del nace sesgando en la pradera.
Quando las aguas que el Diciembre frio
Tornó en blancos vellones, mas clemente
Desata Abril en líquido rocío,
El bullendo entre peñas mansamente

Se apresura por dar frescor y vida
A el valle desmayado en sed ardiente.
Besa las florecillas de corrida;
Y en su cristal el álamo pomposo
Dobla por verla su corona erguida.
Turbio tal vez y con rumor fragoso,
Arboles, chozas, mieses arrebata
Anegando los surcos espumoso.
Rompe puentes, aceñas desbarata;
Hasta que en brazos del antiguo océano
Se hunde, y su húmida planta humilde
acata.
Próvido empero con abierta mano
De fértil limo hinchó su señorio,
Que el suelo vivifica comarcano.
¿Mas al cabo el granillo?....Al poderío
Del rubio Sol en tierra transformado
Lo verá espiga algun tostado Estío,
Y pan despues de un sabio que al Estado
Leyes dé acaso; y rija virtuoso
Un pueblo á sus vigilias confiado.
¡O Jovino! ¡Jovino! ¡que asombroso

El universo es! ¡oh! ¡quien pudiera
Lince indagar su abismo tenebroso!
Ve la materia inánime, grosera
Agitándose activa, hasta encumbrarse
De su nobleza en la superna esfera;
Cocerse el Oro: el Talco organizarse:
La Sensitiva de la mano huyendo;
Y el Pulpo tras la presa audaz lanzarse.
Llega al reyno animal, si en su estupendo
Orden, su graduacion, sus perfecciones
Un religioso horror no estas sintiendo.
¡O quantos! ¡quan trabados eslabones
Desde el sutil, incalculable Insecto
Al Crustáceo encerrado entre prisiones:
De este al torpe Reptil ya mas perfecto,
O al mudo Pez en sus familias raras,
Bruñida escama y portentoso aspecto!
¿Que? ¿en el inmenso Leviatan te paras
De horror lleno? Un exército volante
Turba ya el ayre en trinos y algazaras.
Ven, no fugaz escape: del gigante,
Libio Avestruz al Mosca matizado,

De la Tórtola al Buytre devorante,
  Del Cuervo al Colorin, del tachonado
Pavon al triste Buo ¿á quien la suma
De especies tantas recorrer fué dado?
  En índole, color, grandeza, pluma,
Organos, fuerzas, voz, ¡quan sabiamente
Ostentó el Númen su largueza suma!
  ¿Y habrá quien no la admire? ¿quien demente
Los fines niegue; ó que su diestra santa
Quanto él pudo tener dió á cada ente?
  De Filomena el trino su garganta
Pide, y húbola en dote: ala ligera
La Garza audaz que al cielo se levanta.
  Tal tuvo, y demandara la Onza fiera
Suelta garra; y la Liebre temerosa
Vencer al viento en su fugaz carrera.
  Ni si en familia ménos numerosa
Cede en órden el Bruto, ni hermosura
A la turba en las auras vagarosa.
  Crece la perfeccion; y en su estructura
Va la sustancia orgánica en el suelo.

Feliz rayando en su mayor altura.
  Genio inmortal, que con sublime anhelo
Su abismo tenebroso has indagado,
Alzando un tanto al universo el velo,
  Ven; ¿di las perfecciones que has hallado,
Buffon, en cada qual? ¿dime el destino
Que en la escala animal le has señalado?
  ¿Qual órden la materia, que camino
Desde el feo Murciélago asqueroso
Sigue hasta el Pongo, al hombre tan vecino?
  El sagaz Elefante, ese coloso
Animado, y tras él, Jovino, mira
El Raton en su nido cavernoso.
  Del rugiente Leon, que ciego en ira
Por los desiertos de la Libia ardiente
Con grave paso cernejudo gira;
  Baxa del Corderillo á la clemente
Mansedumbre, que lame la impia mano
Que alza el cuchillo á herirle ferozmente.
  Sube del Asno rudo al soberano
Instinto del Castor, en ser dudoso,
Sabio arquitecto á un tiempo y ciudadano.

Compara ser á ser : maravilloso
Qualquiera en sí, con el inmenso todo,
Jovino, aun lo hallarás mas milagroso.
¿Qual divino saber bastó á dar modo
A tanta relacion? ¿quien tan distinto,
Quien tornar pudo un mismo inerte lodo?
Desde el órden supremo del instinto
Va lenta la materia descendiendo
En vario, sinuoso laberinto
Al primer elemento: ¿como siendo
Una en sí misma á distinguirse empieza,
La primitiva sencillez perdiendo?
¿Qual es su último grado de rudeza?
¿Y si el fuego es su esencia, en pura nieve
Como se torna?.... ¡inapeable alteza!
¡Abismos del gran Ser, si á ello se atreve,
Miéntras yo reverente vos adoro,
El puro Querubin sondaros pruebe!
Entre el ojo y la luz, entre el sonoro
Ayre y mi oido fines, fines ciertos veo:
¡Como obrar puedan, asombrado ignoro!
Solo ofrécese un ser: sagaz rastreo

Su esencia y calidades; ya le admiro
En relacion cumplida con su empleo.
  Cada qual es un centro de do tiro
Líneas á los demas: ninguno exîste
Sin que otro exîsta en no finible giro.
  El árbol que de pompa el Mayo viste,
Debe al hombre su fruto perfumado;
Y ántes á seres mil próvido asiste.
  Da en sus hojas un pueblo alimentado
De insectos, de aves otro con la fruta;
Y he allí el punzante Erizo aun va
cargado.
  De la tierra el humor su pie disfruta;
En torno empero en su agostada hoja
Calor Noviembre y sales le tributa.
  La undosa lluvia apaga la congoja
De la tierra; y del monte en la agria frente
Benéfica la nube á par se aloja.
  Su seno esconde el mineral luciente,
De la insomne avaricia vil cimiento;
Y alli baxó á labrarle el Sol ardiente.
  ¿Donde hallarémos fin, do tome asiento

Tan vasta sucesion? Acaso el hombre....
Un noble orgullo en tu interior ya siento,
Apenas resonó tan alto nombre;
Y solo para ti crédulo esperas
Que Mayo en flores mil el campo alfombre:
Los vientos surque el ave con ligeras
Alas: discurra por la selva el bruto;
Y alumbren soles tantos las esferas.
De todo excelso fin, justo tributo
Todo al hombre dará, que ha merecido
La divina razon en atributo.
Sí, sí; que él solo ¡ó dicha! es admitido
A la inmortalidad: solo en su seno
El Númen su alto ser dexó esculpido.
Lo demas es vil lodo: él ve lo bueno,
Adora la virtud, lidia, merece,
Y á su Autor se unirá de gloria lleno.
¿No es, Jovino, verdad? ¿no se engrandece
Tu genio á cima tan gloriosa alzado?
Mas ya otra nueva escala aquí se ofrece.
Ven; subámosla á par. El hombre atado
El espíritu al barro nos presenta

Con nudo estrecho sí, mas ignorado.
  El crece con la planta, y se alimenta:
Se mueve qual el bruto, siente y vive;
Y en querer y entender Angel se cuenta.
  Goza el alma el deleyte que recibe
La nariz en la rosa: el alma ordena;
Y el brazo á obedecerla se apercibe.
  Si la mente se angustia, desordena
Del cuerpo las funciones: si él padece,
Siente el ánimo á par su acerba pena.
  ¡Que de misterios un misterio ofrece!
¿Donde se obra esta union? ¿quando? ¿al formarse
El hombre? ¿y como con su fin fenece?
  En ciegas conjeturas fatigarse,
Sabios gritar, escuelas reñir veo;
Y tercos no entendiéndose impugnarse.
  La causa ocasional colma el deseo
Del uno: la armonía á aquel agrada;
Y otro al físico influxo da este empleo.
  Natura en tanto en magestad velada
Sigue en nuevos milagros; y escarnece

Del saber vano la arrogancia hinchada.
  Uno es el hombre: ¡pero qual le ofrece
El Senegal ardiente, el bezo alzado,
Llana la faz que al ébano obscurece!
  ¡Que hay entre este comun y el bien formado,
Rubio Aleman? el Patagon compara
Al Samojedo torpe y abreviado.
  Ve el feo Albino; y la belleza rara
Que á un vil serrallo en tráfico afrentoso
Vende en Bizancio la Georgia avara.
  Del Hotentote indócil, asqueroso,
Pasa al Frances social y delicado,
Del Indio inerte al Bátavo industrioso.
  ¡Que extraña variedad! ¿donde ha empezado?
¿Quantas sus formas son? ¿donde natura
Pone el primero, fixa el postrer grado?
  Corre de pueblo en pueblo: la estatura,
Color, aspecto, voz, uno se ofrece;
Y á hallar vienes al fin otra figura.
  El mismo el tipo, sí; ¿mas lo parece

Al que á un tiempo sagaz el hombre mira
Que baxo el polo y cabe el Ganges crece?
Aun mas extraña variedad se admira
En la forma mental. ¡ Oh! ¡que desprecio!
¡Oh! ¡ que respeto celestial me inspira!
Contemplo al gran Neuton ; y no hallo precio
Para la humanidad : torno la mente
Al rudo Huron ; y aun mas la menosprecio.
De la patria en el ara heroycamente
Se ofrece el gran Leonidas ; Catilina
Corre á incendiarla en su furor demente.
Sustituyó Lucrecia á Mesalina;
Y á Tito, las delicias de la tierra,
El monstruo parricida de Agripina.
Aquí el hombre en sus cálculos encierra
La fuga del cometa en el vacío;
Y contando allí seis perdido yerra.
Miéntra en el mármol rudo el poderío
Sentir del Phitio númen me parece,
Extático en su augusto señorío;
El Africano estúpido me ofrece

De informe lodo la deidad mas fea;
Y en su arte igual á Fidias se envanece.
Un fútil vidrio al Iroqués recrea,
Si absorto Galileo en su ingeniosa
Lente en el cielo inmenso se pasea.
Hora en paz blanda, en sociedad dichosa
Este ser libre de comun concierto
Rinde á la ley su independencia odiosa;
Negándose hora al yugo con pie incierto
Vaga en las anchas selvas; y de un Oso
A distinguirle en su rudez no acierto.
Ya la diestra bendice religioso
Que ordenó el universo, allá elevado
Do alzó el Señor su trono misterioso;
Y corre de su lumbre encaminado
Qual fixo norte al lauro inmarcesible,
Que en el Eden eterno le ha plantado.
Ya sumido en tiniebla inconcebible,
Doblando la vil faz al baxo suelo,
Al grito de su ser, sordo, insensible,
El Dios que le pregonan tierra y cielo
Desconoce; ¡oh dolor! ¡y qual la fiera

La fatal hora afronta sin recelo!
¿Es este el hombre mismo? ¿tu severa,
Profunda reflexîon al contemplarle
Tan desigual, tan vario lo dixera?
He aquí el órden, Jovino: el que al formarle
Rey le alzó de la tierra en su nobleza,
Sabio acordó á sus climas apropiarle.
Perfecto aquí, del polo en la aspereza
Le vistió su rudez, en el ferviente
Congo la tizne con que el Sol le ateza.
El mismo siempre y siempre diferente:
Del placer y el dolor á par movido,
El bien ansia, y á obrarlo es impotente.
Compasivo en tu ser, corre á un gemido:
Culpado tiembla; y con severo acento
La olvidada razon truena en su oido.
Este es el hombre, en su inmortal aliento
Imágen de su Autor, que la estructura
Del orbe abarca en su hondo pensamiento.
¿Y quien desde él la inmensurable altura
Que corre hasta el gran Ser trepará osado,

Y de una en otra Inteligencia pura?
¿Quien desde la inferior al abrasado,
Mas alto Serafin las perfecciones
Intermedias dirá?.... ¿quien lo ha tentado?
Un santo velo sus sublimes dones
Envuelve misterioso á nuestra mente,
Ciega en mil insondables opiniones.
Mas iguales no son; ¡quien diferente
Formó un átomo y otro, recogiera
Con el Angel su diestra omnipotente!
Acaso alguno absorto considera
¡Suerte inefable! del Señor el seno;
Y en él la creacion abarca entera.
Otro tal vez de encogimiento lleno
Ménos verá sin desigual ventura,
En paz eterna de zozobra ageno;
O á par que otro de un mundo se apresura
La suerte á moderar, otro al destino
De mil puede regir en paz segura.
Todos cantando en arpas de oro el trino,
Con que al Santo de santos, de esplendores
Velado, acata el esquadron divino:

Bebiendo entre purísimos amores
De eternal vida en la inexhausta fuente
Sin ver jamas templados los ardores.
¡O dicha! ¡ó pasmo! ¡ó diestra omnipotente!
¿Quien bastará á ensalzarte¿ ¿quien la alteza
Jamas vió de tus obras dignamente?
¿Quien ¡oh! de tanta, tan distinta pieza
Sintió la proporcion? ¿quien la armonía
De ser tanto, sus fines, su belleza?
Me confundo, me abismo: el alma mia
Se pierde, una flor sola contemplando,
Una de quantas Mayo àlegre cria.
¿Que será? ¿que? si al cielo el vuelo alzando
Ve tanto sol y mundo allá esparcido,
Sobre un centro comun sin fin girando;
Y este y ellos, y todo dirigido
Por una sola ley, y acaso en ellos
Millones de entes....¿donde voy perdido?
¿Mas que? ¿el gran Ser no es poderoso á hacellos?

¿Es de su saber sumo acaso indigno?
¿A que ese cuento de luceros bellos?
 ¿Solo á la tierra don tan peregrino,
Inexhausto fulgor?...Pues que no alcanza,
Jovino, la razon su alto destino,
Ansieles otro al ménos la esperanza.

EPISTOLAS.

EPISTOLA I.

Al Excmo. Sr. Principe de la Paz, primer secretario de estado: Exhortando a su Exc. a que en la paz continue su proteccion a las ciencias y las artes.

En alas de la pública alegría
Por la anhelada paz, de gozo llena
A vos llega feliz la musa mia.
Disculpadla, Señor, si acaso agena
De un delicado acento cortesano
Ruda os saluda, si de afecto llena.
Benigno sois, y miraréis humano
A quien solo agradaros fiel procura,
Y en vuestro nombre se complace ufano.
Del congojoso mando en la amargura
Las dulces Musas que atendais os deban
Alguna vez su armónica dulzura:

Las celestiales Musas, que nos llevan
En mil nobles ficciones embebidos
A el alto cielo, si su canto elevan;
O halagándonos blandas los oidos
Saben la vida ornar de alegres flores,
Y hacer gratos del triste los gemidos.
Magas divinas, que colmar de honores
Pueden á un tiempo á quien su plectro suena,
Y á sus tonos responde con favores.
Asi dura inmortal, de olvido agena,
La memoria de Augusto y su Valido;
Y el nombre Mediceo el orbe llena.
Llamadlas pues al premio merecido,
Y que las bellas Artes reanimadas
Salgan tambien de su infeliz olvido.
Vedlas ir desvalidas, desoladas
Demandando el amparo con que un dia
De gloria se gozáron coronadas.
Dadselo vos; y todas á porfia
Vuestro alto nombre por el patrio suelo
Celebrarán en himnos de alegría.

El cincel, el buril con noble anhelo
Al bronce vida den y al mármol rudo:
Y el compas mida el ámbito del cielo.
  Aun mas que protector sed firme escudo
De quantos sigan, Príncipe, sus huellas,
Que el ingenio sin vos se encoge mudo.
  Un tiempo fué feliz, que á las estrellas
En sus brillantes alas sublimado,
Pudo inflamarse entre sus luces bellas,
  Y allí tal vez de la Deidad tocado
Imaginó, creó; y osadamente
Logró seguirla en su inmortal traslado:
  Atinando la ley con que la ardiente
Llama del Sol á Júpiter camina,
Y alza la Luna su nevada frente:
  O al suelo de la esfera cristalina
Baxando, al hombre en su extension perdido
De las ciencias mostró la luz divina.
  Mas hoy mísero yace; y oprimido
Del error gime y tiembla, que orgulloso
Mofandole camina el cuello erguido.
  No lo sufrais, señor; mas poderoso

El monstruo derrocad que guerra impia
A la santa verdad mueve envidioso.
  En la España feliz su fausto dia
Lucirá puro, qual el orbe llena
De vida el rubio Sol y de alegría.
  Es la civil prudencia una cadena
Que enlazada en mil modos altamente,
El seso mas profundo abarca apena.
  La antorcha de las ciencias esplendente
Por ella entre arduos riesgos nos dirige
Del comun bien á la dichosa fuente.
  Del prudente varon la mente rige
Solicita en pos dél; y en su carrera
Hace que el pie jamas dudoso fixe.
  Que atienda dócil la verdad severa;
Y ansiando aplausos de la dulce fama
Al grito ria de la envidia fiera.
  Adiéstrale á calmar la infausta llama
De las pasiones; ó servir las hace
Del pueblo al bien, que su veneno inflama.
  De adulacion la máscara deshace:
El pecho humano á conocer le enseña;

Y con la paz y la virtud se place.
  Quien sus avisos útiles desdeña,
Juguete de la suerte desgraciado
En mil tristes errores se despeña.
  Miéntras quien como vos arde abrasado
En su amor puro, y el oido inclina
De su labio al concento regalado;
  En la llorosa tierra la divina
Esencia semejando, venturoso
Sobre las almas por su bien domina:
  Y qual se rige en órden misterioso
Este inmenso universo, y blandamente
Se acuerda y gira en círculo armonioso:
  La florida estacion, el Can luciente,
La escarcha ruda del Enero umbrío,
El rápido uracan, el rayo ardiente,
  La grata lluvia, el líquido rocío,
Todo concurre á la comun ventura,
Y ostenta del gran Ser el poderío:
  Asi un sabio Ministro el bien procura
Universal al pueblo confiado
A sus luces y próvida ternura.

Todo á este bien dirígelo acertado:
Sabe aun del mismo mal sacar provecho;
Mientra el pueblo que rige afortunado
Le aclama Padre, en lágrimas deshecho.

EPISTOLA II.

Al Sr. D. Gaspar de Jovellanos, del consejo de S. M. en el de las ordenes:

Dedicandole el primer tomo de poesias el año de MDCCLXXXV.

A ti, querido amigo, las primicias
Ofrece de su voz mi blanda musa,
En prenda cierta de su amor sencillo.
A ti ofrece sus versos, dulce fruto
De la alegre niñez, juegos amables
Que en las orillas del undoso Tórmes
Canté algun dia entre Dorila y Filis
Para templar mi llama, y sus oidos
Regalar con la plácida armonía.
A ti, querido amigo, los consagra,

Qual suele al padre el inocente hijuelo
Con los dones brindar, que su oficioso
Afecto le procura. Tú alentaste
Mis primeros conatos; y el camino
Me descubriste en que marchar debia.
El ardiente Tibulo, el delicado
Anacreon y Horacio á la difícil
Cumbre trepáron por aquí; sus huellas
Sigue, dixiste, síguelas sin miedo,
Que Amor y Febo al término te aguardan,
Para ceñir tu sien de lauro y rosas.
Quise empezar; y tú con diestra mano
El templado laud poniendo al pecho
Mil armónicos sones repetias,
Enseñándome á herir las dulces cuerdas;
O si tal vez cobarde recelaba,
Tornar me hiciste á la labor difícil
Con poderoso ruego. A ti debidos
Los frutos son de mi sudor: tú solo
Puedes ser su defensa y firme amparo.
Otros, Jovino, cantarán la gloria
De los guerreros, el sangriento choque

De dos fieros exércitos, los valles
De sangre y de cadáveres cubiertos;
Y la desolacion siguiendo el carro
De la infausta victoria: horrendas, tristes
Escenas de locura que asustada
Mira la humanidad. Otros el vicio
Hiriendo con su azote, harán que el hombre
De sí mismo se ria: ó bien al cielo
Su tono alzando explicarán las leyes
Con que en torno del Sol la tierra gira,
Quien la luz lleva hasta Saturno, ó como
Del desórden tal vez el órden nace,
Y este gran todo invariable exîste.
  Mi pacífica musa, no ambiciosa
Se atreve á tanto: el delicado trino
De un colórin, el discurrir süave
De un arroyuelo entre pintadas flores,
De la traviesa mariposa el vuelo,
Y una mirada de Dorila ó Filis,
Un favor, un desden su voz incitan;
Y reclinado en la mullida yerba
Tranquilo ensayo mil alegres tonos,

Que el valle escucha, y que remeda el eco.
Tú miéntras tanto al Tribunal augusto
Subes, Jovino; y desde el alto Escaño,
Organo de la ley, sus infalibles
Oráculos anuncias. A tu diestra
Gozosa la Justicia los atiende;
Y á los pueblos la Fama los pregona.
La santa humanidad y el amor patrio
Tu pecho encienden y tus pasos guian;
Y como activo el fuego su ardor presta
A quanto toca, el duro bronce ablanda,
Y todo en sí lo vuelve; así tu zelo
De tan clara virtud y amor guiado,
Por los sabios liceos se difunde:
La feliz llama en sus alumnos prende;
Y Madrid goza los opimos frutos
De tu constante afan. ¡Oh! ¡que de veces
Mi blando corazon has encendido,
Jovino, en él; y en lágrimas de gozo
Nuestras pláticas dulces feneciéron!
¡Que de veces tambien en el retiro
Pacífico las horas del silencio

A Minerva ofrecimos, y la Diosa
Nuestra voz escuchó! las fugitivas
Horas se deslizaban; y embebidos
El Alba con el libro aun nos hallaba.
¿Pues que, si huyendo del bullicio insano
En el real jardin?.... ¡Adonde, adonde
Habeis ido, momentos deliciosos!
¡Disputas agradables, do habeis ido!
Tú me llevaste de Minerva al templo,
Tú me llevaste; y mi pensar, mis luces,
Mi entusiasmo, mi lira todo es tuyo.
Borra, tilda, corrige, perfecciona
Lo que empezaste; y de una vez se sepa
Que tú has sido mi Númen ¡ó Jovino!
Y que hijos son de tu amistad mis versos.
¡Oh! ¡quan alegre el corazon publica
Esta dulce verdad! ¡como se goza
Mi tierna gratitud en confesarla!
Sí, tú volviste á mí, quando ignorado
Yacia y sin vigor en noche obscura
Mi inculto númen, los clementes ojos
Con que las Artes y el ingenio animas:

Tú extendiste la mano generosa
Para alzarme á la luz ; y mi maestro,
Y mi amigo, y mi padre ser quisiste.
Yo desde entónces qual la tierna planta
Del hortelano á los desvelos crece,
Fruto de su cultivo y sus tareas,
A sentir, á pensar por ti enseñado,
Obra soy tuya, y de tu noble exemplo:
Y tuyos son mi nombre y mis laureles.
Si oso tropar al templo de la Gloria
Con generoso ardor: si repetidos
Son de mi lira los acordes tonos
Por nuestros descendientes ¡ quan süave
Mi gratitud ha de sonar entre ellos!
¡O alegre dia! ¡ ó venturoso punto,
Aquel en que se uniéron nuestras almas
En tan estrecho y delicioso lazo!
Un pensar, un querer, un gusto, un genio,
Una ternura igual, un modo mismo
De ver y de sentir ; todo pedia
Esta union, ó Jovino : todo dobla
Cada dia su encanto, y la hará eterna.

¡ Indulgente amistad, placer divino,
Remedo acá en la tierra de la pura
Felicidad de los celestes coros,
Fuente de todo bien, apoyo firme
De la santa virtud! tú sola puedes
Amable hacer la vida, y deliciosa
Nuestra exîstencia triste: ven, inflama
A Batilo y su amigo; y que los hombres
De ti tomen exemplo en ellos solos.
Tú mis versos dictaste, tú me inspiras,
Y hoy al dulce Jovino les ofreces:
Tú los conserva favorable y guarda
A los lejanos siglos, porque sean
Muestra de tu poder; y a los mortales
Nuestros nombres y amor eternos digan.

EPISTOLA III.

AL EXCMO. SR. D. EUGENIO DE LLAGUNO Y AMIROLA

EN SU ELEVACION AL MINISTERIO DE ESTADO Y DEL DESPACHO UNIVERSAL DE GRACIA Y JUSTICIA.

En fin mis votos el benigno cielo
Oyó, querido Elpino, y sus anuncios
Felices mi amistad colmados goza.
Te ve en la cima del poder, al lado
Del trono moderar de la alma Themis
Las sacrosantas riendas, de la Patria,
De la virtud, el mérito y las letras
En comun beneficio: la alegría
Oye del pueblo al repetir tu nombre,
Tu modesta virtud, tu zelo ardiente:
Y en su entusiasmo á las amigas Musas
Ve coronadas de laurel sagrado,
Qual suyo celebrar tan fausto dia,

Apolo en medio á su vihuela de oro
Cantando en voz divina tus loores:
Tus loores, Elpino; de las letras
El imperio feliz, de la justicia,
De la blanda equidad, de las virtudes.
Sí, Amigo, amaneciόles claro un dia;
Amaneció á la Patria, que gozosa
De ti anhela su gloria y su ventura.
No ya escusarse tu modestia puede:
Ni de tu pecho al generoso impulso
Negarte es dado; óyela, y mil hijos
Cuyo celo y saber su cetro tornen
A su antiguo esplendor, dale oficioso.
Tú los conoces, ó á crearlos bastas;
Qual el ardiente Sol abre fecundo
El seno en Mayo á mil alegres flores.
Tu genio, tus avisos celestiales,
Tu exemplo los formó; tras ti trepáron
Al desdeñado templo de las Musas:
De ti oyeran del Pórtico y Liceo
Los nombres venerandos; y les diste
Que dóciles gustasen las lecciones

Del morador de Túsculo eloqüente.
Tú de la Musa de la historia amantes
Los hiciste tambien ; y ante los ojos
De la olvidada Iberia les pusieras
Con docto afan los polvorosos fastos.
Las artes hechiceras con el dedo
Les señalaste ; y los encantos nobles
Del cincel, del buril, del engañoso,
Animado pincel por ti preciaran.
Cortesano, Filósofo, Ministro,
A un tiempo todo, y para todos fuiste.
¿Quien si no te buscó? ¿ quien á tu lado,
Si te escuchó feliz, (siempre en la dicha
Hallándote ocupado de los pueblos,
O en útil ocio con las dulces Musas)
No se inflamó en anhelo generoso
Por trepar á la cumbre do Sofía
Y alma Virtud inacesibles guardan
A los vulgares ojos sus misterios?
¿O quien gozó qual yo de esta ventura?
Tierno muchacho en su divina llama
Tocado el pecho te busqué, y tú blando,

A mi rudeza descender quisiste,
Y con diestra oficiosa mis dudosos
Pasos guiar en la dificil senda,
Ora alentando mi cobarde musa,
Ora su voz formando á la armonía
Del hispano Laud, tan bien pulsado
Del dulce Laso y el divino Herrera;
Y ora inflamando el desmayado aliento
Con el laurel de inmarcesible gloria,
Que en la remota edad por premio justo
Guardado á anhelo tanto me mostrabas.
¿Con que tornar mi gratitud sencilla
Podrá tales oficios? ¿donde voces
Hallar que llenen los afectos tiernos
De mi inflamado corazon? Amigo,
Querido amigo, generoso padre,
No tu modestia mi entusiasmo culpe:
Permíteme gloriar, cantar me dexa
Tu sencilla bondad: sepan los hombres
Que te has dignado de llamarme amigo,
Y dirigir mis juveniles pasos;
Que virtud y saber de ti aprendiera.

¡Oh ! déte el cielo el galardon debido
A tu indulgente humanidad : que amado
De tus Señores y los hombres seas:
Que tu nombre en los siglos con los nombres
De Arístides y Sócrates divinos
En uno se venere, y fausto corra
De boca en boca y de uno en otro pueblo.
Ministro de la paz, déte que goces
De tu amor patrio los opimos frutos
En colmada sazon : por ti animado
Brille el hispano ingenio, quanto brilla
Puro el Sol en la bóveda esplendente.
¡Que inmensa perspectiva ante tus ojos
De dulce gloria desplegarse veo !
¿Donde volverlos que extender no puedas
Tu generosa mano ? La Española
Juventud llora en su rudez sumida;
Y la llama feliz que en ella el cielo
Grato encendió, sin pábulo se extingue.
Dale maestros que sus tiernas almas
Formen á la virtud y al amor patrio.
¡ Ah ! ¡quanto, quanto bien se libra en ellas!

Las Casas del saber, tristes reliquias
De la gótica edad, mal sustentadas
En la inconstancia de las nuevas leyes
Con que en vano apoyadas titubean,
Piden alta atencion: crea de nuevo
Sus venerandas aulas: nada, nada
Harás sólido en ellas, si mantienes
Una columna, un pedestal, un arco
Dé esa su antigua gótica rudeza.

Torna despues los penetrantes ojos
A los Templos de Themis; y si en ellos
Vieres acaso la ignorancia intrusa
Por el ciego favor, si el zelo tibio,
Si desmayada la virtud los labios
No osaren desplegar, en vil ultraje
El ignorante de rubor cubierto
Cayga; y tú, Elpino, de la santa Astrea
Ministro incorruptible, cabe el trono
Sé apoyo firme de la Toga hispana.

Dale, y á ti, y á sus amigos caros,
Y al Carpentano suelo aquel que en noble,
Santo ardor encendido noche y dia

Trabaja por la Patria ; raro exemplo
De alta virtud y de saber profundo.
¡ Pueda abrazarle yo ! ¡ goce estrecharle
Luego , luego en mi seno, y de sus brazos
A los tuyos lanzarme, Elpino mio,
Extatico de gozo al verme en medio
De mis mas caras prendas ! no ; no tardes
El fausto plazo de tan claro dia.
Débate mi amistad tan suspirada,
Justa demanda , y subiré tu nombre
De nuevo , dulce amigo , al alto cielo.
Tú le conoces ; y en sus hombros puedes
No leve parte de la enorme carga
Librar seguro en que oprimido gimes.
Miéntras tu zelo y tu atencion imploran
Los Ministros del Templo, y la inefable
Divina Religion. ¡Oh ! ¡quanto! !quanto
Aquí hallarás tambien!....pero su augusto
Velo no es dado levantar : tú solo
Con respetosa diestra alzarlo puedes,
Y entrar con pie seguro al Santuario.
Vé en él gemir al misero colono;

Y al comun padre demandar rendido
El pan, querido amigo, que tú puedes
Darle, de Dios imágen en el suelo.
Vé su pálida faz; llorar en torno
Vé á sus hijuelos y su casta esposa.
La carga vé con que espirando anhela,
Mísera carga, que la suerte iniqüa
Echó sobre sus hombros infelices;
Miéntra el Magnate con desden soberbio
Rie insensible á su indigencia, y nada
En luxo escandaloso y feos vicios.

Elpino, aquí tu caridad invoco,
Tu generoso corazon: sus ayes
Recoge fiel, sus lágrimas honradas,
Sus justas quejas; y el clemente pecho
Por ti conmuevan del piadoso Cárlos.
Su hollada profesion es la primera,
La mas noble, mas útil: de ti clama
Luces y proteccion; la valedora
Mano le tiende, y sus plegarias oye.
No; ya no es dado recelar: la santa
Humanidad, la religion, las leyes,

El honor, la verdad, todos te imponen
Tan alta obligacion: habla, importuna,
Clama, y débate el pobre su sustento:
Labren tus velas su dichoso alivio:
Y tus decretos la abundancia lleven
A las provincias que tu nombre adoren.
Elas, elas á ti vueltos los ojos,
Humildes demandarte su anhelada
Felicidad, á su plegaria unido
El Indio vago en los inmensos climas
De la ignorada América: tu ingenio
Su tibiez mueva, su pereza aguije,
Alumbre su ignorancia, poderoso
Débiles las ampare, y feliz llene
De espíritu de vida entrambos mundos.
Renazca en ellos la virtud amable,
El candor inocente y fe sencilla
De las costumbres sobre el firme apoyo.
Ellas de nuestros padres bienhadados
La herencia afortunada un dia hiciéron:
Del honrado Español fuéron la gloria.
Consumiólas el tiempo: empresa tuya

Es darles hoy su antiguo poderío;
Y despertar las perezosas almas
Que en sueño indigno y en olvido yacen.
¿Pues que es ¡ ah ! de las leyes el imperio?
¿Que de las armas la funesta gloria,
La opulencia, el poder, la ciencia, el oro
Sin las costumbres? Enojosa llama
Que brilla desvastando, y luego muere.
Costumbres pues, costumbres; y á su sombra
Florecerán las leyes olvidadas,
Y ellas solas harán felice al pueblo.

¡Quanto de ti no espera! ¡que no puedes
Hacer al lado del excelso Amigo,
Cuya feliz prudencia acompañando
Tu íntegra fe, tu zelo generoso,
Juntos marchárais ya con firme planta
Del Aula en los difíciles senderos!
Su noble corazon, exênto y puro
De plebeyas pasiones, mas de gloria
Lleno y amor al bien, labre contigo
La ventura comun; y unidos siempre
En santa y útil amistad, que tornen

Haced, amigo, los dorados dias
Que al suelo hispano mi esperanza anhela.

EPISTOLA IV.

A un Ministro:

Sobre la beneficencia.

¿Como humilde rendir podrá mi musa
Las gracias merecidas al desvelo
Con que tu tierno corazon acoge
La virtud infeliz al ruego mio?
¿Do acentos hallaré que á mi oficiosa
Gratitud correspondan? ¿do palabras
Que al vivo, amigo, repetirte puedan
Las bendiciones justas con que al cielo
Sube tu humanidad una inocente,
Mísera, desvalida, mas felice
Ya en la esperanza con tu sombra ilustre?
No; mi musa no basta; y tu sencilla,
Modesta probidad huye el aplauso,
Contenta solo en bien hacer, ni ménos
La mano presta ofrece al desvalido,

Que cuidadosa retirarla sabe
Para ocultar sagaz el beneficio.
Amigo, tu bondad tu premio sea.
Ella te haga gustar de aquel secreto,
Vivo placer que la acompaña siempre,
Tu espíritu inundando del mas puro,
Dulce contento en las calladas horas,
Quando las almas insensibles oyen
Entre las sombras de la noche triste
La olvidada piedad que las acusa,
Y sus helados pechos estremece.
Ella tu premio sea; en tus oidos
Sin cesar clame; y poderosa te haga
Poner fin á la empresa generosa,
Dando sustento y pan á la viuda,
Al orfánico, tierno y desvalido
Que á ti convierten sus llorosos ojos.
¡Oh! ponte en medio de ellos, si lo puede
Tu ternura llevar: ve su cuitada,
Soledad indigente: ve sus manos,
Sus inocentes manos extendidas
Hácia ti, amparo suyo, sombra suya:

Ve sus tristes semblantes, sus gemidos,
Y la alegre esperanza que al mirarte
Baxa y conforta sus llagados pechos.
¡O dulce, ó celestial beneficencia!
Virtud, que abarcas las virtudes todas,
Tan rico don, quan poco conocido,
Tú que al débil mortal con Dios semejas,
Cuya esencia es bondad, de cuyas manos
Contino dones mil al mundo baxan;
Dichoso aquel que exercitarte puede
Sus lágrimas cortando al afligido,
Y en diestra amiga al abatido alzando,
Del comun Padre imágen en el suelo.

Tú, ilustre amigo, mis deseos sabes;
Tú, mi amor á la dulce medianía,
Do en ocio blando, en plácido retiro
Gozo el favor de las benignas musas
Léjos de la ambicion y el engañoso
Mar de las pretensiones, do á la orilla
En tabla débil por milagro escapa
Algun afortunado, y mil zozobran
En inútil leccion; por nada empero

Anhelo alguna vez en la alta cumbre
Mirarme del favor, qual tú te miras,
Sino por enjugar con blanda mano
Su amargo lloro al pobre, y extenderla
Al mérito modesto y desvalido.
Mi tierno pecho á resistir no alcanza
Tan grata tentacion: él fué formado
Para amar y hacer bien; y una corona
Tiene en ménos que hacer un beneficio.
  Mil veces tú dichoso, que los puedes
Con larga mano dispensar, y al Trono
Subir haces la vóz de la miseria,
Gozando cada instante el placer puro,
El íntimo placer de que te miren
Como un padre comun los desvalidos.
  No basta, no, ser justo. El Juez severo
Que la vara de hierro alzada siempre
Contra el delito, inexôrable el rostro
Jamas sintió la compasion llorosa
Llenar de turbacion su helado pecho,
Al ver de un reo el pálido semblante,
Y oir el ronco son de las cadenas,

Odioso debe ser. El sabio triste
Que en áridos problemas engolfado,
Por no aquejar su espíritu insensible
Cierra los ojos, y la espalda torna
Al infeliz que á su dureza clama,
Odioso debe ser. Serlo aun mas debe
El Héroe sanguinario, que se place
Entre el horror de las infaustas guerras,
Sus feas muertes y alaridos tristes,
La sangre, el polvo y el tronante bronce
Tras un vano laurel. Aquel que sabe
Llorar con el que llora, condolerse
De su suerte cruel, con sus consejos
Hacerle llevaderos sus rigores,
Testificarle la amistad mas viva,
En su seno acogerle compasivo,
Buscarle, hacerle sombra, y en su amparo
Solícito ocuparse, aqueste solo
Es de todos amado, su memoria
Con bendiciones mil corre en las gentes,
Brilla inmortal su gloria, de la tierra
Es delicia y honor, y viva imágen

De la divinidad entre los hombres.
Así el astro del dia sus tesoros
Derrama liberal, el aura pura
Esclarece, la tierra vivifica,
Templa los hondos mares, y es fecundo,
Benéfico motor del universo.
  Mostrarse indiferente á las desdichas,
Doblarlas es; y hacer un beneficio,
De aquel que lo recibe hacerse dueño.
Lo que solo da el hombre, aquello guarda,
Y ni muerte ó fortuna se lo roba.
Salgamos de nosotros: extendamos
A todos nuestro amor; y la suprema
Bienandanza á morar del alto empíreo
El suelo baxará de angustias lleno.
!Ah! ¿como puede ser que en faz serena,
Ni enjutos ojos el magnate mire
Penar al indigente? el Tigre fiero,
Si al Tigre ve sufrir, manso se duele.
¡Y el hombre es insensible a la miseria!
¡Y en el luxo dormido al pobre olvida!
  Nuestros dias fugaces, sabio amigo,

De amargos ayes, de cuidados llenos
Qual hermanos vivamos. Con la carga
De nuestros males encorbados vamos
Por la difícil senda de la vida;
Aliviémonos pues: al que padece
Redimamos del peso; un infelice
Es un justo acreedor á nuestro auxîlio.
A un pecho noble y generoso basta
Ser hombre y desgraciado. ¿Quien no debe
Temer contino la cruel desdicha,
Querido amigo? ¿quien vivió hasta ahora
Sin conocer las lágrimas? mil fieros
Enemigos acechan nuestros dias,
Y el hombre á padecer nace en la tierra.
Ley es sagrada remediar sus males
Segun nuestro poder, y al que en la cumbre
Coloca Dios del mando, allí le pone
Para que en él el triste halle su alivio,
El pobre amparo, el mérito un patrono.
Prosigue pues tu empresa generosa,
O dulce amigo; acábala, y mis voces
Olvidadas no sean con los graves

Cuidados que te abruman noche y dia.
Oye á tu alma sensible : da á la Patria
Una familia, y sé segundo padre
De un húerfano infeliz : ambos deudores
Le somos y á la madre desgraciada.
Tú piadoso favor, y yo mis ruegos
Le debo encarecidos. ¡Oh! ¡lograsen
La suerte favorable cabe el trono,
Que á tu benigno corazon merecen!

EPISTOLA V.

AL DR. D. GASPAR GONZALEZ DE CANDAMO, CATEDRATICO DE LENGUA HEBREA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA:

EN SU PARTIDA A AMERICA DE CANÓNIGO DE GUADALAXARA DE MEXICO.

¿Huyes ¡ay! huyes mis amantes brazos,
Dulce Candamo, y entre el Indio rudo,
En sus inmensos, solitarios bosques

Corres á hallar la dicha que en el seno,
En el fiel seno de tu tierno amigo
El cielo y la amistad te guardan solo?
Surta en el puerto la atrevida nave
Ya las velas fugaces libra inquieta
A los alados vientos ; ya impaciente
Clama la chusma por levar el ancla:
Lévala ; y ciega entre confusas voces,
Salvas y vivas á la mar se arroja.

¡Oh ! tente, tente, navecilla frágil,
¿Do te abandonas?....despeñado el Noto
Mira qual corre la llanura inmensa
Del antiguo océano, infausto padre
De borrascas y míseros naufragios.
Los ciegos vados, los escollos tristes,
Las negras nubes sobre ti apiñadas,
Y tanto monstruo que las aguas cria,
Miedo y horror al ánimo y los ojos,
Mira desventurada : cauta el puerto
Torna á ganar, y dexa de mi amigo
La venturosa carga. Amigo, vuelve,
Vuelve á mis brazos, y con blanda mano

Mis dolorosas lágrimas enxuga.
Tu ciego arrojo á mi sensible pecho
Se las hace verter....¿y mas contigo
Podrán las leyes de un respeto injusto,
La opinion ciega, el pundonor vidroso,
Que la ley santa de amistad? ¿no tienes
Aqui quanto te debe hacer felice?
¿Tus hermanas, tu amigo?.... ¿y de ellos huyes?
¿Y entre bárbaros dicha hallar esperas?
No ingrato, no; la sólida ventura
Solo mora en las almas inocentes
Que une amistad con su sagrado lazo.
Solo esta llama celestial los pechos
Hinche de verdaderas alegrías
Y de eterno placer, que en sombra triste
Jamas se anubla de pesar tardío.
Léjos del ciego, mundanal tumulto
Tesoros, honras, dignidades, todo
Extraño le es, y con desden lo mira.
¿Aquellas dulces pláticas, aquellas
Intimas confianzas en que á un tiempo

Nuestra razon con la verdad se ornaba,
Y el pecho en entusiasmo generoso
Por la santa virtud movido ardia:
Tantos plácidos dias discurriendo
Del hombre y su alto ser, del laberinto
Obscuro de su pecho y sus pasiones;
Las horas que asentados nos burlaban,
En raudo vuelo huyéndose fugaces,
Ya de un arroyo al márgen, ya perdidos
Por estos largos valles: aquel fuego
Con que tú orabas en favor del pobre,
Víctima triste de enemigos hados;
Y escuchándote yo bañadas vieras
Mis mexillas en lágrimas: las gratas
Disputas nuestras depurando el oro
De la verdad de las escorias viles,
Con que el error y el interes la ofuscan;
Los heroycos propósitos mil veces
Renovados de amarla sobre todo:
Las útiles lecturas, los festivos
Y sazonados chistes... ¿tantas, tantas
Celestiales delicias en mis brazos

Detenerte no pueden? ¿ó es que esperas
Hallar acaso en los remotos climas
Otro amigo, otro pecho como el mio?
¡Ah! que ciego te engañas: ¡ah! que triste,
Solo, aburrido, despechado, un dia
En tu abandono y tu dolor perdido
Me has de llamar; y los turbados ojos,
Turbados de llorar hacia estos valles
Volverás, que hora ¡ó mísero! abandonas.
Sí, sí, los volverás; y en ruego inútil
Demandarás el olvidado nombre,
Mis cariños, mis brazos... ¿mas que digo?
Yo le ruego; y la nave ya ligera
Con sesgo vuelo por el mar cerúleo,
Atras dexando la Galayca playa,
Hiende las olas espumosas, y huye
Como el viento veloz. Querido amigo,
Mitad del alma mia, compañero
De mi florida juventud, amparo,
Consuelo de mis penas, de virtudes
Y de bondad tesoro inagotable,
Y archivo fiel de mis secretos tristes,

Ve en paz, navega en paz: próvido el cielo
Sobre ti vele; y tus preciosos dias
Fausto conserve para alivio mio.
Consérvelos el cielo; y de su trono
El Dios clemente que en tu pecho puso
El heroyco propósito, y te arranca
De la querida patria y mi fiel seno,
Por mil afanes y peligros rudos
Alegre sus delicias conmutando,
Con mano poderosa te sostenga
Salvo del mar en el inmenso abismo.
A su benigno, omnipotente imperio
Los raudos vientos su furor enfrenen;
Y aquellos solo blandamente soplen
Que al puerto afortunado te encaminen:
Qual corre al grato albergue la paloma
Buscando fiel su nido y sus hijuelos.
El puede; y yo le ruego fervoroso.
No, mis ardientes súplicas, nacidas
De inocente amistad, de fe sincera,
Vanas¡ ah! no han de ser, que Dios atiende
Grato al que ruega por el dulce amigo;

Y ante su trono subirán mis voces,
Qual el fragante aroma de las aras
En sacrificio acepto. Y tú que llevas
En mi amigo esta vez, vasto Occeano,
Mi vida y la mitad del alma mia
Librada á tus abismos, las sonantes,
Alzadas olas calma, por do fuere
La frágil navecilla que conduce
Tan sagrado depósito á las playas
Del opulento Mexicano Imperio.
¡O padre venerando! ayuda fácil
Su arduo camino: mis plegarias oye;
Y léjos dél la tempestad ahuyenta.
Yo agradecido con sonante lira
Te cantaré por siempre de los mares
Supremo Rey; y en himnos reverentes
Subiré á las estrellas tus loores.
Favorable le ampara, que no loca
Presuncion, ni osadía temeraria,
O ciega sed de atesorar, mas solo
La tierna humanidad, el vivo anhelo
De conocer al hombre en los distintos

Climas, do sabio su Hacedor le puso,
Y de ilustrarle el zelo generoso
A tan remotas tierras le arrebatan.
¡Tierras dichosas, que esperais gozarle!
¡Qual os envidio! ¡quanto! ¡y que tesoro
En él os va de providad sencilla!
¡Ah! ¿porque este tesoro á mí se roba?
¡Ah! si unidos alientan nuestros pechos,
¿Por que mares inmensos nos separan?
¿Como, querido amigo, al lado tuyo
Partícipe no soy de tus fortunas?
¿Porque, porque mi espíritu angustiado
Su inmenso mal no ha de llorar contigo?
¿Porque contigo no verán mis ojos,
No estudiarán ese ignorado mundo,
Tantas incultas, peregrinas gentes?
¡Oh! ¡á tu mente curiosa que de objetos
Van á ostentarse! ¡quanta maravilla
A ese tu genio observador aguarda!
Otro cielo, otra tierra, otros vivientes,
Plantas, árboles, rios, montes, brutos,
Insectos, piedras, minerales, todo,

Todo nuevo y extraño; ¡quan opimos!
¡Quan ricos frutos cogerá tu ingenio!
Tu ingenio conducido á la luz clara
De la verdad en su sagaz exâmen.
Sacia la ardiente sed: admira, estudia
La gran naturaleza; y con divina
Mente su inmensidad feliz abarca:
Sus vínculos descubre; y un hallazgo
Sea cada paso que en sus reynos dieres.
Miéntras yo ¡ y Dios! en mi dolor profundo
Perdido y solo, de esperar cansado,
Cansado de sufrir, víctima triste
De mil ciegas pasiones, estos valles
Vago sin seso; y despechado imploro
La muerte con los tristes perezosa.
Que de ti léjos, fiel amigo, ¿donde
Podrá alivio encontrar el alma mia?
¿Dónde aquel zelo de mi bien, aquellos
Saludables avisos que templaban,
Qual un divino bálsamo, las penas
De mi pecho, hallaré?.....Mudo y lloroso,
Solitario, aburrido, los felices

Lugares correré, donde solias
Mi gozo hacer un tiempo y mi ventura.
Iré al aula, á tu estancia: el nombre tuyo
Repetiré llamándote; y mi anhelo
Solo hallará por ti dolor y llanto.
¡Ay! ¡en-que amarga soledad me dexas!
¡Ay! ¡que tierra! ¡que hombres! la calumnia,
La vil calumnia, el odio, la execrable
Envidia, el zelo falso, la ignorancia
Han hecho aquí, lo sabes, su manida,
Y contra mí infeliz se han conjurado.
¿Podré ¡oh dolor! entre enemigos tales
Morar seguro sin tu amiga sombra?
¿Podré un minimo punto haber reposo?
¿Gozar un solo instante de alegria?
Dichoso tú, que su letal veneno
Logras seguro huir, y entre inocentes,
Semi-bárbaros hombres las virtudes
Hallarás abrigadas, que llorosas
De este suelo fatal allá volaron.
Disfruta, amigo, sus sencillos pechos;
Bendice, alienta su bondad selvage,

Preciosa mucho mas que la cultura
Infausta, que corrompe nuestros climas
Con brillo y apariencias seductoras.
¡O! ¡quien pudiera sepultarse entre ellos!
¡Quien abrazar su desnudez alegre,
De sí lanzando los odiosos grillos
Con que el error y el interes le atáron!
Entonce la alma paz, el fausto gozo,
El sosiego inocente, el sueño blando,
Y la quietud de mí tan suspirada,
Que hoy de mi seno amendrentados huyen,
A morarle por siempre tornarian.
Tú esta ventura logras: tú felice
En medio de ellos gozarás seguro
Los mas plácidos dias...Ve sus almas,
Su inocencia, el reposo afortunado
Que les dan su ignorancia y su pobreza.
Velos reir, y envidia su ventura.
Léjos de la ambicion, de la avaricia,
De la envidia cruel, en sus semblantes
Sus almas nuevas se retratan siempre.
Naturaleza sus deseos mide,

La hambre el sustento, su fatiga el sueño.
Su pecho solo á la virtud los mueve;
La tierna compasion es su maestra,
Y una innata bondad de ley les sirve.
La paz, lo necesario, el grato alivio
De una consorte tímida y sencilla,
Una choza, una red, un arco rudo,
Tales son sus anhelos; esto solo
Basta á colmar sus inocentes pechos.
¡ Afortunados ellos muchas veces!
¡ Afortunado tú que entre ellos moras!
Mas ¡ ay ! si vieres al odioso fraude,
Al impio despotismo el brazo alzado
Sus dias afligir, si á almas de hierro
De su incauta bondad abusar vieses,
Y expilar inhumanas su miseria,
Oponte denodado á estos furores.
Opon, amigo, el pecho firme: clama,
Increpa sin pavor, insta, importuna;
Y tu eloquente voz suba hasta el trono
Del justo, el bueno, del clemente Cárlos.
Ministro eres de paz; á ti encomienda

El sumo Dios la humanidad hollada.
Ceda toda á este empleo generoso,
Quietud, saber...hasta la vida misma:
Que ya próvido el cielo la corona
Texe á tu sien de inmarcesibles flores;
Y despues que hayas sido entre esos pueblos
Claro exemplo de todas las virtudes,
Te ha de tornar á mis amigos brazos,
Do baxo un mismo techo venturosos,
Juntos gocemos nuestros breves dias;
Y en un sepulcro mismo inseparables
Juntos tambien reposen nuestros huesos.
A Dios, Candamo, á Dios: la amistad santa
Distancias no conoce; y de los mares
Y del tiempo á pesar tuya es mi vida...
A Dios, á Dios... ¡amarga despedida!...

EPISTOLA VI.

El Filosofo en el Campo.

Baxo una erguida, populosa encina,
Cuya ancha copa en torno me defiende
De la ardiente canícula, que ahora
Con rayo abrasador angustia el mundo,
Tu obscuro amigo, Fabio, te saluda.
Miéntras tú en el guardado gabinete
A par del feble, ocioso cortesano
Sobre el muelle sofá tendido yaces,
Y hasta para alentar vigor os falta:
Yo en estos campos por el Sol tostado
Lo afronto sin temor, sudo y anhelo;
Y el soplo mismo que me abrasa ardiente,
En plácido frescor mis miembros baña.
Miro y contemplo los trabajos duros
Del triste labrador, su suerte esquiva,
Su miseria, sus lástimas; y aprendo
Entre los infelices á ser hombre.

¡Ay Fabio! ¡Fabio! en las doradas salas,

Entre el brocado y colgaduras ricas,
El pie hollando entallados pavimentos,
¡Que mal al pobre el cortesano juzga!
¡Que mal en torno la opulenta mesa,
Cubierta de mortíferos manjares,
Cebo á la gula y la lascivia ardiente,
Del infeliz se escuchan los clamores!
El carece de pan: cércale hambriento
El largo enxambre de sus tristes hijos,
Exqualidos, sumidos en miseria;
Y acaso acaba su doliente esposa
De dar ¡ay! á la Patria otro infelice,
Víctima ya de entónces destinada
A la indigencia, y del oprobrio siervo;
Y allá en la Corte en luxo escandaloso
Nadando en tanto el sibarita rie
Entre perfumes y festivos bríndis,
Y con su risa á su desdicha insulta.
Insensible nos hace la opulencia:
Insensible nos hace. Ese bullicio,
Ese contino discurrir veloces
Mil doradas carrozas, paseando

Los vicios todos por las anchas calles;
Esas empenachadas Cortesanas,
Brillantes en el oro y pedreria
Del cabello á los pies ; esos Teatros,
De luxo y de maldades docta escuela,
Do un ocioso indolente á llorar corre
Con Andrómaca ó Zaida ; miéntras sordo
Al anciano infeliz vuelve la espalda
Que á sus umbrales su dureza implora;
Esos Palacios y preciosos muebles,
Que porque mas y mas se infle el orgullo,
Labró prolixo el industrioso China;
Ese incesante hablar de oro y grandezas;
Ese anhelo pueril por los mas viles,
Despreciables objetos, nuestros pechos
De diamante tornáron : nos fascinan,
Nos embebecen ; y olvidar nos hacen
Nuestro comun orígen y miserias.
Hombres ¡ ay! hombres, Fabio amigo, somos,
Vil polvo , sombra, nada ; y engreidos
Qual el pavon en su soberbia rueda,
Deidades soberanas nos creemos.

¿ Que hay , nos grita el orgullo , entre el colono
De comun y el señor? ¿tu generosa,
Antigua sangre , que se pierde obscura
Allá en la edad dudosa del gran Nino,
Y de héroe en héroe hasta tus venas corre,
De un rústico á la sangre igual seria?
El potentado distinguirse debe
Del tostado arador ; próvido el cielo
Así lo ha decretado , dando al uno
El arte de gozar , y un pecho al otro
Llevador del trabajo : sú vil frente
Del alba matinal á las estrellas
En amargo sudor los surcos bañe,
Y exhausto espire á su señor sirviendo;
Miéntras él coge venturoso el fruto
De tan ímprobo afan ; y uno devora
La substancia de mil. ¡ O quanto! ¡quanto
El pecho se hincha con tan vil lenguage!
Por mas que grite la razon severa,
Y la cuna y la tumba nos recuerde
Con que justa natura nos iguala.

No, Fabio amado, no; por estos campos
La corte olvida: ven y aprende en ellos,
Aprende la virtud. Aquí en su augusta,
Amable sencillez, entre las pajas,
Entre el pellico y el honroso arado
Se ha escogido un asilo, compañera
De la sublime soledad: la Corte
Las puertas le cerró, quando entre muros
Y fuertes torreones y hondas fosas,
De los faciles bienes ya cansados
Que en mano liberal su Autor les diera,
Los hombres se encerráron imprudentes,
La primitiva candidez perdiendo.
En su abandono triste religiosas
En sus chozas pajizas la abrigáron
Las humildes aldeas, y de entonces
Con simples cultos fieles la idolatran.
Aquí los dulces, los sagrados nombres
De esposo, padres, hijos, de otro modo
Pronuncia el labio, y suenan al oido.
Del entrañable amor seguidos siempre
Y del tierno respeto, no tu vista

Ofenderá la escandolosa imágen
Del padre injusto que la amable vírgen,
Hostia infeliz arrastra al santuario;
Y al sumo Dios á su pesar consagra
Por correr libre del burdel al juego.
No la del hijo indigno que pleytea
Contra el autor de sus culpables dias
Por el ciego interes: no la del torpe,
Impudente adulterio en la casada
Que en venta al Prado sale, convidando
Con su mirar y quiebros licenciosos
La loca juventud; y al vil lacayo,
Si el amante tardó se prostituye.
No la del impio, abominable nieto
Que cuenta del abuelo venerable
Los lentos dias; y al sepulcro quiere
Llevarlo en cambio de su rica herencia.
Del publicano el corazon de bronce
En la comun miseria: de la insana
Disipacion las dadivas; y el precio
De una ciudad en histriones viles.
Ni en fin de la belleza melindrosa

Que jamas pudo ver sin desmayarse
De un gusanillo las mortales ansias;
Empero hasta el patíbulo sangriento
Corre, y con faz enxuta y firmes ojos
Mira el trágico fin del delinqüente,
Lívida faz y horribles convulsiones,
Quizá comprando este placer impío,
La atroz curiosidad te dará en rostro.
  Otras, otras imágenes tu pecho
Conmoverán á la virtud nacido.
Verás la madre al pequeñuelo infante
Tierna oprimir en sus honestos brazos,
Miéntra oficiosa por la casa corre
Siempre ocupada en rústicas tareas,
Ayuda, no rüina del marido.
El cariño verás con que le ofrece
Sus llenos pechos, de salud y vida
Rico venero: jugueton el niño
Rie, y la halaga con la débil mano;
Y ella enloquece en fiestas cariñosas.
La adulta prole en torno le acompaña
Libre, robusta, de contento llena;

O empezando á ser útil, parte en todo
Tomar anhela; y gózase ayudando
Con manecillas débiles sus obras.
En el vecino prado brincan, corren,
Juegan y gritan un tropel de niños
Al raso cielo, en su agradable trisca
A una pintados en los rostros bellos
El gozo y las pasiones inocentes,
Y la salud en sus mexillas rubias.
Léjos del segador el canto suena,
Entre el blando balido del rebaño
Que el pastor guia á la apacible sombra;
Y el Sol sublime en el cenit señala
El tiempo del reposo: a casa vuelve
Bañado en sudor útil el marido
De la era polvorosa; la familia
Se asienta en torno de la humilde mesa:
¡Oh, si tan pobre no la hiciese el yugo
De un mayordomo bárbaro, insensible!
Mas expilada de su mano avara,
De Tántalo el suplicio verdadero
Aquí, Fabio, verias: los montones

De mies dorada enfrente estan mirando,
Premio que el cielo á su afanar dispensa,
Y hasta de pan los míseros carecen.
Pero ¡ ó buen Dios ! del rico con oprobrio,
Su corazon en reverentes himnos
Gracias te da por tan escasos dones,
Y en tu entrañable amor constante fia.

Y mientras charlan corrompidos sabios
De ti, Señor, para ultrajarte, ó necios
Tu inescrutable ser definir osan
En aulas vocingleras, él contempla
La hoguera inmensa de ese Sol, tu imágen,
Del vago cielo en la extension se pierde,
Siente el aura bullir que de sus miembros
El fuego templa y el sudor copioso,
Goza del agua el refrigerio grato,
Del árbol que plantó la sombra amiga,
Ve de sus padres las nevadas canas,
Su casta esposa, sus queridos hijos;
Y en todo, en todo con silencio humilde
Te conoce, te adora religioso.

¿ Y estos miramos con desden? ¿ la clase

Primera del estado, la mas útil,
La mas honrada, el santuario augusto
De la virtud y la inocencia hollamos?
¿Y para que? Para exponer tranquilos
De una carta al azar ¡ó noble empleo
Del tiempo y la riqueza! lo que haria
Próvido heredamiento á cien hogares:
Para premiar la audacia temeraria
Del rudo gladiador que á sus pies dexa
El útil animal que el corvo arado
Para sí nos demanda; los mentidos
Halagos con que artera al duro lecho
Desde sus brazos del dolor nos lanza
Una impudente cortesana: el raro
Saber de un peluquero que elevando
De gasas y plumage una alta torre
Sobre nuestras cabezas, las rizadas
Hebras de oro en que ornó naturaleza
A la beldad, afea y desfigura
Con su indecente y asquerosa mano.
¡O oprobrio! ¡ó vilipendio! ¿La matrona,
La casta vírgen, la viuda honrada

Ponerse pueden al lascivo ultraje,
A los toques de un hombre? ¿esto toleran
Maridos castellanos? ¿el ministro
De tan fea indecencia, por las calles
En brillante carroza y como en triunfo
Atropellando al venerable anciano,
Al sacerdote, al militar valiente
Que el pecho ornado con la cruz gloriosa
Del Patron de la Patria á pie camina?
Huye, Fabio, esa peste. ¿En tus oidos
De la indigencia mísera no suena
El suspirar profundo, que hasta el trono
Sube del sumo Dios? ¿su justo azote
Amenazar no ves? ¿no ves la trampa,
El fraude, la baxeza, la insaciable
Disipacion, el deshonor lanzarlos
En el abismo del oprobrio, donde
Mendigarán sus nietos infelices
Con los mismos que hoy huellan confundidos?
Húyelos, Fabio: ven y estudia dócil
Conmigo las virtudes de estos hombres
No conocidos en la Corte. Admira,

Admira su bondad : ve qual su boca
Llana y veraz como su honrado pecho,
Sin velo, sin disfraz, celebra, increpa
Lo que aplaudirse ó condenarse debe.
Mira su humanidad apresurada
Al que sufre acorrer : de boca en boca
Oirás volar, ó Fabio, por la Corte
Esta voz celestial; mas no imprudente
En las almas la busques, ni entre el rico
Brocado blando abrigo al infelice.
Solo los que lo son, solo en los campos
Los miserables condolerse saben:
Y dar su pan al huérfano indigente.
Goza de sus sencillas afecciones
El plácido dulzor, el tierno encanto.
Ve su inocente amor con que energía,
Con que verdad en rústicos conceptos
Pinta sus ansias á la amable vírgen
Que en mutua llama honesta le responde
El bello rostro en púrpura teñido;
Y bien presto ante el ara el yugo santo
El nudo estrechará, que allá forjaran

Vanidad, ó ambicion, y aquí la dulce
Naturaleza, el trato y la secreta,
Simpática virtud que unió sus almas.
Sus amistades ve: desatendida,
En las altas ciudades do enmudece
Su lengua el interes, solo en el rudo
Labio del labrador oirás las voces
De esta santa virtud, gozarás pura
Solo en su seno su celeste llama.
Admira su paciente sufrimiento;
O mas bien llora, viéndolos desnudos,
Esquálidos, hambrientos, encorvados,
Lanzando ya el suspiro postrimero
Baxo la inmensa carga que en sus hombros
Puso la suerte. El infeliz navega,
Dexa su hogar, y afronta las borrascas
Del inmenso occeano, porque el luxo
Sirva á tu gula, y su soberbio hastío
El Café que da Moca perfumado,
O la canela de Ceylan. La guerra
Sopla en las almas su infernal veneno,
Y en insano furor las Cortes arden;

Desde su esteva el labrador paciente,
Llorando en torno la infeliz familia,
Corre á la muerte; y en sus duros brazos
Se libra de la Patria la defensa.
Su mano apoya el anhelante fisco:
La aciaga mole de tributos carga
Sobre su cerviz ruda; y el tesoro
Del Estado hinche de oro la miseria.
Ese sudor amargo con que inunda
Los largos surcos que su arado forma,
Es la dorada espiga que alimenta,
Fabio, del cortesano el ocio muelle.
Sin ella el hambre pálida....¿Y osamos
Desestimarlos? Al robusto seno
De la fresca aldeana confiamos
Nuestros débiles hijos, porque el dulce
Néctar y la salud felices hallen,
De que los privan nuestros feos vicios:
¿Y por vil la tenemos? ¿Al membrudo
Que nos defiende, injustos desdeñamos?
Sus útiles fatigas nos sustentan:
¿Y en digna gratitud con pie orgulloso

Hollamos su miseria, porque al pecho
La roxa cinta, ó la brillante placa,
Y el Ducal manto para el ciego vulgo
Con la clara Excelencia nos señalen?
¿Que valen tantas raras invenciones
De nuestro insano orgullo, comparadas
Con el monton de sazonadas mieses
Que crió el labrador? Débiles niños
Fináramos bien presto en hambre y lloro
Sin el auxîlio de sus fuertes brazos.

EPISTOLA VII.

Al Exc. Sr. Principe de la Paz, con motivo de su carta patriótica a los Obispos de España, recomendandoles el nuevo Semanario de Agricultura.

¡Que ven mis ojos! ¡á el Augusto Carlos
A vos, Señor, desde su Trono excelso
Del desvalido labrador la suerte

Con lágrimas mirar ; y hasta la esteva
Baxando honrada, en su feliz alivio
Con atencion solícita ocuparos!
¡ Que á la ignorancia desidiosa os veo
Querer lanzar de los humildes lares,
Do abrigada hasta aquí, tantas fatigas,
Desvelos tantos disipando ciega,
Sus infelices víctimas arrastra
De la indigencia al criminal abismo!
 Ya á vuestro mando poderoso corren
Las luces, la enseñanza ; tiembla y gime
Azorado el error : de espigas de oro
La madre España coronada encumbra
Su frente venerable ; y qual un tiempo
Sobre el orbe domina triunfadora.
Gozad, Señor, de la sublime vista
De tan gloriosa perspectiva : afable
Tended los ojos, contemplad el pueblo,
El Pueblo inmenso que encorvado gime
Con sus afanes y sudor creando,
Tutelar Númen, las doradas mieses
En que el Estado su sustento libra.

Miradle, oidle celebrar gozoso
El dia que le dais: alzar las manos
A vos y al Trono; y demandar al cielo
Para Cárlos y vos sus bendiciones.
Seguid, seguid; y nuevo Triptolemo
Sed el amigo, el protector, el padre
Del Colono infeliz: raye la aurora
De su consuelo; y en su hogar sobrado
Por vos ria el que á todos nos sustenta.
Alguna vez con pecho generoso
La grandeza olvidad: dexad la Corte
Y el fausto seductor; y á él descendiendo
Ved y llorad. En miserable pajas
Sumida yace la virtud: fallece
El padre de familias, que al Estado
Enriqueció con un enxambre de hijos:
Gime aterida la inocente vírgen,
Por su indigna nudez culpando al cielo;
O el infante infeliz transido pende
Del seno exhausto de la triste madre.
Las lágrimas, los ayes desvalidos
Calmad humano en la infeliz familia;

Y vedla en su indigencia aun celebrando
A su buen Rey, en su defensa alegre
Ansiar verter su sangre generosa.
Vedla humilde adorar la inescrutable
Providencia; y con frente resignada
Religiosa en su misero destino,
Besar la mano celestial que oprime
Tan ruda su cerviz; y le convierte
El pan que coge en ásperos abrojos.
Comparad justo, comparad entonces
Su honradez, su candor, su sufridora
Paciencia, su bondad, con el orgullo
Del indolente y rico ciudadano.
Aquel afana, suda, se desvela
Del Alba rubia al Véspero luciente:
Sufre la escarcha rígida, las llamas
Del Can abrasador, la lluvia, el viento:
Cria, no goza; y sin quejarse dexa
Que el pan acaso le arrebate el vicio.
Y el otro rico, cómodo, abundoso
De regalo y placer, en el teatro,
En el ancho paseo, en el desórden

Del criminal festin, siempre al abrigo
Del sol, del hielo, con soberbia frente
Censura, increpa, desconoce ciego
La mano que le labra su ventura;
Y osado acaso....el ocio y el regalo
Le hacen ingrato, desdeñoso, injusto;
Y su honradez á el labrador paciente.
¿Que seria, Señor, si al cielo alzara
La frente holgado? ¿si sobre ella
La palidez, el esqualor, el triste,
Tímido abatimiento no afeasen
Indignos su virtud? ¿que si arrastrando,
Qual siervo vil, de la pobreza amarga
No llevase do quier los rudos grillos?

Rompedlos vos; y le veréis que alegre
Corre á la esteva y al afan: que tierno
La mano besa que su bien procura.
Instruidle, educadle; y la abundancia
Sus troxes colmará: nuevas semillas,
Nuevos abonos, instrumentos nuevos
A servirle vendrán: las misteriosas
Ciencias el pan le pagarán que cria

Para el sustento de sus nobles hijos.
No será, no, la profesion primera
Del hombre y la mas santa, que honró unida
Inclitos Consulares y altos Reyes,
Y aun sonar pudo en el divino labio
Del sumo Autor en el Eden dichoso,
Ruda y mofada en su ignorancia ciega.
Los anchos llanos de Castilla hora
Desnudos, yermos, áridos, que claman
Por frescura y verdor, verán sus rios
Utiles derramarse en mil sonantes,
Risueños cauces á llevar la vida
Por sus sedientas, abrasadas vegas.
Desplegará sus gérmenes fecundos
La tierra; y alzarán su frente hermosa
Mil verdes troncos su nudez cubriendo.
La Bética será, qual fuera un dia
Entre la docta antigüedad, el suelo
Donde los Dioses los Eliseos campos
Plantáron, premio á las ilustres almas;
Mieses, ganados, perfumadas frutas
Do quier, y paz y cándida alegría.

Volveránse un jardin los yermos montes:
Todo se animará: sobre la Patria
Sus faustas alas tenderá la alegre
Prosperidad; y al Indio en largos rios
La industria llevará nuestras riquezas.
El labrador que por instinto es bueno,
Lo será por razon; y el vicio en vano
Querrá doblar su corazon sencillo.
Será su religion mas ilustrada;
Y el que hora baxo el esplendente cielo,
Abrumado de afan siente y no admira,
Qual el buey lento que su arado arrastra,
El activo poder que le circunda,
De su Hacedor la diestra protectora
Ostentada do quier, ya en el milagro
De la germinacion, ya de las flores
En el ámbar vital, ó el raudo viento,
En el Enero rígido, en la calma
Del fresco Otoño, en la sonante lluvia,
En la nieve fecunda, en todo, en todo,
Podrá instruido levantar la frente
Llena de gozo á su inefable Dueño:

Ver en sus obras su bondad inmensa;
Y en ellas adorarle religioso:
Hora su mano próvida á sus campos
Envie la abundancia; y los corone
Su bendicion de sazonadas mieses:
Hora le agrade retirarla; y mande
Al hielo, al viento, al áspero granizo
Talarlos ¡ ay! con ominoso vuelo.

¡Gran Dios! ¡que perspectiva tan sublime
Para una alma sensible y generosa
Qual la vuestra, Señor! ¡ qual se complace
Mi musa en ella; y se adelanta alegre
En los dias de gloria de mi Patria!
¡ Quan dulces bendiciones! ¡ que loores
Os guardan ya sus venideros hijos!
Traspasad con la mente el tardo tiempo,
Vedlos por vos sobrados, virtuosos,
Hombres, no esclavos ya de una grosera
Rudez indigna, ó de pobreza infame.
Ved el plantel de vigorosos brazos
Que en torno de ellos la abundancia cria:
Fruto feliz de vuestro zelo ardiente,

Gozaos en ellos qual su tierno padre.
Oid en sus labios vuestro fausto nombre;
Y á la vejez que al escucharle al cielo
Los ojos alza en júbilo inundados.
Ved, y gozad, si en los presentes males
Llorasteis hasta aquí; y abrid el seno
Con tantas dichas á el placer mas puro.
Sed en el alma labrador....la mia
Se arrebata, Señor; habla del campo,
Del colono infeliz: criado entre ellos
Jamas puede sin lágrimas su suerte,
Sus ansias ver mi corazon sensible.
Fuéron mis padres, mis mayores fuéron
Todos agricultores: de mi vida
Ví la aurora en los campos: el arado,
El rudo apero, la balante oveja,
El asno sufridor, el buey tardío,
Gavillas, parvas, los alegres juegos
Fuéron ¡ó dicha! de mi edad primera.
Vos lo sabeis: nuestra Provincia ilustre
Héroes y labradores solo cria.
De sus arados á triunfar corriéron

Del Nuevo Mundo las heroycas almas
De Pizarro y Cortés; y con su gloria
Dexáron muda, atónita la tierra.
Al forzudo Extremeño habréis mirado
Mas de una vez sobre el monton de mieses
Burlar de Sirio abrasador los fuegos
Lanzando al viento los trillados granos
Con el dentado bieldo, ó de la Aurora
Los rayos aguardar sobre la esteva.
Pues Extremeño sois, sed el patrono,
El padre sed del labrador: los pasos
De los buenos seguid. Pero ¡ah! no basta
Que le instruyais: que á socorrerle vengan
A vuestra voz mil útiles doctrinas.
Do quier se vuelve entre cadenas graves
Sin accion ve sus miembros vigorosos.
Parece que la suerte un muro ha alzado
De bronce entre él y el bien: trabaja y suda,
Y en vano anhela despedir el yugo,
El grave yugo que su cuello oprime.
¡Oh! llegue el dia en que arrojado pueda
Sus brazos emplear, sin que le veden

La dulce propiedad góticos usos,
Y hasta su hogar amortizado llore.
Llegue en que suyas venturoso llame
Tantas leguas de estériles baldíos;
Y labre y pueble hasta las altas cimas.
Cerrada entonces su heredad los frutos
Le dará en su sazon; ni irá con ellos
Brindando al buey y la golosa oveja.
Llegue en que guie las sonantes ondas
Del claro arroyo que perderse mira,
A fecundar sus áridas praderas.
Llegue el dia, Señor, que de su humilde
Aldea á la ciudad cómodo goce
A sus frutos el paso: en que le acoja
El ciudadano sin desden soberbio:
En que el honor, los premios abundosos
Que al artesano, al fabricante animan,
Sobre el útil arado á par desciendan.
Llegue el dia feliz en que su frente
Ménos cargada de gabelas, logre
Al cielo alzarse á bendecir la mano,
Que su amargo sudor próvida enxuga;

En que corriendo á defender la Patria,
Sus hijos todos tan glorioso empleo
Por igual lleven; ni la trampa libre
Por ella al rico de verter su sangre:
¡Honor en otra edad tanto anhelado!
Llegue, Príncipe, el dia, luego llegue
El fausto dia, en que de vos reciba
Tan útiles alivios el colono.
La paz le disteis, la abundancia dadle,
Y la virtud con ella y la ventura,
Quebrantando ilustrado tantos grillos
Como echó el hado á sus honradas plantas.
Entre ellos ¡ah Señor! en vano, en vano
Su dicha ansiais con pecho generoso.
Sin fruto le instruis: el denso velo
Mejor le está de su rudez grosera.
En su ignorancia estúpida no siente
La mitad de su mal: le abris los ojos
Para hacerle mas mísero; y que llore
De su destino la desdicha inmensa.
Volvedla humano en plácida ventura,
Alzando del buen Rey al blando oido

Su justo llanto, su ferviente ruego.
Cortad, romped con diestra valedora
El tronco del error; y amigo, padre
Del campo y la labor, un haz de espigas
Cima gloriosa en vuestras armas sea.

FIN.

INDICE.



